

20.58

LETRAS

ORGANO DE
LA FACULTAD
DE LETRAS
Y PEDAGOGIA



21

U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

LETRAS



UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

ORGANO DE LA
FACULTAD DE
LETRAS Y PEDAGOGIA.



U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

Biblioteca de Letras
«Jorge Buccinelli Converso»



PRIMER CUATRIMESTRE
DE 1942

Facultad de Letras y Pedagogía

PERSONAL DOCENTE

DECANO

Dr. Dn. Horacio H. Urteaga.

CATEDRATICOS

Sr. Dr. Luis Miró Quesada.	Sr. Dr. Luis E. Valcárcel.
" " Horacio H. Urteaga.	" " Alfonso Villanueva Pinillos.
" " José Gálvez.	" " Aurelio Miró Quesada Sosa.
" " Mariano Iberico Rodríguez.	" " José M. Valega.
" " Pedro Dulanto.	" " Teodosio Cabada.
" " Ricardo Bustamante Cisneros.	" " Oswaldo Herculles García.
" " Jorge Basadre.	" " Elías Ponce Rodríguez.
" " Julio C. Tello.	" " Manuel Beltroy.
" " Juan Manuel Peña Prado.	" " Luis F. Xammar
" " Enrique Barboza.	" " Augusto Tamayo Vargas
" " José Jiménez Borja.	" " Francisco Miró Quesada Can-
" " Roberto Mac Lean Estenós.	" " tuarias.
" " Julio A. Chiriboga.	" " Francisco J. Cadenillas.
	" " Nicandro Pareja.

SECRETARIO

Sr. Dr. Héctor Lazo Torres,

40855

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

DIRECTOR DE LA REVISTA

Sr. Dr. Luis Miró Quesada

COMITE DE REDACCION

- Sr. Dr. José Jiménez Borja.
Sección de Literatura.
- " " Roberto Mac Lean Estenós.
Sección de Pedagogía.
- " " Julio A. Chiriboga.
Sección de Filosofía.
- " " José M. Valega.
Sección de Historia



SUMARIO

El Protocolo Peruano - Ecuatoriano, de Paz, Amistad y Límites,
por el Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós.
Psicología y Ecología, o del Instinto en el Orden de la Naturaleza,
por el Dr. Honorio Delgado.
La Filosofía y el Problema Moral, por el Dr. Enrique Barboza.
La Literatura Peruana Precolombina, por el Dr. Manuel Beltroy.
¿Cómo se debe leer a Kant?, por el Dr. Francisco Miró Quesada C.
Penetración Incaica en el Territorio Argentino, por el Dr. Francisco
de Aparicio.

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

"Sociología Peruana", por el Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós.—
(Nota de "El Comercio de Lima").

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

Nombramiento de Catedrático Titular.
Nombramiento de Catedráticos Interinos.
Administrador de la Revista "Letras".
Grado de Bachiller en Humanidades
Conferencias.

Biblioteca de Letras
SEMINARIO DE LETRAS
"Jorge Puccinelli Converso"

U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
DE PROTECTORADO
LIBRO ANTIGUO

Libros y Folletos Recibidos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

REVISTAS DE REVISTAS

BIBLIOTECA CENTRAL
Universidad N. M. de San Marcos

605175



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



El Protocolo Peruano - Ecuatoriano de Paz, Amistad y Límites.

El Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós, Catedrático de la Facultad de Letras y Pedagogía, Miembro del Consejo Universitario de San Marcos y autor del presente estudio sobre el Protocolo de Río de Janeiro, ha aportado sus mejores energías en defensa de los derechos del Perú en el litigio peruano-ecuatoriano, ya sea en las columnas del periodismo, en numerosos editoriales y artículos de redacción por él escritos, ya desde el libro y desde la tribuna parlamentaria. Sus obras "El Litigio Límitrofe Peruano Ecuatoriano", "Peruanidad de Tumbes, Jaén y Maynas", "Los Derechos del Perú en el problema límitrofe con el Ecuador" y "Perú y Ecuador" alcanzaron amplia difusión continental. Miembro de la Comisión Diplomática del Congreso, el Diputado Mac-Lean y Estenós ha pronunciado, desde su escaño parlamentario, enérgicos discursos sobre los amistosos servicios tripartitos en el diferendo límitrofe; el armisticio de julio de 1941; la iniciativa de la Cancillería Mexicana para darle jurisdicción en el problema a todas las naciones de América; la réplica a la Exposición del Ministro de R. R. E. E. de Quito sobre el litigio; y la fundamentación del Protocolo de Paz y Amistad Peruano-Ecuatoriano. En su calidad de Asesor de la Delegación del Perú a la III Reunión Consultiva de Cancilleres Americanos, el Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós colaboró, en Río de Janeiro, en la etapa final de este secular problema, sobre la que expresa algunas ideas sustantivas en el estudio que a continuación publicamos.

La controversia fronteriza con el Ecuador, originada en los albores de nuestra independencia y por consiguiente la de más larga duración en nuestra historia, ha atravesado durante más de un siglo por todas las vicisitudes, posibilidades y tanteos y por todos los procedimientos que el Derecho Internacional admite para resolver los problemas entre los Estados.

Una dilatada polémica doctrinaria se desarrolló en torno a la gestación de las nuevas nacionalidades americanas, a la Cédula Real de 1802, al *uti-possidetis* de 1810 y al principio de la libre determinación de los pueblos, bases sustantivas de nuestros inalienables derechos en cuya defensa no escatimó empeño alguno nuestra diplomacia y más de una vez se pusieron en acción nuestros soldados. Acudimos repetidas veces a las *negociaciones directas*: en 1841 en Quito entre nuestro Plenipotenciario el Dr. Matías León y el Canciller ecuatoriano Valdivieso; en 1890, en esa misma capital, firmandose entonces el Tratado García Herrera, lesivo a la dignidad, a los derechos y a los intereses nacionales; en 1934, realizadas en Lima entre nuestro Ministro de R. R. E. E. Dn. Solón Polo y los plenipotenciarios ecuatorianos Homero Vitteri Lafronte y Pablo Mariano Borja e interrumpidas por la ingerencia perturbadora y destemplada del mandatario ecuatoriano Velasco Ibarra. Aceptamos el *procedimiento arbitral* ante el Rey de España que el Ecuador frustró en 1910. Convinimos en las *fórmulas mixtas* de arbitraje y arreglos directos, consignadas en la Convención Espinoza-Bonifaz de 1887 y en el Protocolo Ponce-Castro Oyanguren de 1924. Nos sentamos en la mesa redonda de las *conferencias bilaterales* de delegaciones de ambos países, bajo la égida de un ár-

bitro, como infortunadamente ocurrió en Washington en el período 1936-1938. Aceptamos en 1910 someter la totalidad de nuestro litigio a la *Corte Permanente de Arbitraje Internacional de La Haya*. Propusimos en 1938 encomendar a ese Tribunal el escudriñamiento de los actos de soberanía que determinaron, hace más de un siglo, la organización inicial de ambos Estados contendientes en las zonas en litigio. Y aceptamos igualmente, en 1941, el sistema denominado de los "*amistosos servicios*", fórmula intermedia entre la mediación y los arreglos directos. Durante más de un siglo, en nuestros aciertos y en nuestros errores, estuvimos siempre resueltos a defender nuestros derechos en los areópagos de la paz como en los campos de la guerra donde quiera que nos llevara nuestro deber o nos citara el honor nacional. A la guerra fuimos en 1829 cuando el Ecuador integraba la organización política de la Gran Colombia y en 1858 cuando el Mariscal Castilla, después de entrar triunfalmente en Guayaquil, siempre fiel a las tradiciones hidalgas de nuestra Patria, fué magnánimo con el vencido. Al borde de la guerra estuvimos en 1910 cuando el Ecuador se rebeló contra el arbitraje español, produciéndose entonces gravísima situación internacional, conjurada por la mediación de EE. U. U., Brasil y Argentina, los que declararon que era "*contra la recta conciencia rebelarse contra el fallo arbitral*". Una guerra de facto se desencadenó en 1941 cuando repetimos las agresiones ecuatorianas a nuestras fronteras, arrojamos a los invasores más allá de sus posiciones y rubricamos, en la gran victoria militar del Zarumilla, la decisión irrevocable del Perú de defender, palmo a palmo, su integridad territorial y su dignidad de nación soberana y libre.

Otros graves problemas internacionales que preocuparon hondamente a nuestra Patria, en la trayectoria secular

de este embolismo limítrofe, explican los altibajos de nuestra diplomacia y atenúan talvez algunos de sus flagrantes errores. Ninguna de nuestras fronteras había sido definitivamente determinada. Litigábamos entonces simultáneamente con todos nuestros vecinos. Una controversia tan antigua como la ecuatoriana nos distanciaba de Colombia. Con el Brasil nos disputábamos extensas selvas amazónicas. Más de una vez estuvimos en pié de guerra con Bolivia. En cumplimiento del Tratado de Ancón, y para decidir definitivamente la nacionalidad de las provincias de Tacna y Arica, vivimos durante más de medio siglo al borde inminente de una nueva guerra con Chile. Estas graves contingencias internacionales, que multiplicaban la posibilidad de las asechanzas contra nuestra Patria, se agravaban aún más con los trajines y turbulencias de nuestra política interna. Los problemas internacionales fueron en repetidas ocasiones las plataformas políticas en el ataque o defensa de determinados gobiernos. Alguna vez se los usó como instrumentos de propaganda electoral. Nuestra inestabilidad interna con regímenes políticos que vivían bajo la perenne inquietud del derrocamiento y nuestra debilidad internacional bajo la espada de Damocles de un posible cuadrillazo, explican las dificultades, a veces insalvables, de nuestra situación y las concesiones que, en mérito a ello, se vió obligada a hacer, en reiteradas ocasiones, nuestra diplomacia. Solo así pudo firmarse en 1890—cuando pesaba todavía sobre nosotros, como una lápida funeraria, el desastre del 79—el funesto Tratado García Herrera que, por fortuna, no se perfeccionó con los requisitos solemnes y no entró, por tanto, en vigor. Solo así pudimos dejar sin castigo la osadía ecuatoriana de 1910 al rebelarse contra el arbitraje del Rey de España y frustrar el laudo que reconocía la peruanidad de Tumbes,

Jaén y Maynas. Solo así pudimos aceptar, en 1936, que entrara en vigencia un instrumento caduco como el Protocolo Ponce-Castro Oyanguren de 1924, que no había merecido la ratificación parlamentaria, requisito solemne e indispensable para darle fuerza legal, tanto más cuanto que modificaba el Tratado de 1887 en la persona del árbitro. Solo así pudimos ir a las negociaciones de Wáshington en 1936. Y solo así pudimos proponer entonces—por iniciativa de la Comisión Consultiva de la Cancillería, acogida por el Ministro de R. R. E. E. de esa época y transmitida a nuestra Delegación en Wáshington—el sometimiento a la Corte Permanente de Justicia Internacional de la cuestión previa de carácter jurídico, surgida entre las delegaciones, fórmula peligrosa e inconveniente que comprometía los derechos esenciales del Perú y ponía en tela de juicio los actos constitutivos de nuestra nacionalidad, con relación a Loreto y Jaén.

El Dr. Pedro M. Oliveira, ex-Ministro de R. R. E. E., miembro de esa Comisión Consultiva y actual Ministro de Educación Pública, dejó expresa y fundamentada constancia de su voto adverso a esa fórmula concesionista.

La política internacional del Sr. Presidente de la República, Dn. Manuel Prado, se ha caracterizado, en todo instante, por la firmeza, la claridad y la energía con que ha defendido los altos intereses y derechos nacionales. Sus objetivos, en el proceso litigioso peruano-ecuatoriano, enunciados sin vacilaciones y defendidos con entereza, se fundamentaron en la triple base de la titulación colonial, de la posesión ininterrumpida y del estatuto territorial que dictaron los Libertadores conforme a la voluntad libre y espontánea de los pueblos. Planteados el 8 de mayo de 1941 los "amistosos servicios" tripartitos, nuestra Cancillería, al aceptarlos, no admitió que se discutiera, en forma alguna,

la peruanidad de nuestras provincias de Tumbes, Jaén y Maynas. La serena energía de nuestro gobierno era bien significativa. Tampoco aceptamos mediaciones que podían conducirnos a procedimientos arbitrales de los que tan amarga experiencia tiene el Perú porque los laudos, tanto en el caso de Bolivia como del Ecuador, se frustraron cuando reconocieron nuestros derechos y sólo se llevaron a la práctica cuando los menoscabaron, como ocurrió con el del Presidente Coolidge cuya injusticia demostró la terrible experiencia del truncado plebiscito de Tacna y Arica. En notas de Cancillería que tienen trascendental valor histórico, el Perú aceptó los servicios amistosos solo para los efectos de restablecer la atmósfera de cordialidad, enturbiada por las constantes provocaciones ecuatorianas; y cuando ellas se agudizaron el año último con la agresión armada a nuestras fronteras, una brillante victoria militar robusteció, aún más, los derechos peruanos que los siglos habían acumulado en la Amazonía. A partir de entonces se hizo más fácil el advenimiento de la solución definitiva.

Biblioteca de Letras
"Jorge Puccinelli Converso"

El Protocolo de Paz, Amistad y Límites suscrito por el Perú y el Ecuador, en el escenario continental de Río de Janeiro, el 29 de enero último, ratificado luego por los Congresos de ambos países y cuyo canje de ratificaciones se realizó en Petrópolis el 31 de marzo, satisface las expectativas nacionales porque consagra el triunfo rotundo de la tesis peruana, confirma la indeclinable posición jurídica que adoptó el Perú en mayo de 1941, supera y mejora el estatus-quo tradicional que ambos países reconocieron en 1936, reconoce y consagra la inviolabilidad de nuestros derechos en la región de la costa y en la Amazonía, destruye los obstáculos que se oponían a un buen entendimiento entre los dos pueblos y abre para ellos, bajo las perspectivas de la completa

unidad espiritual del continente, una nueva era de comprensión y de confraternidad.

La línea fronteriza fijada en el Protocolo de 1942 es la mejor de todas las que fueron propuestas y discutidas en la trayectoria secular del litigio. Ni siquiera la sospecharon los negociadores de Washington de 1938 cuando tuvieron la iniciativa de poner en manos de la Corte Permanente de Justicia Internacional de La Haya los destinos de las provincias peruanas de Tumbes, Jaén y Maynas. La línea de Río Janeiro es la que en derecho le correspondía al Perú en el momento histórico de su emancipación comprendiendo los ríos Marañón y Amazonas con todos sus afluentes septentrionales y meridionales. Fracasa así definitivamente la tesis reivindicacionista ecuatoriana. Y al cerrársele, conforme a derecho, la salida a esos dos grandes ríos selváticos se pone fin a las absurdas pretensiones del Ecuador de convertirse en país amazónico.

Consagra el art. 1.º del Protocolo, como lo sugirió el Perú en su nota del 23 de mayo de 1941, la necesidad de restablecer la cooperación entre los dos pueblos mediante un instrumento jurídico que garantice la paz. Así se ha hecho. Mantenido intangible nuestra soberanía, respetados nuestros derechos y asegurada la paz decorosa para ambos países no tenía ya razón de ser la ocupación militar peruana en la Provincia del Oro que se justificó hasta el momento en que fué firmado el Protocolo, primero por la necesidad de destruir los emplazamientos y concentraciones con los que el Ecuador preparó la agresión a nuestras fronteras y luego para impedir nuevos ataques contra nuestra integridad territorial. "Sólo el reconocimiento del augusto imperio de nuestro derecho—dijo el Presidente Prado en su Mensaje al Congre-

so el 28 de julio último—hará que nuestros soldados vuelvan a sus cuarteles de paz”. La directiva presidencial era clara y rotunda. No podíamos, en ningún caso, aceptar la desocupación previa de la zona tomada militarmente por nuestras armas, cumpliendo un imperativo ineludible de la seguridad nacional. Reconocidos en su integridad los derechos del Perú en el Protocolo de Río de Janeiro, y en estricto cumplimiento de sus cláusulas 2.^a y 4.^a, nuestras tropas se retiraron de la zona de ocupación—que queda en las mismas condiciones que la región desmilitarizada por el Acta de Talara—y se mantienen en sus nuevas posiciones hasta que el Protocolo sea totalmente ejecutado.

El Perú se ha mantenido fiel a sus gloriosas tradiciones de honor, de hidalguía y de buena vecindad. Jamás ambicionamos patrimonio territorial ajeno, ni impusimos la dura ley de Breno, ni nos enriquecimos con la conquista, ni forjamos nuestra historia con la mutilación de ninguno de nuestros vecinos. El Protocolo de Paz, Amistad y Límites Peruano-Ecuatoriano mantiene incólumes esas tradiciones de nuestra Patria. Y es un deber proclamarlo así, en voz alta, para que se escuche en toda América, por lo mismo que el Ecuador ha puesto sus banderas a media asta—símbolo del duelo público—y no pierde oportunidad para afirmar y repetir que ese Protocolo significa el desconocimiento de sus derechos, la mutilación de su territorio y su sacrificio en aras de la unidad continental. No. Nada de eso. El Ecuador no ha sido sacrificado en forma alguna. No es el Ecuador la víctima propiciatoria en el holocausto de la confraternidad americana. Saben que no dicen la verdad quienes, en ese país, con fines de política interna, apelan a la estratagema falaz del sacrificio. No se le sacrifica a un pueblo cuando se le

despierta de una ficción de más de un siglo; cuando se le comprueba que sus dirigentes lo engañaron desde que se constituyó como Nación, con el mito de que era país amazónico; cuando se le hace ver que las ficciones acumuladas por los intereses políticos, a través de su accidentada historia, eran bien distintas de la realidad histórica, iluminada por los resplandores del derecho y de la justicia. Comprendemos, sin embargo, el dolor y la desilusión del pueblo ecuatoriano. Lo comprendemos y lo respetamos. Es el dolor y la desilusión de un pueblo engañado. De un pueblo que tal vez creyó sinceramente tener el derecho y la justicia en nuestro litigio limítrofe porque así, una y mil veces, se lo mintieron sus políticos; y que, frente a la realidad viva, se convence, al fin, de que no tenía ni la justicia ni el derecho.

Un espíritu de estricta justicia alienta el Protocolo de Río de Janeiro en el cual el Ecuador, lejos de ser sacrificado, obtiene positivas ventajas. La desocupación de la Provincia del Oro es una de ellas. Sin la acción de los "amistosos servicios" y sin ese Protocolo el Perú no sólo hubiera mantenido la ocupación militar sino, aún más, hubiera proseguido sus triunfos guerreros, no para enriquecerse con el botín de la conquista sino para imponer el respeto a nuestros derechos y a nuestra integridad territorial. Y entonces sí, el Perú, por acto unilateral, hubiera dictado una solución siempre justa pero mucho más severa que la actual para el Ecuador que ahora, derrotado en una guerra, se ve empero libre de sus responsabilidades, exonerado de pagar las indemnizaciones del caso y de cubrir los gastos de ocupación. Nueva e incalculable ventaja para el Ecuador es su acceso al Putumayo en cuyo alto curso obtiene el triángulo de Sucumbíos, pequeña porción territorial sobre la que

nunca tuvimos jurisdicción ni posesión efectivas y que Colombia nos entregó teóricamente en el Tratado de Límites de 1922. Conocí el pensamiento íntimo de los gestores de ese Tratado. Y por eso estoy en condiciones de declarar que el propósito del Perú, al aceptar entonces la faja de territorio que Colombia le entregaba, fué precisamente facilitar mediante un adecuado canje la solución decorosa y definitiva del litigio peruano-ecuatoriano. Este pensamiento se ha cristalizado en el Protocolo de Paz, Amistad y Límites de 1942. Ventaja innegable que obtiene el Ecuador en este arreglo está consignada en el art. 6.º de ese instrumento jurídico que le facilita la navegación libre y gratuita en el Amazonas y sus afluentes septentrionales, otorgándole las mismas concesiones de que gozan el Brasil y Colombia, más aquellas que fueren convenidas en un Tratado de Comercio y Navegación.

El Protocolo de Paz, Amistad y Límites, suscrito entre el Perú y el Ecuador, no consagra, pues, ninguna injusticia, no lesiona ninguna justa expectativa, no consume ningún sacrificio ni mutilación alguna. Es, antes bien, una nueva expresión del derecho internacional americano, concorde con la realidad histórico-jurídica de dos pueblos hermanos y con el espíritu de la unidad y de la armonía continentales.

Han merecido el bien de la Patria y la gratitud nacional los eminentes ciudadanos—a quienes evoco en el orden cronológico de su actuación—que en la función pública, en la tribuna parlamentaria, en la cátedra, en el libro y en el periodismo dedicaron, a través de un siglo, sus mejores energías para defender y hacer respetar los derechos del Perú en el litigio limítrofe con el Ecuador. La historia ha recogido, por eso, los nombres de José Pardo quien en su juventud, como Encargado de Negocios del Perú, al finalizar el siglo

pasado, redactó un Alegato que marcó una de las directivas a la controversia; Felipe de Osma y Mariano H. Cornejo, autores de ese monumento histórico-jurídico que el Perú presentó ante el arbitraje español y que constituye la más acabada exposición del problema, la más rotunda exaltación de nuestros títulos y la más brillante e irrefragable defensa de nuestros derechos; Víctor M. Maúrtua, maestro de maestros, archivo viviente y vivido de nuestra diplomacia, embajador en el escalafón de nuestra cancillería y en la vida de la inteligencia y de la cultura, quien supo defender la tesis y los derechos peruanos con su dialéctica formidable y su prestigio de internacionalista no superado ni igualado en este continente; Antonio Miró Quesada, hombre público, tribuno y periodista cuyo verbo se irguió siempre con energía, desde la Presidencia del Congreso, desde el escaño parlamentario o desde las columnas editoriales de "El Comercio", funciones públicas que ejerció con brillante acierto, para dictar las directivas más convenientes a la causa peruana y defender con patriótica altivez nuestros derechos sobre los territorios entonces en litigio; Francisco Tudela y Varela, ciudadano eminente, Presidente del Congreso, Ministro de Relaciones Exteriores, Delegado del Perú en las negociaciones de Washington, Miembro prominente en la Comisión Consultiva de nuestra Cancillería, quien, por su profunda versación en el problema, y su claridad expositiva y su dialéctica magisterial, ha ejecutoriado, en la defensa de nuestra causa y de nuestros derechos, sus bien ganados prestigios en la conciencia ciudadana, prestando además invalorable servicios a la República; Víctor Andrés Belaúnde que ha compendiado en su notable libro "La Constitución Inicial del Perú ante el Derecho Internacional", recientemente publicado, su

labor de treinta años como colaborador, testigo, actor o crítico inmediato en los distintos episodios del litigio limítrofe durante ese período. Luis Miró Quesada, ex-Ministro de Relaciones Exteriores, Delegado del Perú ante la Liga de las Naciones, Miembro de la Comisión Consultiva de nuestra Cancillería, y Presidente del Directorio de "El Comercio", maestro universitario y ciudadano eminente, ha mantenido, con clara y rotunda energía, la posición indeclinable del Perú en la secular controversia y ha sido, en todo instante, el defensor intransigente de la dignidad nacional frente a las posibilidades adversas que en no pocas ocasiones le acecharon. Bajo su orientación patriótica "El Comercio" de Lima fué el intérprete de los anhelos ciudadanos en el grave problema limítrofe. Tres fueron los patrióticos objetivos por cuya realización bregó con indoblegable empeño el Dr. Miró Quesada durante los "amistosos servicios tripartitos": el respeto irrestricto a la soberanía peruana, la no desocupación militar sin condiciones y la mejora del statuto-quo tradicional, definido por escrito en 1936. Tanto en el seno de la Comisión Consultiva de R. R. E. E., como en las columnas editoriales de "El Comercio" de Lima, Luis Miró Quesada defendió con irrevocable resolución la soberanía de nuestro país, poniendo así un límite preciso a la jurisdicción de los servicios amistosos e impugnando valientemente todas aquellas iniciativas o posibilidades que, de haberse realizado, hubiesen podido significar un menoscabo a nuestra libertad como nación para resolver nuestros problemas fundamentales sin presiones extrañas. En la hora difícil y trascendental de las decisiones y de las responsabilidades, Miró Quesada defendió, con patriótica entereza, la necesidad de que la ocupación militar peruana en la Provincia del Oro

se mantuviera hasta obtener—como hemos obtenido—la solución final y satisfactoria del embolismo y discrepó rotundamente de los que entonces aconsejaban la conveniencia de acceder ante posibles peligros internacionales, a una desocupación inmediata y sin condiciones. Nuestros éxitos militares en la frontera del norte debían capitalizarse en defensa de nuestros derechos. Por lo mismo no hubiera satisfecho al país una solución final que solo se hubiera limitado a reconocer la existencia del statu-quo tradicional. Era necesario mejorarlo. Por eso, interpretando las expectativas nacionales, el Dr. Luis Miró Quesada sostuvo y defendió la necesidad de que se cumpliera, como se ha cumplido, este objetivo fundamental. Miró Quesada ha incrementado así, con estas nuevas y brillantes ejecutorias, sus eminentes servicios a la República. Cerramos esta revisión justiciera de valores y actitudes con el nombre de Alfredo Solf y Muro, actual Ministro de Relaciones Exteriores, leal consejero del Gobierno y prestigioso colaborador del Presidente Prado, copartícipe de sus preocupaciones y desvelos, que tan brillante actuación tuviera como Presidente de la Delegación del Perú a la III Reunión Consultiva de Cancilleres Americanos y que suscribió en Río de Janeiro, en nombre de nuestra Patria, el Protocolo de Paz, Amistad y Límites con el Ecuador que cierra con extraordinario brillo uno de los largos y accidentados capítulos de la historia del Perú.

Han desaparecido enhorabuena todos los obstáculos que se oponían a un buen entendimiento entre los dos pueblos hermanos. Nada los separa ya y, antes bien, todo contribuye a unirlos: la comunidad del idioma y de la raza, la vecindad geográfica, el culto a los mismos próceres que forjaron la independencia y el común empeño por el progreso y la

prosperidad nacionales. Trabajemos, pues, en esa tarea peruanos y ecuatorianos unidos en franca y leal amistad. Y esa será—no lo dudeis—la mejor ofrenda que podremos hacerle a los manes de los Libertadores y el mejor tributo a nuestras respectivas Patrias en el presente y en el porvenir.

ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Psicología y ecología, o del instinto en el orden de la naturaleza

POR HONORIO DELGADO

El hombre típico de la civilización moderna, con gran simpleza, se ufana de ser superior al medioeval por creerse práctico y adicto a las cosas de este mundo. Pero en verdad sólo conoce el apetito de goces materiales y el propósito utilitario frente a lo terrenal, sin un efectivo amor a la naturaleza. Así la presunción de nuestro civilizado se funda en un doble error, ya que, desarraigado del cosmos, carece de afición a lo genuino de cada ser y desconoce la positiva simpatía del hombre medioeval para las obras de la creación. En el dominio del pensamiento científico la falta de penetración de lo genuino favorece el afán de reducir la entidad de los fenómenos anímicos a los principios de la biología y las manifestaciones de la vida a la causalidad propia de la materia inanimada, como si los hechos físicos y químicos fuesen principales o la realidad última.

Desarrollando un tema del cual me he ocupado antes, intento mostrar aquí cómo el mundo en que vivimos se ordena de manera orgánica y finalista, cómo se impone el modelo psicológico en la comprensión de la naturaleza, como si el conjunto de la materia obedeciese a la dirección del espíritu — *mens agitat molem, et magno se corpore miscet*, se-

gún el verso de VIRGILIO. Con este fin me bastará relacionar una serie de hechos científicamente comprobados, cuya sola consideración maravilla y es capaz de hacer amar a la naturaleza, sentimientos sin los cuales no se adquiere una sensata concepción del mundo.

Disposición biogenética de la materia inorgánica

Contrariamente a la concepción de la vida como un mero accidente de la superficie terrestre, el estudio de las sustancias químicas abundantes en ésta evidencia que sus propiedades son específicamente adecuadas a la economía de animales y vegetales. Hace más de un siglo WHEWELLS sostenía que muchas de las propiedades de la materia "parecen escogidas precisamente para la vida", y L. J. HENDERSON, en su libro *The fitness of the environment* (Nueva York, 1913), con una masa imponente de datos y con un rigor analítico inobjetable, sostiene la tesis de que nuestro mundo está formado de tal modo como si obedeciese al designio de la existencia de la vida. "Las propiedades de los elementos — declara — no están distribuídas entre ellos de manera regular y correspondiente al sistema periódico, ni de un modo que pueda explicarse como casual; por el contrario, si consideramos los límites exteriores, están distribuídas de la manera más desigual, de suerte que las cualidades más prominentes se presentan concentradas principalmente en algunos elementos especiales, y en primera línea en el oxígeno, el hidrógeno y el carbono. Esta distribución condiciona algunas consecuencias extremadamente importantes para el desenvolvimiento cósmico y orgánico, a saber, una máxima consistencia e invariabilidad de los estados físico-químicos de la superficie de un planeta así como una máxima compli-



cación de la síntesis de los mismos. Tiene también por consecuencia que en tal superficie puedan existir y conservarse sistemas de alta estabilidad, complicación y riqueza de energía... El proceso total del desenvolvimiento es unitario tanto del cósmico cuanto del orgánico".

A manera de ejemplo señalaré las peculiaridades del principal compuesto de oxígeno e hidrógeno, el agua, y las del carbono. El agua, que al observador vulgar parece el compuesto más anodino y a un poeta, "la inocencia de la naturaleza", entraña una serie extraordinaria de propiedades óptimas para la regulación orgánica y el buen acondicionamiento vital del medio ambiente, propiedades que no se presentan reunidas en ningún otro líquido, siendo el agua el más abundante en la superficie de la tierra y, cuantitativamente, el principal componente de todos los organismos desarrollados. Sus cualidades biogénicas más importantes son: un elevado calor específico, un gran calor latente de licuefacción y evaporación, buena conducción del calor (excepcional fuera de los metales), el punto de máxima densidad a 4° sobre la temperatura de congelación (0°), una elevada tensión superficial, transparencia para la energía radiante, considerable poder disolvente y, como disolvente, inercia química y constancia dieléctrica grandes, multiplicidad de asociación de sus moléculas (como monohidrol, dihidrol, trihidrol, "agua pesada"). El carbono, elemento químico inherente a todas las materias orgánicas, tiene características químicas singularísimas, que dan a sus compuestos aptitudes únicas para la actividad fisiológica. Se destacan las siguientes: la capacidad de unirse a cualquier otro elemento, que permite una gran variedad de combinaciones; la tetravalencia de su átomo, la cual hace posible un enorme número de derivados de cada compuesto de que forma parte, con grados de comple-

jididad y modos de estructura innumerables; su posición en el sistema periódico, entre los elementos positivos y los negativos, que le permite combinarse con unos y otros y alternar la oxidación y la reducción, y, gracias a eso, actuar como vehículo de energía; la lentitud de reacción o la inercia de sus compuestos, particularmente significativa para los fenómenos vitales.

Parece que hasta la proporción de las sales disueltas en el océano primitivo, de donde salieron los primeros animales, haya sido particularmente adecuada a la economía de la vida. En efecto, no se puede explicar de manera más satisfactoria las verificaciones de la paleoquímica de los flúidos animales y del marino, iniciada en 1889 por BUNGE y sobre la cual ha concebido QUINTON una ingeniosa teoría. El hecho positivo es que gracias a los métodos recientes de investigación se puede asegurar, con un margen limitado de error, que la concentración salina del plasma sanguíneo y de la linfa de los vertebrados actuales corresponde a la proporción de sodio, potasio, calcio y magnesio disueltos en el mar de la remotísima era geológica en que vinieron al mundo los primeros representantes de tal género de animales. La misma "fidelidad" al mundo primigenio se observa también en los invertebrados. Incluso en las especies cuyo medio actual es el océano, la concentración salina de sus humores corresponde (tanto por la cantidad relativa al disolvente cuanto por las proporciones de las diversas sales) a la del medio exterior arcaico y no a la del actual, mucho más cargado de sales. Así, a lo largo de decenas de millones de años en el medio interior de los animales perseveran las proporciones originales, a despecho del incesante y desigual aumento de las diversas sales disueltas en el mar. Esto evidencia, ade-

más de lo dicho, que el organismo vivo no es influído pasivamente por el ambiente cuando no le conviene, lo cual resalta todavía más claramente en el hecho de que en el núcleo de la célula normal el agua no contiene ninguna materia inorgánica, a pesar de abundar ésta en el resto de la célula — circunstancia peculiarísima debida muy probablemente a la conveniencia de proteger la invariabilidad de la substancia hereditaria de que es asiento el núcleo.

Por último, el estado coloidal, o sea de suspensión de finísimas partículas de una substancia en medio de otra, estado en el cual se halla casi toda la materia en el organismo, es otra condición sin la cual la vida no sería posible, pues gracias a él los cuerpos se hallan a la vez en un estado dinámico y los cambios químicos se operan sin violentos desarrollos de energía. Ahora bien, en este estado se encuentra asimismo parte de la materia inorgánica de la superficie terrestre, lo cual igualmente es ventajoso para la vida. Los coloides del suelo protegen a las plantas contra los metales venenosos y neutralizan los malos efectos del cambio de la alcalinidad o acidez de las tierras sobre la respiración de sus raíces. En realidad todas estas investigaciones son los primeros pasos en el camino de la inteligencia de la adaptación del medio a la vida, hecho complementario de la adaptación de la vida al medio, la única que considera la biología materialista. En tal perspectiva es pertinente la siguiente afirmación de TEILHARD DE CHARDIN: "Considerada en sus comienzos y en sus orientaciones principales, la vida no principiará a ser comprendida científicamente sino cuando se haya descifrado la historia físico-química del astro del cual ella es la envoltura consciente".

La luz solar y la economía de la biosfera

Los hechos que he considerado en primer lugar muestran una correspondencia innegable entre las condiciones físico-químicas de la superficie de nuestro planeta y la vida que medra en ella, correspondencia reveladora de un orden ascendente en la constitución de la naturaleza. Los fenómenos que señalo en seguida, familiares a todo cultor de la biología, permiten entrever, en un panorama más amplio del mundo, la esencial y coherente actividad de la naturaleza — según la concebía ARISTÓTELES—, como la sinergia de una grandiosa fisiología cuyo manantial de fuerza es el Sol y cuyo cuerpo vivo está integrado por el conjunto de animales y plantas, en contacto inmediato y productivo con el reino mineral.

Las plantas verdes, gracias a la clorofila, absorben la luz solar y la transforman en energía química. Este fenómeno, llamado fotosíntesis, consiste, según el criterio generalmente aceptado, en que la clorofila unida al protoplasma disocia las moléculas del anhídrido carbónico de la atmósfera y las del agua que la planta absorbe del terreno, y produce azúcar y oxígeno. Ulteriores procesos químicos del vegetal integran las moléculas del azúcar formando almidón. Según investigaciones recientes, el almidón no procedería, en la planta, de un azúcar (sacarosa o maltosa) sino de un ester de glucosa, y a la acción de la luz se debería el desprendimiento de oxígeno, mas no la absorción del anhídrido carbónico, pues ésta se manifiesta aun en la obscuridad.

La mayoría de las personas cree que las bacterias y en general los microbios sólo son seres peligrosos, causantes de las enfermedades. En realidad, los gérmenes patógenos for-

man la minoría de la inmensa población de los vegetales y animales microscópicos. La mayor parte son o inocuos o indispensables para la existencia de la flora y la fauna macroscópicas. Según observa PIERANTONI, iniciador del estudio de la simbiosis normal hereditaria de los animales con las bacterias, "el microorganismo patógeno no se presenta sino en algunos individuos de la especie (enfermos y portadores resistentes a la infección), mientras que el microorganismo fisiológico existe en todos los individuos de cada especie y constituye una necesidad ineludible para la vida del organismo; se transmite hereditariamente, al mismo título que otras propiedades plasmáticas y nucleares de todos los otros órganos". Las bacterias constituyen un grupo copioso e importante entre los vegetales desprovistos de clorofila. Infinidad de especies de este grupo desempeñan una función de síntesis de las substancias nitrogenadas, las cuales entran como componente principal del protoplasma de todas las células animales y vegetales. Hay una clase de bacterias que se apoderan directamente del nitrógeno de la atmósfera y forman nitratos; algunas especies de estas bacterias fijadoras del nitrógeno viven libres en el suelo, al que enriquecen de nitratos; otras se radican en las raíces de ciertas plantas, a las cuales suministran el producto de su industria. Existen otras bacterias que descomponen el protoplasma de los vegetales y animales muertos, produciendo amoníaco, el cual, a su vez, es transformado en nitritos por otro género de bacterias y, por último, un cuarto grupo bacteriano tiene la especialidad de oxidar los nitritos, convirtiéndolos así en nitratos asimilables por los vegetales verdes.

Los animales no toman del mundo inorgánico sino agua, oxígeno y algunas sales; para lo demás dependen de las plantas, las cuales, por otra parte, han generado y renuevan

el oxígeno de la atmósfera. Ellas les suministran los alimentos plásticos y los energéticos : a los herbívoros de manera directa y a los carnívoros por medio de los cuerpos de los herbívoros. Mientras que en la economía de la planta predomina el anabolismo, o sea la conversión de la energía y de la materia exterior en sustancia orgánica (energía potencial), en el animal, organismo móvil y activo, sobrepuja el catabolismo, esto es, la transformación de las materias asimiladas en trabajo físico (energía quinética). A este propósito BERGSON piensa que "el mismo impulso que ha llevado al animal a darse nervios y centros nerviosos ha debido conducir a la planta a la función clorofiliana".

En resumen, en el inmenso proceso metabólico de la naturaleza, en que se complementan y correlacionan las funciones de las bacterias, de las plantas verdes y de los animales, hay dos aspectos: el ciclo del carbono y el ciclo del nitrógeno. El ciclo del carbono se inicia en la planta con la formación de los hidratos de carbono — que son el combustible para el funcionamiento de todos los organismos — y el oxígeno libre. El animal se nutre de los hidratos de carbono sintetizados por la planta y uno y otra restituyen con su respiración anhídrido carbónico a la atmósfera. El tercer factor es la bacteria, cuyo destino es descomponer los cuerpos muertos de animales y vegetales : la fermentación devuelve al medio el agua y el anhídrido carbónico precursores de los hidratos de carbono. Así retornan las sustancias a su condición original, en el proceso de la circulación sin fin. El esquema del ciclo del nitrógeno es más complejo : comienza con la intervención de las bacterias fijadoras, sigue con la síntesis de las proteínas en los vegetales, de los cuales se proveen los animales, y la putrefacción de los cuerpos de unos y otros, por obra de las bacterias, engendra nitritos, que

también por industria bacteriana, se convierten en nitratos asimilables por el vegetal.

Este aspecto de la historia natural de la nutrición, ajuste de la vida y la muerte, nos muestra, pues, la totalidad solidaria de fauna y flora — la bioesfera — en la relación más estrecha y dinámica con la unidad telúrica y ésta en dependencia del conjunto del sistema solar. Posteriormente veremos cómo, en este gran ámbito del universo, repercuten sobre la vida el ritmo de las estaciones, el del día y la noche, el de las mareas, la gradación de climas y demás factores dependientes de la situación de cada lugar y de las transformaciones inherentes a la evolución del globo, tal y como si el conjunto fuese un gigantesco animal, según lo imaginó PLATÓN.



Ecología

La palabra “ecología” fue introducida en el léxico científico por HAECKEL en 1866. En su obra *Genereller Morphologie* la define como “doctrina de la economía de los organismos”. El concepto ha evolucionado desde entonces y hoy corresponde para la mayoría de los biólogos al de ciencia de las relaciones de animales y plantas con su ambiente y entre ellos, de la situación del ser vivo en la bioesfera. Generalmente se considera la ecología como un mero aspecto descriptivo de la zoología y de la botánica. Pero tiende a imponerse un criterio más amplio y comprensivo, de modo que su dominio abarca los datos de todas las ciencias especiales de la naturaleza. Así, la ecología sería la disciplina central del conocimiento de la naturaleza, cuyo fin es la comprensión del ser en su campo, de las partes en función del todo, verdadera historia natural de la configuración y dinámica del complejo microcosmos-macrocosmos. Como com-

plemento de las ciencias naturales especiales — indispensables para el saber preciso—, ciencias que tienen por meta ideal la explicación físico-matemática de los fenómenos aislados unos de otros por abstracción, la ecología busca el sentido de las manifestaciones concretas de la naturaleza según la situación local e histórica en cada caso, la razón de ser de su génesis y de sus vinculaciones reales. Mientras que las disciplinas especiales no meramente descriptivas, sistemáticas, persiguen y analizan la causalidad material por medio de artificios experimentales o discursivos, la ecología trata de aprehender, en la práctica y sobre el terreno, la estructura íntima de las manifestaciones nativas, gracias a la síntesis de la observación realista de lo singular, la intuición de lo típico y la suma de los datos de las ciencias especiales. En el caso de estas últimas la unidad a que llega el espíritu es el elemento constitutivo, lograda por abstracción; en el caso de la ecología es la integración orgánica supraindividual, sorprendida en sus correlaciones y en su plenitud efectiva, pues, según sentencia CLAUDE BERNARD, “el misterio de la vida no reside en la naturaleza de las fuerzas que pone en juego, sino en la dirección que les dá”.

FRIEDERICHS, adalid de la ecología nueva, distingue la investigación de las relaciones del organismo con su hábitaculo, de la investigación biológica del espacio. Lo primero es tema de la ecología en sentido estricto. Esta estudia lo que clásicamente se llama el *habitat* y la norma ecológica de cada especie animal o vegetal, así como asociaciones y correlaciones típicas en la flora y la fauna. La investigación biológica del espacio corresponde a la ecología en sentido amplio. Estudia las relaciones recíprocas de los fenómenos naturales en general, como contenido del espacio y realización en el tiempo, por tanto, sus ritmos y gradaciones. Lo

que hoy se llama cosmobiología es parte de su tema, la de mayor ámbito en el universo. FRIEDERICHS precisa la tarea de la ecología en estos términos : "Cuestión principal de la ecología biocéntrica es la comprensión del organismo y del mundo donde reside. Ahí se incluye las periodicidades biológicas, climáticas y cósmicas y sus relaciones, y el aumento o mengua en el movimiento de la población humana y de los animales. La investigación comparada del espacio tiene una fase inicial descriptiva: el reconocimiento de lo que se encuentra yuxtapuesto en los mismos ámbitos vitales, como base de la indagación de por qué ocurre necesariamente esta yuxtaposición. Esta investigación conduce de modo regular — a través del conjunto de la naturaleza, terreno, clima, comunidad vital — al conocimiento preciso de la región correspondiente, al de amplias zonas geográficas, abarcando los datos del pasado y el presente en una exploración en profundidad que desborda considerablemente los fines de la geografía. Pero las mayores tareas de la ecología se presentan en el dominio práctico : todo lo que se refiere a la conservación o perturbación del equilibrio de la naturaleza : desmonte de terrenos y bosques, desecación y riego, trabajos de aluvión, sistemas económicos favorables y adversos a la naturaleza en materia de silvicultura y agricultura, con sus consecuencias de plagas de insectos y enfermedades de las plantas. También el conocimiento de las epidemias del hombre y de los animales tiene su aspecto ecológico, y, por sus consecuencias, corresponde a la ecología la protección de la naturaleza".

En lo que sigue de este trabajo expondré gran variedad de correspondencias ecológicas extremadamente significativas para la filosofía de la naturaleza. Ahora mencionaré sólo un ejemplo impresionante de la importancia práctica de la ecología, que además ilustra el finalismo de las

correlaciones entre el clima y la vegetación así como el peligro de la explotación desconsiderada de la naturaleza por el hombre. Como es sabido, las plantas requieren humedad atmosférica para prosperar, y donde abundan la atraen. De ahí que en parajes áridos en los cuales se logra cultivar árboles en número considerable, acaban por presentarse las lluvias; por el contrario, en regiones donde se desmonta sin medida, sobreviene la sequía y la muerte. Esto último se ha verificado en el norte de Africa, en Sicilia, Dalmacia, Turquía, Persia etc. R. ALBERT considera que la decadencia de las culturas primitivas de Sudamérica no se debe tanto a la conquista española cuanto al desmonte practicado previamente por los aborígenes. Y C. W. COOKE ha probado que el fin del Imperio Maya en Centroamérica tiene su origen en la sequía producida por la destrucción de los bosques, substituídos por sembríos de maíz y otros frutos. Con la falta de lluvias que sigue a esto, disminuye el agua de los lagos y éstos acaban por convertirse en ciénagas donde pululan mosquitos transmisores de enfermedades mortíferas. La malaria y la fiebre amarilla, en pocos años — probablemente del 580 al 630 después de J. C. —, aniquilan la densa población de catorce millones de habitantes y una gran civilización. La explicación de COOKE no es conjetural sino resultado de prolijas investigaciones en las capas del terreno, archivo de la inmensa catástrofe.

Solidaridad entre animales y vegetales

Como es sabido, existe una serie de formas de asociación biológica de los organismos, entre las cuales las más típicas y frecuentes son el comensalismo, la simbiosis y el parasitismo, descritas en todos los manuales. Se presentan sea entre individuos de dos especies vegetales o animales, sea

entre una planta y un animal. El último caso es universal, pues no existe animal que no viva en simbiosis o comensalismo con bacterias o no sea parasitado por ellas; según hemos visto, la regla es la simbiosis fisiológica hereditaria: bacterias para digerir sustancias de otro modo inaprovechables para el organismo del animal, bacterias en la sangre o la linfa del animal, que obran como si se tratase de glándulas de secreción interna, indispensables para el metabolismo etc. Por otra parte, la compenetración del reino animal con el vegetal es infinitamente compleja. Así, cualquier trozo de tierra con vegetación es el escenario de regulaciones y luchas incontables; en todas partes los pequeños animales de presa y los minúsculos parásitos ejercen una acción de contrapeso frente a los insectos que viven de los vegetales, de suerte que se mantiene una norma ecológica, una armonía en la varia población, sin la cual no sobrevivirían las plantas, los insectos fitófagos, sus parásitos y los animales de presa. A estos factores en equilibrio se agrega la influencia del clima. En efecto, al comienzo de la primavera los vegetales crecen rápidamente, mientras tanto los insectos, que necesitan más calor para medrar, demoran en desenvolverse y son poco activos. Si las cosas cesasen de ser así, pronto desaparecerían los vegetales, devorados por los insectos, y con eso, prácticamente, terminaría la vida sobre la Tierra.

Pero la fina coordinación de la bioesfera, la concordancia de fines en la vida de los seres, explicables sólo como realización de una idea, de un plan, se hacen realmente patentes al considerar los casos particulares, de los cuales examinaremos algunos perfectamente comprobados. Uno, ilustrativo de la simplificación del gran ciclo del metabolismo del carbono en la naturaleza, lo ofrece la *convoluta roscoffensis*, gusanillo plano que vive a la orilla del mar, visible



Biblioteca de Letras
"Jorge Puccinelli Converso"

en la superficie cuando la marea es baja y oculto en la arena cuando sube la marea por encima del nivel de su hábitaculo. Su color verde oscuro lo debe al considerable número de algas simbióticas. Gracias a esta conjunción del animal con el vegetal, cuando la *convoluta* llega al estado adulto no necesita tomar alimentos, pues así como durante su desarrollo se nutre de los cuerpos de las algas, en la madurez recibe directamente los hidratos de carbono y las grasas que producen las que lleva vivas en su cuerpo. Para que se opere semejante producción de sustancias nutritivas las células verdes del alga requieren iluminación óptima; la fotosíntesis se logra gracias a la exposición que el gusanillo hace de su organismo en la superficie de la arena durante toda la bajamar. Por otra parte, en virtud de la situación que el animal mantiene cuidadosamente a mitad de la altura de la orilla, conserva el grado de humedad indispensable a su vida con la inmersión mientras se prolonga la pleamar. Cuando se aproxima una tempestad la *convoluta* se hunde rápida y profundamente en la arena, con lo cual evita ser barrida por las olas.

Así como la *convoluta* conjuga su vida con la de las algas verdes para aprovechar la luz solar en beneficio común, hay otros animales en el fondo oscuro del mar que se sirven de bacterias fotógenas para iluminar su ambiente cuando les conviene. PIERANTONI ha descubierto esta simbiosis en diversos moluscos cefalópodos y posteriormente otros investigadores la han verificado en algunos peces. El hecho es que esos animales tienen órganos, comparables con linternas, cuya fuente luminosa está constituida por cultivos de bacterias fosforescentes*. Estas linternas vivas se forman

* Todavía se ignora el mecanismo productor de esta luz. Entre los insectos hay varias especies portadoras de linterna propia. Existen esca-

por invaginación de la piel, cuyas paredes delgadas y en parte transparentes, abundantemente irrigadas por la sangre, protegen y nutren a las bacterias que ahí se multiplican. El receptáculo de luz se completa con órganos auxiliares, como



Fig. 1. Peces con linternas bacterianas.

reflectores, lentes condensadoras y antenas movibles, que permiten utilizar a la perfección el luminoso contenido (Fig. 1). Algunos animales así provistos se ocultan de sus perse-

rabajos cuya iluminación, la de uno solo, permite al hombre leer el texto de un tipo corriente en plena noche. "En proporción a su talla, el piróforo produce más luz que nuestros dinamos más poderosos". Hyatt Verrill considera "el más grande misterio de la naturaleza" la génesis de la luz fría en el cuerpo de los seres vivos. Todas las investigaciones de muchos sabios han fracasado, y tratándose de ciertos insectos luminosos, el problema más difícil es cómo puede el animal encender y apagar su luz "a voluntad".

guidores lanzando las bacterias al agua, de suerte que pueden huir tras el velo luminoso que dejan.

Tipo muy diferente de conexión vital entre animales y plantas es el de las agallas formadas por muchos árboles, excrescencias inútiles y a veces hasta nocivas para éstos, que ofrecen alojamiento, protección y pábulo específicamente adecuados a los animales que las parasitan. ERICH BECHER ha analizado esta suerte de finalidad en servicio ajeno, y considera el "altruismo" del vegetal, que provee a las necesidades del parásito, como una relación de orden psíquico superindividual. El hecho es siempre el mismo : el insecto coloca sus huevos en una parte de la planta — hoja o tallo — y, ante el estímulo de tal depósito, el vegetal reacciona con la producción de una substancia excitante del crecimiento de los tejidos, una fitohormona, formando en torno del nido parasitario un sistema orgánico que aloja, preserva y alimenta a la larva hasta el fin del desarrollo del insecto, a menudo hasta la madurez alada. Las agallas son tan abundantes en la naturaleza que se calcula que existen diez mil clases distintas.

Biblioteca de Letras

Jorge Puccinelli Converso

Otro género de relaciones entre los dos reinos de la naturaleza animada es el de la simpatía de las apariencias manifiesta en la estructura y coloración idénticas de animales y órganos vegetales, de suerte que el observador confunde fácilmente un insecto con una hoja, una rama, una flor o un fruto de la planta en que aquél habitualmente se posa. El caso más maravilloso es el de las langostas-hojas, pterocrozias y faneroptéridos, existente sólo en la región tropical de nuestro continente. No sólo imitan como "copistas perfectos"— según expresa VIGNON—, con "elegancia y elevada iniciativa artística" la apariencia de las hojas de los vegetales, desde las más frescas hasta las muertas, con todos los matices

intermedios, sino que logran remedar con detalles primorosos las diversas apariencias de distintas enfermedades y lesiones propias de tales partes de la planta, causadas por hongos, insectos y otros parásitos. El remedo no queda en la

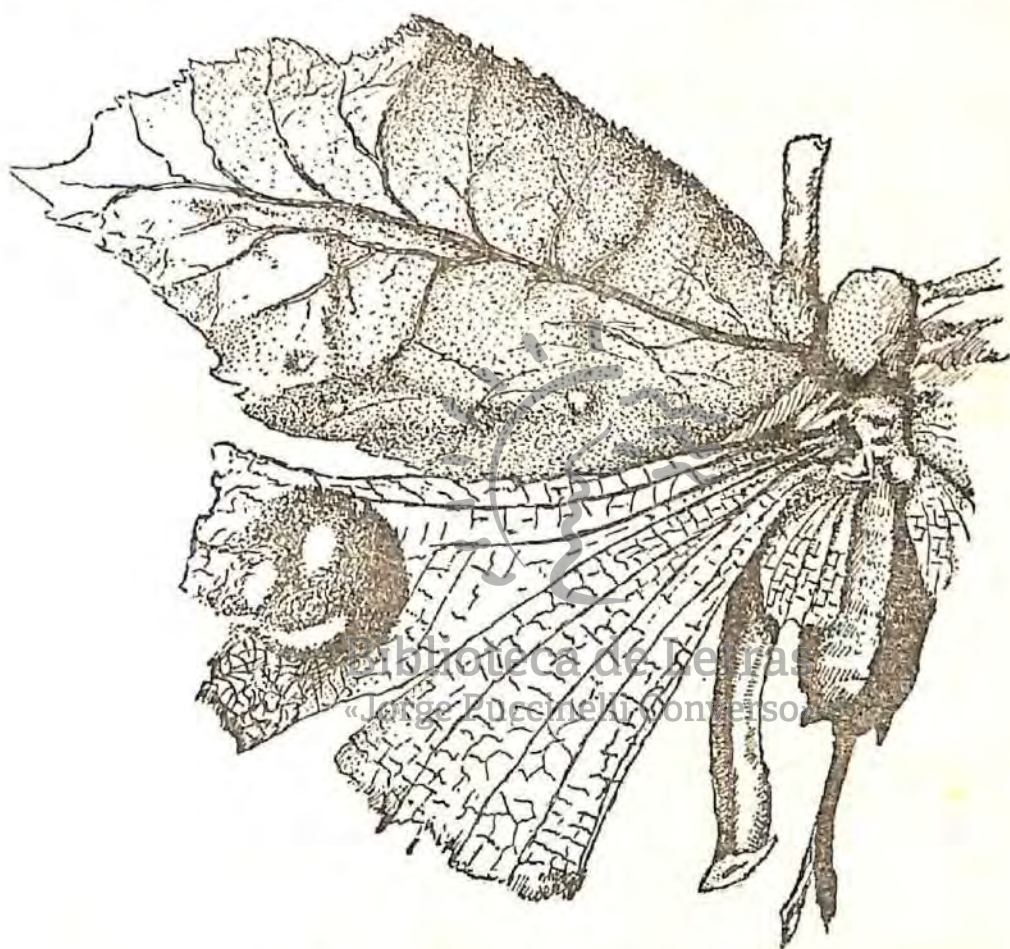


Fig. 2. Langosta-hoja, tanusia arrosa.

mera coloración, va hasta la producción de engrosamientos, adelgazamientos, perforaciones etc. de las alas de las langostas (Fig. 2). Tal forma de mimetismo — de índole semejante a la del camaleón, o mejor todavía de ciertos peces, que

adquieren el mismo color (homocromia cambiante) y el mismo dibujo del medio en que se encuentran, y varían sincrónicamente con los cambios del mismo — fué interpretada por los darwinistas como resultado de la selección : los animales que “de manera fortuita” aparecen con semejante exterior, sobreviven y se multiplican porque les sirve de máscara protectora para no ser devorados por sus enemigos naturales, que así los confunden con las partes de las plantas con las cuales tienen parecido eventual. La experiencia, empero, ha demostrado la falacia de esta explicación, pues los artrópodos de que tratamos se encuentran en el buche de los pájaros insectívoros con frecuencia proporcional a la distribución de los “enmascarados” en cada localidad. Los hechos llamados de mimetismo, además de mostrar los juegos artísticos de la naturaleza — más que su utilitarismo—, exteriorizan la unidad de sus manifestaciones expresivas en ambos reinos. Esto se patentiza con toda pureza en el caso de la “hoja errante”, langosta de la India, idéntica a una hoja de árbol que incluso se agita y cae inerte al soplo del viento, pues su cuerpo se pone rígido en una especie de estado cataléptico (Fig. 3). Se ha verificado la existencia de restos fósiles de estas langostas en terrenos correspondientes a épocas geológicas anteriores a la aparición sobre la tierra de árboles con hojas que se les parezcan. Este hecho — como observa JOSEF SCHMID — constituye una evidencia en contra de las teorías utilitarias, tanto la lamarckiana de la imitación apetecida, cuanto la darwiniana de la selección natural de las variaciones al azar, ya que la “hoja errante” ha existido antes que las hojas arbóreas de aspecto similar. Ante evidencias de este género se siente la tentación de aceptar el pensamiento que PAUL VALÉRY formula al estudiar las conchas : “Nuestra idea de lo útil, fuera del hombre y de su

pequeña esfera intelectual, no tiene ningún sentido". Pero no se puede negar que hay casos de mimetismo realmente



Fig. 3. Langosta "hoja errante".

ventajoso, como el de la mariposa *kallima*, de vivos colores, que "desaparece como por magia desde que se posa sobre

cierto arbusto : oculta su cabeza y sus antenas entre sus alas, cuya cara inferior reproduce no solamente todas las nervaduras de las hojas del arbusto, sino hasta las manchas y cicatrices que hacen sobre las verdaderas hojas los hongos y los insectos”, como en el caso de las langostas (Fig. 4).



Biblioteca de Letras
«Jorge Paccinelli Converso»

Fig. 4. Una hoja vegetal (arriba) y la mariposa kallima (abajo).

La unidad de exteriorización complementaria entre animales y plantas, con teleología evidentemente ventajosa, se verifica en la estricta correlación existente entre la organización de las flores y sus visitantes : pájaros e insectos que a la vez viven del alimento que ellas les proporcionan y, como en pago, hacen posible su fecundación y multiplicación. Tal reciprocidad se cumple en forma óptima entre ciertas

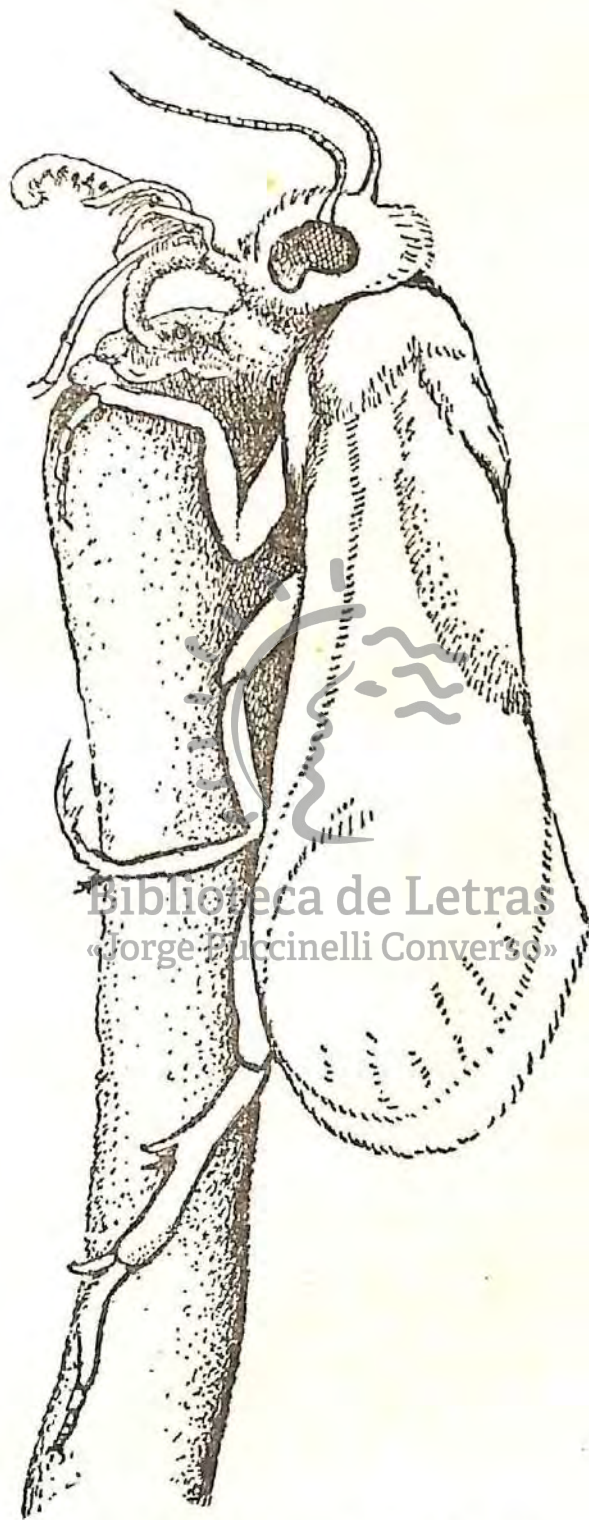


Fig. 5. La pronuba yucasella se provee de polen (vista con aumento).

plantas llamadas yuca (*yucca filamentosa* y *Y. whipplei*) y una polilla que es como el satélite indispensable de su ámbito vital, según descubrieron independiente y casi simultáneamente ZELLER y RILEY hace setenta años, en el curso de los cuales se han repetido las verificaciones confirmatorias. La *pronuba yuccasella*, como se llama la plateada polilla de nuestro ejemplo, apenas sale del estado de crisálida vive una exis-

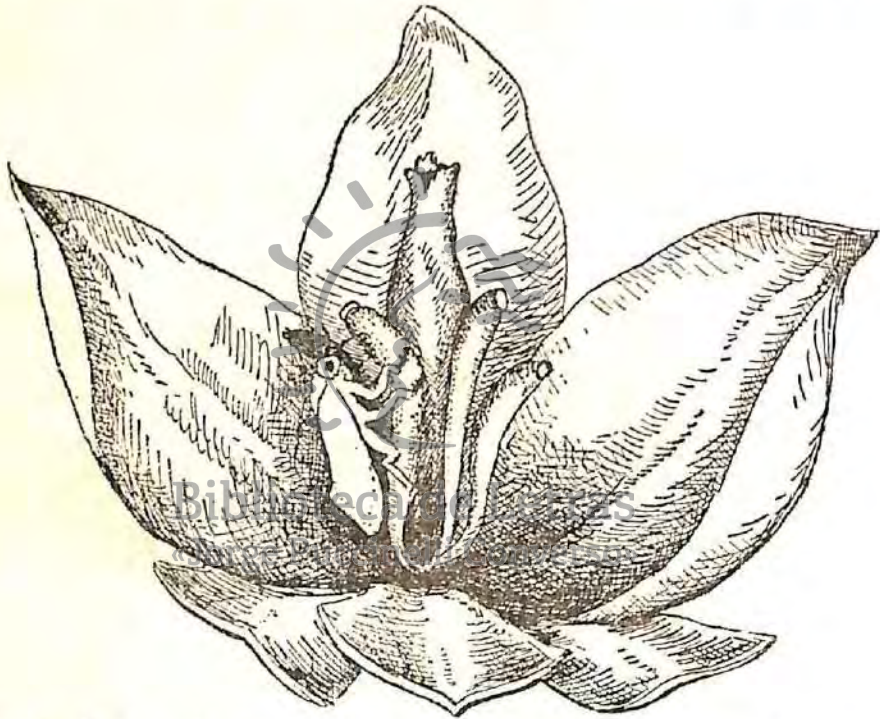


Fig. 6. La pronuba se dispone a poner en el ovario de la flor de yuca.

tencia efímera y sin alimentarse ya, y sin embargo se apresura a visitar una flor de la yuca — cada flor se abre sólo durante una o pocas noches—, penetra en su interior, busca la antera, órgano productor del elemento sexual masculino, donde recoge el polen, hace con él una pildorilla que con sus palpos coloca debajo de su propia cabeza (Fig. 5). Ya con

su carga fecundante al cuello, más grande que su cabeza, sale de esa flor y vuela a otra, en cuyo seno penetra buscando el órgano reproductor femenino, secciona el pistilo con el complicado instrumento de su oviscapto, de ordinario con-



Fig. 7. El oviscapto de la pronuba, cuya pieza terminal (h) es una finísima sierra.

traído y oculto en el abdomen, pone sus propios huevos entre los óvulos de la flor y, en fin, introduce el polen en la abertura que queda a descubierto por el corte dado (Figs. 6 y 7). Con esta compleja operación, que practica tres ve-

ces en la misma flor, queda asegurada la fecundación de la planta y la viabilidad de la prole del insecto. En efecto, está demostrado experimentalmente que sin la mediación de la *pronuba* quedaría infecunda la yuca, sin semillas, ya que de otra suerte es imposible que se realice la fecundación. Está igualmente demostrado que las larvas de esa polilla no pueden desarrollarse si no se alimentan exclusivamente de los óvulos fecundados de la yuca. Por último, cada una de las tres o cuatro larvas que se desarrollan en una flor sólo consume veinte de los doscientos óvulos que ésta posee, de modo que queda más de la mitad libre de daño y, por tanto, apta para llegar a convertirse en semilla. El parásito paga, pues, los servicios en provecho de su especie asegurando la fecundidad de su huésped. “Estas actividades maravillosamente adaptativas del instinto de la polilla de la yuca — comenta LLOYD MORGAN — son realizadas sólo una vez en su vida, y esa sin instrucción, sin oportunidades de aprender por imitación y, aparentemente, sin previsión de lo que tendrá por consecuencia su conducta; pues no tiene experiencia del ulterior destino de los huevos que pone y no se le puede reconocer un conocimiento del efecto del polen sobre los óvulos”.

Como no todo es armonía en el mundo, ocurre que los individuos aplican el instinto desventajosamente para su especie. Una de tales aberraciones, en que el beneficiado indirectamente resulta el hombre, se observa en las relaciones entre una pequeña avispa y la higuera. Resumo la curiosa historia que refiere HYATT VERRILL: En 1880 una empresa importa a California catorce mil vástagos de higuera de Esmirna, famosa por la excelencia de sus frutos. Pasan los años, y las plantas, en lugar de dar higos, sólo presentan pequeños botones que caen antes de desarrollar. Ante este fra-

caso, demostrativo de que las flores no son fecundadas, se envía un entomólogo al lugar de origen de las plantas. Ahí los naturales le explican que para el logro de los frutos se requiere espantar a los malos espíritus con un procedimiento mágico especial. Este consiste en recoger los "frutos" de la higuera silvestre y ensartarlos en largos rosarios que después se cuelgan en las plantaciones de higuera doméstica. Tras pacientes observaciones el entomólogo verifica que de los higos colgados salen unos insectos, los cuales se dirigen a los pequeños botones florales de los árboles vecinos, donde con gran empeño tratan de abrirse un camino por el estrecho orificio de la flor, y después de larga porfía — en que suelen destrozarse las alas — salen nuevamente, exhaustos, para morir luego. El proceso biológico consiste en lo siguiente : las avispidas al abandonar los higos silvestres en que se desarrollan, sacan de ellos el polen que llevan a los higos de Esmirna y así los fecundan, con lo cual la flor se convierte en fruto. El empeño infructuoso del insecto para penetrar al interior del higo de Esmirna se debe al instinto de poner ahí sus huevos, lo que no consigue pues mientras que el higo silvestre es bastante abierto y apropiado para eso, el de Esmirna no lo es. El error del parásito — fatal para él y su especie y precioso para el hombre — está en confundir las flores de ambas higueras. Apenas es necesario agregar que el entomólogo de la historia retorna a California provisto de los beneficiosos insectos, con cuya industria suicida se logra los magníficos frutos en la plantación hasta entonces estéril.

A propósito de los frutos, no deseo pasar la ocasión sin referirme a un hecho muy frecuente y al cual no se presta la atención que merece: la producción de frutos o de partes del fruto que son completamente inútiles para el vegetal

mismo. En efecto, ¿para qué el pericarpio carnoso, por ejemplo, de una manzana, de un melocotón o de una ciruela? Y pasando a los animales ¿para qué las bellísimas pintas de la cola del pavo real, si ese animal (la hembra como el macho) es ciego para el azul? ¿Cuál es el fin práctico de la maravillosa coloración de las mariposas, ciegas para los colores? Es, pues, evidente que no todo es utilidad en el mundo orgánico, de la misma manera que no todo es lucha entre los animales : la ayuda, sobre todo entre los de la misma especie, es acaso tan frecuente como la pugna, especialmente entre los de especie distinta.

Manifestaciones psicoides en las plantas y en el desarrollo corporal de los animales

Al primer investigador genial y empírico de los seres vivos, ARISTÓTELES, se le impone la idea del alma como única manera legítima de comprender su estructura y sus manifestaciones. El análisis de la planta, del animal y del hombre le conducen a la concepción de tres clases de alma : la vegetativa, la animal y la racional, de modo que la superior posee las propiedades de la inferior. «la del hombre, por ejemplo, las potencias de la vegetativa y las de la animal. Aquí quiero referirme sólo al alma vegetativa, la cual rige la vida de la planta y el desarrollo orgánico del animal. Antes de considerar las ideas de ARISTÓTELES acerca de este tema conviene recordar su punto de vista biológico general, pues los hechos de que trato en esta exposición se acomodan a él mejor que a ninguna otra teoría. Lo resumen admirablemente dos fragmentos de su obra *De generatione animalium*, que reproduzco : “En las cosas de la naturaleza, conformes al orden y a la ley, las cosas individuales no poseen su carácter propio en virtud del hecho de haber tenido estas y aque-

llas cualidades desde el principio, sino más bien manifiestan esas cualidades porque son específicamente tales como son. El origen y el desarrollo es determinado por su esencia y en servicio de esa esencia : la esencia no depende del origen. Los antiguos filósofos de la naturaleza eran de la opinión opuesta, a causa de que no llegaron a reconocer que hay varias clases de causa : sólo conocieron la causa material y la causa eficiente, y estas mismas no de acuerdo con su diferencia, y dejaron fuera de consideración las causas formal y final". "Hay algo que forma las partes, aunque no directamente como una entidad identificable, ni aún como si el desarrollo final fuese ya existente en él".

Respecto al alma, ARISTÓTELES, en *De anima*, explana que ella es causa y principio del cuerpo vivo, según los tres modos de causalidad : es origen de movimiento, es la finalidad del ser y es la substancia formal del cuerpo. La palabra "vida" recibe varias acepciones, y basta que una de ellas —la nutrición, por ejemplo,— se encuentre realizada en un sujeto para que se afirme que vive. Así son seres vivos los vegetales porque todos tienen en sí mismos una facultad por la cual reciben acrecentamiento y mengua según las direcciones locales contrarias. "La forma del ser en potencia es la entelequia. . . En efecto, de la misma manera que el intelecto actúa en vista de una cosa, así también actúa la naturaleza, siendo esta cosa su fin. . . Todos los cuerpos naturales (vivos) son simples instrumentos del alma, tanto los de las plantas como los de los animales : es, pues, que el alma es bien su fin. Se sabe que el término "fin" es tomado en sentido doble : de una parte, el fin mismo, y, de otra parte, el ser para quien este fin es un fin". Las plantas no poseen sino la facultad nutritiva; sus funciones son el uso de alimentos y la generación. La más natural de las funciones de

una planta es crear otro ser semejante a ella, como el animal, otro animal de su especie, "de manera de participar en lo eterno y en lo divino, en la medida de lo posible". "Lo que pasa en las plantas, algunas de las cuales una vez divididas, manifiestamente siguen viviendo, bien que sus partes estén separadas unas de otras (lo cual implica que el alma que reside en ellas es, en cada planta, una en entelequia aunque múltiple en potencia), lo vemos producirse también, para otras diferencias del alma, en los insectos que han sido segmentados".

El concepto de entelequia, rehabilitado en la biología experimental de nuestros días por DRIESCH, en tanto que principio realizador de la finalidad inmaterial en la materia, contrapone la autonomía, la fecundidad y el orden de lo orgánico a la pasividad de lo mecánico; significa que — según una frase de SPENGLER — "la vida es la más necesaria y cumplida expresión de un alma" y no meramente la consecuencia de eventos físicos y químicos asociados por casualidad al enfriarse la Tierra. Es innegable que aun en el organismo vegetal se producen fenómenos que es muy difícil deslindar de las manifestaciones del animal, sobre todo del instinto, ya que "el problema de lo psíquico en general no se diferencia del problema de lo teleológico" (FRANCÉ). A estos fenómenos BLEULER los denomina "psicoides", y PIERRE-JEAN no vacila en incluirlos bajo la denominación de "psicología orgánica". No seguiremos en sus disquisiciones a estos discípulos de ARISTÓTELES. Véamos los hechos que justifican la relación que trato de probar entre la ecología y la psicología. En primer lugar dos manifestaciones de las plantas, de las cuales una es como el duplicado del comportamiento de la *convoluta* y la otra resulta la contraria de la acción de la *promuba* respecto de la intervención del ve-

getal. La diatomea *pleurosigma aestuarii* se hunde en la arena de la orilla del mar cuando sube la marea, en el momento preciso para que las olas no puedan alcanzarla, ni más ni menos que el gusano *convoluta roscoffensis*. Las flores del agracejo, *berberis vulgaris*, tienen en su centro el pistilo, una pequeña columna que remata en forma de sombrero, y en torno de su base se extienden como radios seis estambres adosados a los pétalos, cada uno con dos bolsitas



Fig. 8. Flor de agracejo en el momento que dos de sus estambres cubren de polen a un insecto.

cargadas de polen a los lados de su extremidad libre y dos depósitos llenos de visible y reluciente miel a los lados de la extremidad fija. Atraídos por este manjar tentador, los insectos se posan en la flor : apenas sus patas rozan uno de los estambres, éste se levanta, como movido por un resorte, y golpea la cabeza del intruso espolvoreándolo de su dorado polen (Fig. 8). "Es un espectáculo divertido reproducir

esta «catástrofe» — dice FRANCÉ — por medio de una punta de aguja. El contacto más leve basta para que el estambre se levante precipitadamente. No existe en el mundo nada más sensible, salvo tal vez las pestañas de nuestros ojos. Y lo mismo que nuestro ojo se abre de nuevo tras la primera trepidación, el estambre recobra lentamente su posición de reposo, para alzarse aún inmediatamente después si viene al caso. Esta sensibilidad tiene un fin especial... No hay medio más eficaz de hacer servir al visitador, que viene a regalarle con la miel, para el transporte del polen fecundante que espolvorearlo en la cabeza peluda. Y el enigma de la vida de las plantas se nos hace más impenetrable todavía, pues vemos su sensibilidad puesta al servicio de una organización cuyo espíritu nos es incomprendible. No hay otra parte sensible en todo el ramaje del agracejo sino precisamente ahí donde tiene motivos de existir". En una serie de plantas de diversos géneros se presentan dispositivos con el mismo fin de asegurar la fecundación y la multiplicación de la especie, pero con medios diferentes, conforme a la estructura y las circunstancias particulares. Este tipo de reacción de la planta, representa, como he dicho, lo opuesto al de la yuca cuya fecundación se debe a la "iniciativa", y la industria de la *pronuba*. En el agracejo el insecto es el pasivo y la planta la activa, y como si obraran uno y otro — la *pronuba* y el agracejo — por instinto.

En efecto, un famoso botánico del siglo pasado, ANTON KERNER RITTER VON MARILAUN, después de muchas y fecundas indagaciones, afirma que las plantas tienen instintos como los animales. Algunos investigadores modernos, entre los que se destaca HABERLAND, estudian diversas formas de sensibilidad (inclusive "visual"), de movimiento, de sueño, y complicados tropismos de los vegetales. Como quie-

ra que LOEB ha formulado una teoría físico-química de la vida a base del tropismo, conviene recordar algunos hechos contrarios a esta concepción mecanicista. Así, en muchas plantas el fototropismo cambia : con una iluminación débil es positivo, con una luz intensa se torna negativo y con una intermedia es neutro. En la *linaria cymbalaria*, planta que vive adherida a los muros, las ramas con flores se dirigen a la luz, lo que corresponde a la condición ecológica de este vegetal, "pero apenas sobreviene la fecundación y apenas tiene interés en volver sus propias ramas hacia el muro, donde podrán crecer los granos, entonces interviene una inversión del movimiento : las ramas floríferas no se dirigen ya a la luz, sino que huyen de ella. En semejante caso la inversión es provocada por un hecho interior" (ACQUA). Por otra parte, el geotropismo provocado experimentalmente con aparatos giratorios, es positivo en las raíces mientras la centrifugación no es muy intensa; si se aumenta la velocidad de ésta, se convierte en francamente negativo, invirtiéndose el movimiento de la raíz. La investigación evidencia además que la movilidad de la raíz no se reduce al geotropismo y al hidrotropismo. Hoy se justifica la comparación que hace ARISTÓTELES de la raíz de las plantas con el cerebro de los animales, comparación que DARWIN repite al convencerse de la compleja dinámica vital de estos órganos soterrados. Indiscutiblemente, el vegetal tiene manifestaciones psicoides. El modo certero como la drosera atrapa las moscas de que se alimenta o el cardo *dipsacus laciniatus* aprehende los insectos con cuya ingestión compensa el pobre pábulo que le ofrece el suelo de la estepa o, en fin, la *aldrovanda vesciculosa* "pesca" crustáceos en el agua, no difiere esencialmente del propio de los carnívoros para apoderarse de su presa. Pero ningún ejemplo es más ilustrativo

a este respecto que el caso de la *lathraea*, pequeña planta que no sólo aprovecha para nutrirse el jugo de las raíces de otros vegetales, a los que así suele dar la muerte, sino que está provista de verdaderas trampas para apoderarse de los animalillos, como "el asesino más pérfido que se puede representar la imaginación humana". Esta planta tiene en el tallo, ordinariamente sumido en el humus, una infinidad de hojas escamosas, unidas unas a otras y que se extienden subterráneamente; cada una encierra varias cavidades muy irregulares, comunicadas entre ellas, y provistas de aberturas hacia el exterior. En un ambiente donde pululan animalillos de mil clases, estas cuevas aparentemente inertes, ofrecen un refugio apetecible y muy engañoso a los habitantes del humus. Pues apenas uno de estos avanza al interior, cuando de las paredes próximas surgen, como manos ávidas, una multitud de prolongaciones vivas que apresan al incauto, lo digieren y desaparecen tan sigilosamente como surgieron.

En el desarrollo del organismo animal — y también en el vegetal — los fenómenos ocurren como si una finalidad dirigiera la configuración de la totalidad unitaria y no como un mosaico donde se multiplican los elementos constitutivos. La embriología experimental, sobre todo gracias a DRIESCH y a SPEMANN, ofrece una serie de hechos reveladores de la índole psicoide del desenvolvimiento individual. En el embrión hay campos formativos que determinan el desarrollo de ciertas partes, pero en relación con los tejidos de la vecindad y el conjunto del organismo. Así, si en cierta fase del desenvolvimiento (gástrula) un trozo de los tejidos destinados a formar el cerebro se injerta en la parte que genera la piel, el trozo transplantado originará piel y no cerebro: las células se multiplican formando órganos en correspon-

dencia con el nuevo campo en que se hallan y no en correspondencia con su propio origen. Lo mismo ocurre en fases más avanzadas: p. e., trozos que son el germen de órganos del tórax, injertados en la cabeza, contribuyen a formar la cabeza, y viceversa. Por otra parte, las células poseen y conservan potencias que sobrepasan las necesidades y que pueden manifestarse en la regeneración "rejuveneciente" aun en el organismo adulto. Prueba de ello es que si a una salamandra se hace un corte cerca de la pierna, crece de la cicatriz una pierna supernumeraria. Mejor revela la influencia del campo local el experimento consistente en amputar una mano y un pie y transplantar los conos de regeneración de un muñón al otro: el resultado es que el cono tomado del muñón de la extremidad anterior e implantado en el de la posterior no forma una mano (conforme al destino nativo de sus células) sino un pie (conforme al lugar en que crece), y viceversa. Por último, el organismo produce sustancias que en condiciones normales impiden la aparición de nuevas formaciones. Por ejemplo, la retina y el iris poseen la aptitud de "inducir" la formación de un cristalino si se les implanta en la epidermis, incluso después que ha pasado la época de la formación natural del cristalino. En la retina persiste, pues, un "campo de cristalino", como reserva; por eso si en el tritón se impide que se forme el cristalino por introducción del repliegue de la epidermis (procedente del ectodermo), que es el verdadero origen del cristalino, entonces se forma éste a expensas del borde superior del iris, el cual procede de una hoja embrionaria completamente distinta (el mesodermo). Este experimento de "heteroblastia" ya fué logrado por GUSTAV WOLFF, en 1894, como demostración de la "finalidad primaria" en la economía orgánica y, por tanto, como reducción al absurdo de la teoría darwinia-

na. Hoy no se puede negar que el cuerpo del ser vivo se sirve, como la mente, de diversos medios para alcanzar el mismo fin. Innumerables hechos de esta clase condujeron a CLAUDE BERNARD a explicar los fenómenos fisiológicos como la manifestación de una "idea directriz", a PAULY a sostener una "psique del cuerpo" y a BLEULER, posteriormente, a la concepción de que lo psíquico no es sino la especialización de lo psicoide, cuyo dominio es todo el mundo de los seres organizados.

Inmersión del animal en la estructura del mundo

Al principio de este trabajo hemos examinado la adecuación de la materia a la vida. Ahora veremos la vinculación del animal con su ambiente telúrico, la inserción del ser vivo en su mundo, demostrativa de que uno y otro forman unidad grande e indisoluble, con un sentido que trasciende toda relación meramente actual. Así, al aspecto estático de la comunidad de materia elemental se une el dinámico de la mutua compenetración. Con este propósito revisaremos algunos hechos de posesión del espacio, de orientación y migración, de adaptación previsoras al ritmo de las estaciones y a los requerimientos de los lugares. Con esto el lector verificará cómo tiene un sentido real el concepto antiguo del espíritu de las localidades, cómo — según la frase de JOSEF SCHMID — "un *genius loci* alienta y configura misteriosamente en la naturaleza".

La observación de los animales no deja duda acerca de la existencia del instinto de propiedad. Todos pueden verificar que los perros, unos más otros menos, respetan el territorio donde los congéneres dejan la huella de su dominio; particularmente los mastines muestran una marcada tendencia a señalar su ámbito propio con la huella de su olor,

que casi es tan respetable para los otros como si la demarcaran murallas. En los seres de mentalidad mucho menos desarrollada la cosa es también evidente. "Cuando dos gasterósteos forman su nido en dos ángulos de un acuario, se traza a través del agua una línea invisible que establece los límites, separando los dos dominios individuales, y la cual es defendida contra el vecino" (VON UEXKUELL). En algunos animales el instinto de propiedad del espacio es periódico y relacionado con las necesidades no del individuo sino de la familia. HOWARD ha estudiado prolijamente el caso en las aves. En varias especies el macho se apodera durante el período de la reproducción de un lugar de contornos rigurosamente determinados; ese será el terreno de producción de los alimentos requeridos para el sostén de la familia alada por formar. El apoderamiento es tanto más eficaz cuanto más precozmente es asegurado, pues suele suceder que circunstancias desfavorables obligan al pájaro a abandonar el habitáculo en busca de alimento en otra parte. HOWARD insiste en que "los procesos son ordenados en el macho y en la hembra de modo que producen un efecto final : el nacimientos de los hijos en un tiempo definido", óptimo. En la propiedad territorial adquirida, y exclusivamente dentro de ella, el ave ataca a todo macho de la misma especie. Sólo una vez que ha logrado señorear el terreno se aparea con la hembra. Durante el resto del año los machos no son agresivos dentro de su propio territorio. Fuera de este, en todo tiempo, no se atacan : viven en armónica comunidad.

En estos casos de animales con territorio propio los lugares son determinados con toda probabilidad por puntos de vista del animal : el acotamiento se basa en datos del olfato o de la vista. Pero en los insectos las cosas parecen ser muy diferentes, al menos para ciertas referencias al espa-

cio. Es así que el retorno de las abejas a su colmena no depende de la percepción de ésta sino de la situación habitual de la entrada de la misma, pues no dan con ella al retornar si en su ausencia se ha cambiado de lugar la colmena, aunque sólo sea a dos metros de distancia del punto en que la dejaron al salir. En efecto, se ve que se agolpan en el lugar del aire donde se encontraba la entrada de la colmena en el instante de su partida : no se trata pues de una localización relativa al panorama, sino que el espacio mismo tiene como una estructura accesible al insecto. La orientación en este tipo de casos se debe a lo que HULL llama "gradiente de meta", de suerte que el animal se dirige hacia el lugar conocido pero no perceptible ni óptica, ni acústica ni químicamente, como si tuviese "el sentido de la brújula" (BIERENS DE HAAN). Otra forma misteriosa de orientación se verifica en diversas clases de insectos, usada para comunicarse unos con otros. Así una falena macho se dirige con precisión matemática, atravesando de noche bosques y praderas, para reunirse a una hembra que acaba de salir de su capullo en la caja cerrada dentro de la habitación de una ciudad situada a veinte o veinticinco kilómetros de distancia. Una hormiga necesitada de ayuda para transportar un botín inesperado y, aunque se halla completamente aislada de sus compañeras, no demora en recibir numerosas congéneres que concurren de diversos sitios, cada una por su cuenta. Un escarabajo hembra es encerrado en un sitio inaccesible, hace una serie de movimientos con sus antenas, y gracias a eso consigue que los machos se aproximen al lugar donde ella se encuentra y que se esfuercen en llegar lo más cerca posible; el entomólogo secciona una de las antenas de la hembra del experimento, y el fenómeno cambia: los machos no se dirigen todos al sitio más próximo, salvo

uno, los otros se mueven inciertos; por último, el experimentador le secciona la otra antena, entonces la desorientación es general : los machos no se acercan sino cuando la hembra ha sido colocada al alcance de sus sentidos ordinarios. HYATT VERRILL, autor del experimento, asegura que tales escarabajos se comunican por ondas como las de la radiotelefonía, y agrega que "se ha construído actualmente delicados receptores que captan y amplifican las ondas vibratorias enviadas por los insectos — aunque estas ondas sean, naturalmente, sin significación para nosotros". Entre estos insectos algunos exhiben en su dorso aparatos que no pueden ser sino antenas para semejante suerte de comunica-



Fig. 9. Insectos con antena radiotelefónica.
Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

ción, recién adquirida por el hombre con medios artificiales (Fig. 9).

Tan desconcertantes como eso y todavía más difíciles de explicar son las migraciones de diversas especies de insectos. Entre la infinidad de observaciones inobjtables señalaremos el caso de las langostas del Africa. En la primavera se reúnen en gran número y se lanzan en viaje hacia el norte, recorriendo inmensas distancias por encima del desierto, día y noche, desviadas a veces por los vientos, hasta llegar a Argelia y la costa del Mar Mediterráneo. Ahí se detienen y ponen sus huevos. Los individuos de la nueva generación,

nacidos ahí y desconectados de los progenitores, cuando llegan a la edad apropiada se reúnen, a su vez, y se dirigen con toda precisión al lugar del sur de donde partieron los padres, cuyo camino volverán a recorrer de retorno cuando sea la época de reproducirse, para hacerlo en el lugar de su nacimiento y después morir. Cosa semejante ocurre con mariposas, algunas de cuyas especies incluso atraviesan el Himalaya, otras el Océano Atlántico, del continente americano a las Islas Bermudas.

Con respecto a las aves, no vamos a recordar los inmensos periplos de sus migraciones espontáneas, en que recorren, literalmente, medio mundo, sino el caso del retorno al nido partiendo de lugares remotísimos desconocidos para ellas y sin ningún punto de referencia. RUPPELL hace coger 353 estorninos en un gran número de lugares de Alemania y los hace enviar a Berlín de la manera más rápida; los pone en libertad ahí y verifica que una parte retorna al lugar de origen, el mismo día cuando la distancia es de menos de 100 km., el día siguiente cuando es de 100 a 200 km., el subsiguiente cuando es de 200 a 300 km. y el tercero para distancias de 300 a 400 km. Por su parte, J. B. WATSON y K. S. LASHLEY cogen cuatro golondrinas de mar en Bird Key (Tortugas) y las transportan encerradas en un buque a La Habana, a 108 millas, en cuyo puerto las ponen en libertad. Al día siguiente, después de haber pasado la mayor parte del tiempo en las proximidades de La Habana, se hallan de regreso en su nido. En otros experimentos sueltan cinco aves de esta especie en el cabo Hatteras, cuya localidad jamás visitan, por ser Bird Key el límite norte de sus migraciones; regresan tres por lo menos a su hogar después de muy pocos días, ya que tienen que recorrer sobre el mar una distancia de ochocientas cincuenta millas en territorio des-

conocido (!). Otros investigadores llegan a resultados semejantes transportando aves encerradas en avión y a través de tierras y mares desconocidos. Ante estos hechos VON UEXKUELL sostiene que las aves poseen un espacio secundario de representación, cuyo punto central es su vivienda, además del espacio primario de percepción, en el cual ellas mismas constituyen el punto central rodeado de un horizonte. El espacio secundario no está circundado de horizonte, sino que puede extenderse ilimitadamente por todas partes, y carece de puntos de vista correspondientes a objetos accesibles a los sentidos y que pudieran servir de indicadores de camino, sino que el espacio mismo debe formar una especie de gradiente.

Alguna analogía con la migración de los insectos y el retorno de las aves tienen los viajes de ciertos peces. A veces parten de las profundidades abismales del océano y, recorriendo mil, dos mil o tres mil millas, ascienden a elevados y remotos manantiales, a lagos de agua dulce, que visitan por primera y única vez en su vida, o a la inversa, descienden de las fuentes de los ríos al fondo de los mares, pasando, como sucede en algunas especies, toda la juventud en la larga jornada de ida y toda la madurez en la de retorno hasta el lugar de origen, que casi siempre también es de fin.

Ejemplo clásico de la forma de emigración llamada catadrómica ofrece el ciclo vital de la anguila de agua dulce, *anguila vulgaris* de Europa. Las anguilas adultas, que pasan buena parte de su vida en lagos (donde se nutren y guardan reservas), en la primavera o a principios del verano abandonan, tras largo viaje fluvial, las corrientes de agua dulce, permaneciendo algunos meses en las zonas marinas próximas a las costas, primero muy al norte, en los mares

de Suecia y Noruega, después, cada vez más al sur. Se las ha podido seguir con precisión hasta la altura de las Islas Azores. Es casi seguro que se dirigen hacia las Islas Bermudas, sin llegar a sus costas, profundizándose, al fin, en las aguas del Atlántico. Parece que el desove tiene lugar en los primeros meses de primavera, en las honduras del Atlántico, en una zona situada al noreste de las Bermudas, principalmente entre las longitudes 50° y 70° . Las larvas se desarrollan en un año de viaje trasatlántico hacia el Viejo Continente, el que completan en dos años más, hasta llegar a las respectivas costas europeas. Las anguilas jóvenes, de tres años ya, se presentan en la primavera a lo largo de las costas occidentales de Europa, y ascienden, en número incalculable, por los ríos. Lo mismo sucede — *mutatis mutandis* — con la *anguila rostrata*, con zona de desove también en el Atlántico, situada más al oeste que la de la europea, y los ríos cuya corriente remontan se hallan en la vertiente oriental de la América del Norte. Se ha pretendido, con hipótesis poco sostenibles, explicar el movimiento migratorio de estos peces tomando como base las corrientes marinas. Pero ninguna teoría mecanicista puede aclarar el problema de su orientación certera hacia el agua dulce y su viaje contra la corriente de los ríos. Los mismos fisiólogos se declaran impotentes para resolver en los términos de su propia ciencia la conducta de la anguilas jóvenes en esta migración que reconocen que "es positiva y agresiva".

Caso típico y bien conocido de la forma de migración de curso inverso al de las anguilas, anadrómico, es del salmón del Rin (*salmo solar*), cuyos huevos son depositados en noviembre y diciembre, en las frías aguas de los torrentes alpinos, donde se desenvuelven. Los pecesillos libres, en la primavera o el verano del año siguiente se diri-

gen al Rin; ahí su piel cambia de color, circunstancia que parece hacerles insoportable la luz. En este estado, y presa de un hambre voraz, se dirigen a los abismos del Mar del Norte siguiendo el curso del río. En el mar encontrarán pábulo abundante y obscuridad. Después de tres o cuatro años, en que alcanzan un desarrollo considerable, se encaminan de regreso a la desembocadura del mismo río. De marzo a agosto inician la travesía fluvial. Una vez en agua dulce, cambian totalmente sus costumbres, a la inversa del descenso, de una manera particular en lo que a la nutrición se refiere: de glotones que son en el mar, pasan al ayuno absoluto. En esta condición hacen su larga travesía de retorno, río arriba, saltando los obstáculos que se les presentan. En este tiempo se desarrollan sus órganos de reproducción, a expensas de los otros tejidos de su cuerpo, que por eso y por el consumo de energías, el animal sufre una pérdida de peso considerable. El gasto de energías, por otra parte, se hace a expensas de las grasas y de las proteínas. En los torrentes de las montañas, la fuente natal, por pares, construyen sus nidos, desovan y fecundan. Los adultos que no mueren en la época nupcial viajan de nuevo al mar para allá rehacerse con la abundante nutrición del medio pelágico. Este segundo viaje de la minoría sobreviviente es una excepción que parece propia de esta especie. En muchas otras especies de salmón del Atlántico y del Pacífico (de Europa, América y Asia) tienen lugar los demás procesos, con las consiguientes variaciones específicas. Es digno de mención el hecho de que todos estos peces al cambiar de medios tan diferentes desde el punto de vista físico-químico, como son el agua dulce y la de mar, pasan un período de transición en la zona próxima a la desembocadura de los ríos. Efectuando frecuentes idas y venidas entre el

agua dulce y la salada, acaban por adaptarse y acostumbrarse a las condiciones de su nuevo *habitat*. Parece que el hambre y la necesidad de alejarse de la luz contribuyen a promover el primer viaje, así como el impulso sexual y la atracción de la luz y del agua más oxigenada incitan al segundo. Esto, naturalmente, no explica el complicado proceso que con razón se ha llamado "la novela del salmón". Como observa RUSSELL, "estas migraciones de procreación tienen todas las apariencias de ser actividades dirigidas de largo alcance. Son actividades dirigidas al futuro : el pez busca decididamente una serie de condiciones que todavía no son presentes. Parece altamente inverosímil que su conducta al iniciar el viaje pueda ser explicada en términos de reacción a los estímulos inmediatos o presentes. . . La migración contra la corriente esencialmente es una actividad gobernada a lo largo del proceso y un esfuerzo persistente para alcanzar los lugares elevados apropiados para la procreación, esto es, un sitio favorable para el desarrollo y el crecimiento del pez joven".

En los peces que pasan todo su ciclo vital en el océano, se realizan también desplazamientos más o menos considerables para los fines del desove. Estas migraciones se efectúan en concordancia con las condiciones externas óptimas para la viabilidad de los individuos de la próxima generación y en circunstancias de tiempo, lugar, temperatura etc. verdaderamente ideales, como si fueran buscadas a medida de los requerimientos de la especie en cuestión. Uno de los casos más sorprendentes a este respecto es el de una especie de esperlán, conocido en California con el nombre de grunión, *leuresthes tenuis*, estudiado por W. F. y J. B. THOMPSON. Durante las altas mareas de marzo a junio, se presentan tales peces en considerable número, formando

verdaderas manchas, en las playas arenosas de California. Esto tiene lugar durante la noche, cuando la luna llena determina muy altas mareas, saliendo el agua larga extensión en la costa. Es precisamente durante la hora u hora y media que sigue al máximum de la pleamar cuando los enjambres de peces avanzan y retroceden a lo largo de la playa. En tales circunstancias emerge en la cresta de cada ola copia de gruniones en punto de desove, saltando a la arena. Relampaguean por un minuto sus cuerpos en quietud a la luz de la luna; en seguida se incorporan congruentemente en el agua, en el instante del reflujó. Se encuentran los peces desovando sobrepuestos o sepultados en la arena de la orilla, con la extremidad caudal hacia abajo, en las proximidades del límite extremo de altura a que ha llegado la pleamar. Las hembras ponen sus huevos en la arena, a cinco o siete centímetros de profundidad; y cuando ellas agitan la arena mojada, el macho, que está cerca, en espera, procede a la fecundación, eliminando miríadas de espermatozoides en el agua. Todo el proceso del desove tiene lugar en el estrecho lapso de veinte a treinta segundos. De este modo se logra poner al huevo fecundado en las mejores condiciones para su desenvolvimiento, diríase para su incubación, pues el calor de la arena y su relativa sequedad — ya que sólo llegan a su altura las olas en el momento de la más alta marea — constituyen requisito indispensable. Además, de este modo están libres de los agentes de destrucción propios del medio pelágico, para los que son muy vulnerables estos huevos y los pescadillos. Se realiza el desarrollo con presteza, de suerte que pasadas dos semanas, esto es, cuando precisamente tiene lugar la próxima marea de elevación máxima, que moja la zona de incubación, el embrión está listo para salir, y entonces rompe el cascarón, incorporándose al piélagó



Biblioteca de Letras
"Jorge Rucnem Converso"

por sus propios medios. Es digno de observarse el hecho de que entre las muchas especies de la familia a que pertenece el grunión, es la suya la única que realiza este ciclo vital con semejantes y peregrinas fases de calendario solar y lunar.

Lo que pasa con el grunión trae a la memoria el curioso

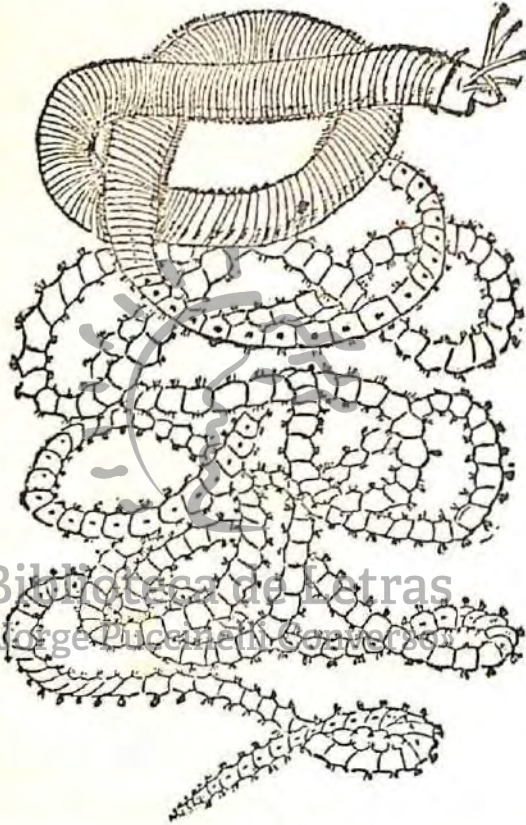


Fig. 10. El gusano del Palolo, *eunice viridis*.

fenómeno que ocurre en la vida de un invertebrado, fenómeno llamado del "palolo". Se trata de que un gusano marino, el *eunice viridis* (Fig. 10), cuyo habitáculo está en los bancos de coral del Mar del Sur. Se reproduce, precisamente, dos noches determinadas de la primavera, en octubre y

noviembre, cuando tiene lugar el plenilunio. Entonces, y sólo entonces, el gusano se segmenta: su cabeza, de color rojizo, queda fija en el banco de coral, mientras que la prolongada cola, azulada, se desprende, avanzando larga distancia en el mar, para realizar en la superficie el comercio de la fertilización. La cabeza regenera nueva cola, que se desprende al año siguiente. El palolo se observa también en las costas del Japón y en las de Florida.

La índole de esta imponente serie de manifestaciones del preciso y previsor ajuste del animal tanto al gran ámbito de los espacios telúricos, con la variedad de accidentes que van desde las altas montañas hasta los abismos de los océanos, cuanto al ritmo de las estaciones y las fases de la Luna, es tan enigmática que no puede comprenderse sin aceptar una finalidad trascendente al individuo. Afirmar que el insecto, el ave o el pez se dirigen con empeño y seguridad al lugar, desconocido para ellos, donde sus padres se dirigieron es un hecho debido a una especie de memoria de la especie, es explicar *obcurum per obscurius*. En contra de tal manera de ver las cosas se puede oponer otros hechos en cuya explicación no se puede apelar a tal misteriosa memoria geográfica de la especie. Me refiero a hechos biológicos, a procesos orgánicos de previsión. Ninguno mejor que la época del celo y del parto en los mamíferos. BIER ha estudiado esto en los animales que interesan al cazador en Alemania. Demuestra que el momento del celo es del todo independiente de la temperatura, de la estación y de la existencia de abundantes alimentos, pues en los meses de mayo y junio, época de la vida fácil, no está en celo ni uno solo de dichos mamíferos en cuya especie las hembras conciben una vez al año. Por el contrario, la jabalina encela en diciembre, la zorra en febrero (a menudo la época de mayor penuria y

frío), la gamuza, a fines de noviembre y principios de diciembre, cuando en su ambiente montañoso dominan las condiciones desfavorables; así, el celo parece presentarse sin regla. Pero si consideramos la época del parto, se revela de inmediato un orden bien fundado y como preestablecido. Los hijos nacen en el momento óptimo — la mayor parte en mayo y junio — para que puedan disfrutar del buen tiempo en su primer desarrollo. “La época del celo es, pues, exclusivamente reguladora de la prosperidad de la descendencia como de la conservación de la especie, que está por encima del individuo en toda la naturaleza”. Pero hay hechos que tienen más importancia para mi argumento, por tratarse de la adaptación certera a nuevos ritmos telúricos, tanto para el individuo cuanto para la especie. En los jardines zoológicos se ha observado que aves procedentes del hemisferio sur llevadas a Alemania y que se reproducen en la cautividad, conservan al principio su ritmo nativo del celo, funesto en el hemisferio norte, pues los hijos sucumben o sufren. Pero la mayor parte de las especies “aprenden” muy pronto a cambiar el momento del celo, de modo que los hijos nacen en una estación favorable para ellos. Los botánicos, por su parte, verifican cambios semejantes entre los vegetales. A este propósito apunta PIERRE-JEAN lo siguiente : “Amenazadas por el invierno precoz otras plantas salen de la dificultad de otra manera: se apresuran a florecer. Se ha sembrado al norte de la península escandinava granos de cereales cosechados en Alemania y se ha visto, de año en año, madurar más y más pronto; al cabo de cinco años, bastaban 70 días en lugar de 120 (SCHUEBELER). Un maíz de tierra cálida, cultivado en un país frío, ha sabido acortar a la mitad el tiempo de su evolución (METZGER). El frío no puede hacer crecer una planta más rápidamente ni madurar un gra-

no más pronto". Este es el mejor argumento contra el mecanicismo y en favor de la ley de VON BAER, según la cual los organismos, y en general el conjunto de la vida, utilizan al máximo la materia y la energía.

El instinto, en sentido lato

Los datos precedentes muestran de manera inequívoca que la vida instintiva del animal es inseparable de la biosfera en su conjunto, con una coordinación precisa en el regazo realmente maternal de la naturaleza inanimada: la estructura estática y dinámica de la tierra, incluso la influencia del Sol y de la Luna. Ahora me propongo significar la idea del instinto en su sentido más amplio, entendido como virtualidad conformadora del organismo, directora de la actividad del ser psicofisiológico y manantial de creación de la personalidad espiritual.

Como *vis sculptrix*, el instinto es común a animales y vegetales y, conforme a lo expresado anteriormente, asimilable al "alma vegetativa" de ARISTÓTELES. Una deformación del espíritu científico ha alentado la pretensión de explicar lo orgánico con principios plausibles para la inteligencia de lo inorgánico: la formación del cuerpo vivo como hecho de mecánica. Mas la empresa ha resultado frustránea. Ciertamente, se puede conocer más y más las condiciones y los fenómenos físicos y químicos del organismo formado y de su desarrollo. Pero lo esencial, la vida y el despliegue orgánico, como tales, no se acomodan a la misma medida que la caída de la piedra o el funcionamiento del motor. Como ya lo sostuvo ARISTÓTELES, el todo en el reino de lo orgánico es anterior a las partes, es conforme a plan, es regido por un fin. Este fin configurante, entelequia o razón creadora, es la verdadera causa final de la unidad e histori-

ciudad de toda criatura; las partes materiales y las funciones son sus instrumentos. Solo con este criterio es comprensible el hecho de anticiparse la arquitectura de los elementos al fin de la función, observado en el desarrollo embriológico de todo ser vivo. Así como en el ojo del vertebrado lo que ha de constituir la retina nace de una prolongación del esbozo cerebral, los elementos formadores del cristalino proceden del tejido primitivo de la piel y las demás partes tienen un origen diferente, en diversos momentos del desarrollo, en la génesis de todos los órganos del cuerpo se verifica igual colaboración plástica y "prospectiva", como no ocurre jamás en ningún sistema mecánico.

Instinto no es sólo el hambre y la sed, la necesidad de respirar, de moverse etc. Instinto es también, como *vis sculptrix*, la virtualidad que hace posible la formación del tubo digestivo (desde los dientes y las glándulas salivares) el aparato respiratorio (con todos los reflejos que regulan su ritmo), el sistema motor (músculos, huesos, articulaciones y centros nerviosos de coordinación) etc. Aún más: como los órganos no se forman sino dentro del orden monárquico que preside la arquitectura del organismo como un todo, el instinto es inseparable de la entelequia. Con razón dice ANDRÉ JOUSSAIN, siguiendo a BERGSON, que "el instinto prolonga el trabajo de organización: el esfuerzo por el cual el pollito rompe el cascarón, se libra de los residuos y comienza a caminar, es una continuación del desarrollo por el cual sus órganos han sido configurados en el huevo". De otro modo es asimismo imposible explicar la perfecta especialización de la estructura de los seres vivos en armonía con su ambiente propio. En muchos casos la adaptación de los sentidos del animal a lo indispensable de su mundo llega a la esquematización caricatural. Así las falenas que son víctimas

de los murciélagos poseen un oído completamente sordo para todos los sonidos, salvo para el pío del perseguidor. La misma limitación ocurre en el olfato de la garrapata, que sólo es sensible al olor del ácido butírico, propio del sudor de los mamíferos de que es parásito. A esto llama VON UEXKUELL "exclusión de los efectos secundarios del mundo exterior de un animal", y advierte que es un recurso favorito de la naturaleza. De un modo general, como lo reconoce en el origen de las especies CUÉNOT — sabio nada afecto a la metafísica —, hay una "preordinación que se revela desde el comienzo de una serie, y que conduce a la formación de órganos cuya finalidad es tan manifiesta como la de un ala de ave o de murciélago, de una glándula mamaria de mamífero, de un órgano eléctrico del torpedo; la ontogénesis parece ser una *teleogénesis*..." Esto equivale a aceptar una *causa formalis intrínseca* y su corolario: "*Finis est prior in intentione, sed est posterior in executione*" (SANTO TOMÁS DE AQUINO).

De la misma manera que en la formación del organismo las partes no resultan de una sucesión mecánica de estados, la actividad del animal no es reducible a puros cambios físico-químicos de las células, como si estas fueran aparatos que pasivamente se ponen en movimiento. Las células son ciertamente complicados instrumentos, verdaderos laboratorios, pero la economía de su diferenciación es secundaria al impulso unitario del conjunto. Las células, los tejidos y los órganos derivan de la actividad funcional. Ya hace un siglo CUVIER decía que "la vida es un torbellino más o menos rápido, más o menos complicado, cuya dirección es constante", y el naturalista darwiniano T. H. HUXLEY comparaba las células con la configuración de la arena a orillas del océano producida por

las mareas: en el símil las mareas representarían el flujo de la vida. Mas ello entraña un error: identificar la actividad funcional con la vida misma. Con esto afrontamos el punto relativo al instinto como *vis directrix* del ser psicofisiológico. La función ejercitada no es lo primario en la dinámica del organismo ni en la acción del individuo. Recuérdese la profunda idea aristotélica: "la esencia no depende del origen": los estados iniciales y el desarrollo de los seres vivos son determinados por la esencia de los seres y son como son en cumplimiento de esa su esencia. Pero mejor que cualquier argumento, los experimentos de ALBRECHT BETHE y WOITAS demuestran que la función ejercitada no es lo primero. El hecho es que quitando diverso número de extremidades al escarabajo vulgar, a las arañas y a otros animales, han podido verificar que la pérdida se suple en seguida — salvo raros casos en que demora algunas horas — por movimientos que permiten avanzar al animal hacia adelante. Tal persistencia del movimiento bien dirigido sólo puede efectuarse cuando las restantes extremidades cambian el tipo de su movimiento, tanto en el ritmo como en la dirección y la medida. Ello entraña que es indispensable que las excitaciones se distribuyan en el sistema nervioso central en una forma totalmente diferente a la habitual. En otros términos: los centros nerviosos tienen que cambiar sus funciones después de cada amputación de un miembro o intervención análoga. Si no fuese así, los animales operados deberían exhibir la marcha en círculo, la caída o el paso lateral después de las amputaciones asimétricas, y la pérdida del paso — mas no el cambio de ritmo etc. — en el caso de las amputaciones simétricas. Cada amputación de uno o varios miembros conduce, pues, a un nuevo tipo de coordinación, absolutamente original, ya que es tan grande el núme-

ro de combinaciones posibles, que ni siquiera cabe pensar que estuvieran inscritas de antemano todas en el sistema nervioso. Este número de combinaciones posibles sería de doscientos treintitres en la araña (!). Además, cuando la araña zancuda es privada de todas sus patas, utiliza, para suplirlas, ciertas extremidades ajenas a las funciones locomotrices, que jamás en condiciones normales se ponen en contacto con el suelo, esto es, los palpos mandibulares. Es digno de notarse que la fijación de una pata al cuerpo no tiene ni remotamente los efectos de la amputación. Más sorprendente es que extirpando en el escarabajo acuático el ganglio esofágico superior antes de amputar las extremidades, el cambio de función locomotriz se realiza también con sentido, congruente y prontamente. Hasta cuando se extirpa el ganglio esofágico inferior — que tiene tal vez funciones análogas a las de medula obligada — se manifiestan los esfuerzos funcionales adecuados. Investigaciones ulteriores de BETHE en perros mutilados accidentalmente y en perros cuyos músculos de la locomoción se conectan por medio de operaciones quirúrgicas con nervios correspondientes a órganos diferentes, dan el mismo resultado. Por su parte, DAVID KATZ ha observado un perro que pierde las extremidades del lado izquierdo y antes de que cicatricen las heridas aprende a caminar con sólo las dos extremidades del lado derecho. También yo he tenido ocasión de verificar cosa semejante en un perro de los alrededores de Lima, cuyo tren posterior queda paralítico a causa del traumatismo producido por un automóvil. Pocos días después del accidente, el animal aprende espontáneamente a marchar con las dos extremidades anteriores (llevando unidas al abdomen las posteriores) con perfecto equilibrio y compás de bípedo o pedímano. Todo esto lleva al convencimiento de que las excita-

ciones que en la locomoción de un animal llegan a los músculos de sus extremidades, no se regulan invariablemente como en un esquema anatómico ni constituye tampoco mecanismos funcionales primarios, sino que su fuerza, su dirección y su continuidad se determinan por la *vis directrix* supraordenadora, según las necesidades y circunstancias de cada momento.

Por último, como *vis creatrix*, el instinto constituye fuente de originalidad espiritual. En este sentido, el genio, la inspiración y todo aquello que el ejercicio no puede sino facilitar, disciplinar o perfeccionar, pertenecen al reino del instinto, en la acepción amplia que le doy.

Semejante extensión del concepto — instinto como potencia organizadora, directiva y creadora — no es arbitraria, pues una y la misma ley rige la arquitectura de la naturaleza, da sentido a la economía de la biosfera y unidad al ser psicofísico individual, aunque el margen de libertad vaya en aumento de uno a otro extremo y aunque la esencia de cada ser y el plano de diferentes virtualidades se revelen de modo distinto en lo vital respecto de lo inorgánico, en lo anímico respecto de lo vital y en lo espiritual respecto de lo anímico. Así, pues, aunque situados en la misma dirección ascendente, la embriogénesis, la coordinación psicofisiológica, el instinto en sentido estricto y la invención espiritual no son fenómenos idénticos.

El instinto, en sentido estricto

El instinto *sensu stricto* puede definirse como la potencia psíquica por cuya virtud el animal aprehende espontáneamente la realidad de su mundo y actúa sobre ella de modo oportuno, adecuado, cabal y específico, conforme a determinados fines, en servicio propio, de la especie o de otros

seres vivos, sin previsión consciente de tales fines y de las consecuencias de la acción. Analicemos nuestra definición para mejor fundarla.

El instinto es potencia psíquica en el sentido de que constituye un principio dinámico rector o fuerza que desarrolla y dirige una estructura anímica; no como mero vector físico, pues no se trata sólo de intensidades sino también de condiciones cualitativamente originales, que marcan un rumbo y excluyen todo lo que a él se opone. Si se tratara de un vector físico, las hembras de las mariposas, por ejemplo, pondrían sus huevos en la primera hoja que se les presentase y no escogerían, al ofrecérseles varias de diversos vegetales, aquella que sirve precisamente de substancia nutritiva óptima para sus orugas. Asimismo, la avispa filanto si no obrase según una dirección selectiva, con fin específico, cuando coge una abeja doméstica provista del néctar de las flores, para llevarla como alimento para sus hijos, no se cuidaría de eliminar del cuerpo de la presa, con minuciosa escrupulosidad, todo rastro de miel, que es veneno mortal para sus larvas.

Biblioteca de Letras

El instinto es ~~Manifestación espontánea~~ ya que no se halla sujeto a imposiciones o rectificaciones procedentes de fuera. Innato, se desenvuelve íntegramente y con perfección desde la primera vez que se realiza, y si se repite no es de manera mecánica e invariable, pues el modo de obrar varía en algo de una a otra ejecución: este cambio se llama la "maduración del instinto" cuando entraña mayor esmero. Además, insectos de especies muy próximas, al extremo de prestarse a confusión por su forma y los detalles de su organización, tienen "costumbres" y realizan obras totalmente diferentes. Por otra parte, todas las telas que teje una araña o los nidos que construye un ave corresponden al mismo prin-

cipio, a la misma idea arquitectónica, pero cada tela o cada nido es original y congruente con la situación concreta, no es estereotipado y sin expresión de iniciativa como el producto de las máquinas. En fin, el mismo tipo de actividades instintivas, incluso muy complicadas, se presenta en animales de diverso género. Así la peregrina práctica de cultivar plantaciones de hongos se ha verificado tanto en varias especies de hormigas y termitas cuanto entre las de coleópteros. Es tan especial y sorprendente esta muestra del instinto que vale la pena trasuntar las observaciones hechas por VON IHERING en las hormigas. Al emprender su vuelo nupcial, la reina de la colonia lleva en la boca, se diría como dote, cierta cantidad de semillas de un hongo determinado. Con esta provisión, una vez fecundada, la reina y sus obreras siembran cuidadosamente un huerto y lo abonan con sus propios excrementos. Previamente, el huerto, de ordinario subterráneo, ha sido convenientemente preparado, pues el terreno de cultivo está constituido por las hojas de determinada especie vegetal. Al efecto las hormigas buscan estas plantas, hasta encontrarlas, a veces a una gran distancia de su nido, y dividen con método sus hojas en pedazos que transportan afanosamente. Cuando las esporas del hongo — que también es de una especie perfectamente seleccionada — han germinado y se desarrolla la parte vegetativa de la planta minúscula, las hormigas cuidan de levantar las hebras con sus mandíbulas, de modo que crezcan bien las partes tuberosas cargadas de substancias nutritivas. Naturalmente, en el huerto crecen “malas hierbas”, pero las obreras las extirpan con sin igual eficacia. El instinto de las hormigas consigue a la perfección cultivos puros de la especie determinada, la única que conviene a su alimentación exclusiva. Esta pureza de los cultivos de hongos ha sido lograda muy penosa-

mente, y no siempre, por el hombre de ciencia, después de infinitos tanteos y usando los grandes recursos de la técnica de laboratorio. *

El instinto apareja la aprehensión de la realidad circundante y la acción oportuna y adecuada del animal. Se trata de una aprehensión circunstancial, según los apremios de la espontaneidad emergente y se refiere a lo que revela posibilidades vitales, resistencias, atracciones y repulsiones primarias; es típicamente un captar de exteriorizaciones ajenas, de intenciones de otros seres, que orientan la reacción de modo inmediato. El mundo, según la disposición de cada animal, es un campo de expresión animada, como para el hombre es la apariencia del prójimo, en especial el semblante: fuente fisonómica de comunicación, que ante todo aproxima o aleja, que granjea un asociado o pone en guardia frente a un contrincante, sin que intervenga ni la experiencia ni la crítica. La aprehensión instintiva está íntimamente ligada a la acción del momento, es ya movimiento naciente, eficaz o fallido. La inserción del animal en la biosfera, aunque estrecha por su falta de capacidad para el conocimiento discursivo (sujeto también a extravíos), es prodigiosamente aguda para captar lo concerniente a su actividad en la situación particular. El animal obra con "actos industriales" — como dice con toda justeza FABRE—, reveladores con frecuencia de una sabiduría que desborda las

* Los cultivos de hongos requieren cierto grado de humedad, mantenida de manera a veces sorprendente por los animales. Así, según **Eugen N. Marais**, los termitas que habitan en terrenos secos y calcinados hacen perforaciones profundísimas, hasta de más de 20 metros, para proveerse de las corrientes subterráneas con un personal activísimo de verdaderos aguadores profesionales. Es digno de notarse que la inmersión de los termitas en la estructura del mundo no sólo se manifiesta en el acierto de buscar el líquido en el seno de la tierra, sino en la orientación del túnel que construyen, el cual corresponde a una línea en zigzag en el plano de este a oeste y nunca en dirección de norte a sur, como si los insectos construyesen su pozo con indicaciones semejantes a las que el hombre logra con la brújula.

posibilidades humanas de explicación. A los numerosos y excelentes ejemplos que nos ofrecen los *Souvenirs entomologiques* de FABRE (que ningún hombre culto debería ignorar) preferimos uno debido a la observación de R. W. G. HINGSTON, que ratifica, no sin rectificaciones de detalle, las observaciones más discutidas del gran naturalista francés relativas a la ciencia consumada de los insectos cirujanos anestésistas que paralizan a su víctima con el fin de conservar vivo e incorruptible el alimento destinado a sus descendientes. HINGSTON ha observado repetidas veces en los alrededores desérticos de Bagdad la lucha de la avispa salvaje *cryptocheilus rubellus*, digno émulo de los magos y efrits de *Las mil y una noches*, con una tarántula. Esta araña venenosa vive en el fondo de un tunel producto de su industria. La avispa busca a la tarántula haciéndose un camino en torno del escondite de ésta, la ataca por detrás, obligándola a salir. Durante un tiempo le da golpes con su dardo, dirigidos al gran vientre de la araña. Después de haber tanteado bien al enemigo y de debilitarlo con las picaduras abdominales, emprende un ataque a fondo. Se lanza sobre la tarántula, prendiéndose de la parte posterior para evitar las terribles mandíbulas de ésta, aplica su propio abdomen de través al torax de la víctima y se dedica a buscar dónde debe dar el golpe decisivo; cuando lo encuentra, introduce la punta de su abdomen entre la unión del segundo y el tercer par de patas, donde precisamente se halla el punto de penetración adecuado hacia el nudo vital de la víctima: ahí clava profunda y certeramente el dardo que emponzoña el ganglio nervioso motor (Fig. 11). Con esto la peligrosa tarántula queda incapaz de todo movimiento, a merced de su enemigo. Debe advertirse que la avispa no intenta clavar su estilete sino donde está el ganglio, después

de buscar cuidadosamente la única vía posible. Para orientarse “la avispa se guía, no por la constitución exterior, sino por la anatomía interna de su víctima”.

Por último, el instinto se endereza misteriosamente en servicio de los fines propios del individuo, de la especie o de alguna manifestación de la vida, sin que generalmente el animal conozca las consecuencias de sus actos. En efecto, la conducta instintiva condiciona a menudo el albergue, la nutrición y la defensa de seres que el sujeto no conocerá jamás. El animal procede con previsión en apariencia clarividente de series complejas de acontecimientos que ni él ni



Fig. 11. El *chrysocheilus rubellus* paraliza a una tarántula de vientre negro.

ninguno de sus antecesores ha podido presenciar. Es asunto discutido si los animales proceden con conciencia o conocimiento en la realización de sus operaciones instintivas. CUVIER, hace cien años, asimilaba el instinto al estado extraconsciente del sonámbulo: “No es posible hacerse una representación más clara del instinto — escribe — que suponiendo que los animales tienen en su sensorio imágenes y sensaciones congénitas y firmes que los determinan para la acción; es una especie de sueño o visión lo que prosiguen de modo consistente, y se les puede considerar como sonámbulos en lo que se refiere a su instinto”. El filósofo KLAGES propugna hoy ideas afines a las de CUVIER. Para FABRE el

instinto es ciego, inflexible, inconsciente. Por otra parte, no faltan los defensores de la tesis contraria. Ya CONDILLAC afirmaba que "el instinto no es nada o es un comienzo de conocimiento". Un investigador contemporáneo, THOMAS, se esfuerza por demostrar experimentalmente que el instinto entraña conocimiento. Se basa sobre todo en la variedad de procedimientos y modos que siguen los individuos para alcanzar el mismo fin, y en la índole previsible de los fines. Según él, los animales tendrían "una noción precisa del fin que debe realizar su actividad" y define el instinto como "el conocimiento virtual y hereditario de un plan de vida específico".

Me parece que no se debe pretender una solución en masa del difícil problema. La variedad de las formas de ejecución y la conformidad a plan de los actos instintivos pueden ser tan faltas de conocimiento como la diferencia de procedimientos en la formación o funcionamiento de los órganos corporales. Sin embargo ningún embriólogo y ningún fisiólogo pretende que el organismo tiene conciencia o conocimiento de su formación o de su funcionamiento. Se puede sostener, empero, que algunos actos instintivos se prestan a ser interpretados como que entrañan cierta virtud cognoscitiva e incluso algo comparable a la libertad de acción: una percepción inmediata de bienes que atraen y de males que repelen, así como la capacidad de elegir un camino o una operación entre varios posibles. El caballo que huye aterrizado ante el tigre que encuentra por primera vez en su vida, innegablemente tiene la aprehensión inmediata de que está en peligro. Un ejemplo mejor: el solífugo *galoes arabs*, mucho menos fuerte que su enemigo el escorpión, dueño éste de diversas armas, una de las cuales particularmente temible, no obstante que se enfrenta con él por primera vez, tiene proce-

dimientos eficaces que no pueden haber sido aprendidos gradualmente por sus antecesores, pues no empleados todos y con perfección determinarían la muerte segura del solífugo. En la lucha éste procede como si conociera perfectamente las armas y la energía del escorpión. Una vez frente a frente, ambos preparan sus órganos de combate: el alacrán se lanza con sus pinzas abiertas y con el aguijón erguido, el solífugo para los golpes manejando con destreza sus palpos proyectados. Después de una serie de escaramuzas llenas de prudencia, el solífugo apela a la estrategia: gira en torno del alacrán y concentra su atención, como quien se ha señalado un objetivo, en el aguijón caudal de su enemigo. Aunque tiembla, lleno de terror, en cada momento quiere saltar sin decidirse, hasta que llega el momento heroico: da un salto terrible y con agilidad y fuerza inauditas se prende de la cola del escorpión, justamente por debajo de la ampolla venenosa, y con sus dientes acaba por romper la cola, inutilizando el arma más temible del adversario, quien con ello pierde la partida (Fig. 12). Como el caballo aprehende que el tigre es una amenaza, así el solífugo ve en el aguijón el arma que debe inutilizar, y procede en consecuencia. Esta aprehensión inmediata es un ejemplo de la categoría de conocimiento en la acepción ordinaria. El instinto denota conocimiento virtual en el sentido de que su desarrollo interno, como sucesión de actos psíquicos, es un proceso en marcha que tiene su razón de ser en su cumplimiento. Es un avanzar en lo dado siguiendo, con las transiciones, la atracción de una imagen presentida de la naturaleza de las cosas. Más difícil todavía es interpretar la "ciencia" misteriosa de los insectos cirujanos anestesistas. Lo que sí puede afirmarse con certeza es que la aplicación de los recursos, en el combate, por ejemplo, corresponde a intenciones del animal,

por lo menos en parte — de ningún modo son maquinales, como afirmaba DESCARTES de toda la actividad del animal y como todavía sostienen sus secuaces los materialistas que pretenden explicar los instintos como una especie de fisiología mecánica de reflejos y de hormonas, olvidando que el instinto se manifiesta incluso sutil en los animales que carecen de sistema nervioso y de glándulas de secreción interna.



Fig. 12. El solífugo amputa al escorpión la extremidad venenosa de la cola.

Son asimismo insostenibles las teorías modernas del instinto a base de hábitos que se heredan o tropismos inevitables. Si se tratase de acciones consolidadas por la repetición hasta formar hábitos que acaban por transmitirse a los descendientes, surgen las objeciones siguientes: 1.º hay infinidad de actos instintivos que no pueden manifestarse sino una vez en la vida del individuo; 2.º las acciones instin-

tivas tienen siempre una finalidad, por tanto, no pueden formarse por la mera repetición, sino por su teleología primaria — actos sin significación vital no tienen por qué repetirse hasta transformarse en hábitos; 3.º el hábito adquirido no se puede transmitir a los descendiente, pues hasta hoy todas las investigaciones prueban que sólo se transmite a los descendientes lo que se ha recibido por herencia de los padres, salvo el caso de las mutaciones, que nada tienen que ver con el hábito. La teoría según la cual el instinto depende de la asociación de acciones puramente fisicoquímicas, sin entidad psíquica, es hoy insostenible, pues los propios tropismos, que se reputaban como manifestaciones de esta índole, se ha demostrado que en gran número de casos son verdaderos actos con sentido supramecánico. En el laboratorio de BUYTENDIJK se ha esclarecido que los animales aprenden a vencer en determinadas situaciones la propensión inherente al tropismo, lo que jamás ocurriría si éste fuese determinado causalmente. Los tropismos a menudo son aspectos de la conducta que corresponden a manifestaciones de las necesidades de los animales, movimientos de exploración o de restauración de la norma ecológica o productos artificiales de la experimentación. “Principalmente cuando el animal es expuesto a condiciones artificiales — afirma RUSSELL — presenta aquellas respuestas forzadas y automáticas a los estímulos físicos, que de acuerdo con la teoría de los tropismos es la base de toda conducta. En realidad, los tropismos son en muy grande medida productos de laboratorio, fruto de exposiciones a estímulos artificiales y contrarios a la naturaleza”. Sería interesante saber cómo explican los teóricos del instinto-tropismo la formación de actividades como la de las hormigas melíferas. En una de las especies, por ejemplo, hay obreras especializadas en apode-

rarse de la miel segregada durante un breve período del año por la nuez de agallas de una variedad de roble. Al retornar al nido estas obreras entregan su preciosa carga a otras hormigas, verdaderas hormigas-ódre, que reciben la miel hasta que su abdomen adquiere el aspecto de un esfera, las cuales son colgadas, como recipientes inertes, unas junto a otras, en la bodega del hormiguero. Así se conservan esos reservorios vivos de miel hasta que llegue la época en que sea necesario consumir su contenido (Fig. 13).



Fig. 13. Cueva de hormigas melíferas pendientes del techo.

Otra cuestión es saber si el instinto se completa con otras actividades psíquicas: la imitación, el hábito, la memoria, la experiencia adquirida individualmente, la inteligencia. Los animales solitarios, especialmente los insectos no sociales, son los que ofrecen la actividad instintiva más pura y especializada. Pero, en general, la vida activa tanto de los animales llamados inferiores cuanto de los superiores implica la intervención de otros factores psicológicos, en proporción variable según las condiciones de existencia de

cada especie: la influencia de los padres sobre los hijos, la organización social etc. De ordinario los críticos de FABRE, incluso el imparcial y objetivo HINGSTON, afirman que para él no existe la inteligencia, por lo menos en lo que concierne a los insectos. Para desvirtuar semejante error transcribo un párrafo en que FABRE es muy explícito sobre el particular: “Pero con su ciencia rígida que se ignora — escribe el maestro de Serignan—, el instinto puro, si estuviese sólo, dejaría al insecto desarmado en el perpetuo conflicto de circunstancias. Dos momentos no son idénticos en la duración; si el fondo permanece el mismo, cambia lo accesorio; lo imprevisto surge por doquiera. En este conflicto confuso es necesario un guía para buscar, aceptar, rechazar, escoger, preferir esto, no hacer caso de aquello, sacar, en fin, partido de lo que la ocasión puede brindar de utilizable. Ciertamente, el insecto posee este guía, en un grado incluso evidente. Es el segundo dominio de su psiquis. Ahí es consciente y perfectible por la experiencia. No osando llamar inteligencia a esta aptitud rudimentaria, título demasiado elevado para ella, la llamaré *discernimiento*. El insecto, en sus más altas prerrogativas, discierne, hace diferencia de una cosa con otra, en el ciclo de su arte, se entiende, y eso es todo, aproximadamente” (*Souvenirs entomologiques*, tomo IV, p. 73).

Para terminar resumiré un bello ejemplo, debido a la observación de FABRE, que demuestra la colaboración del instinto con el “discernimiento” en la conducta de los insectos. Se trata de las vicisitudes del coleóptero meloide *sitaris humeralis*, cuya larva, ínfimo piojillo negro, es parásito de una abeja, el autóforo. Durante todo el invierno, a la entrada de sus galerías, sobre la pendiente de un declive soleado, espera la larva el advenimiento de la eclosión primaveral

de las abejas. Al salir de entre éstas un macho antes que las hembras, que son las codiciadas, el aspirante a parásito, que ambula en expectativa de la ocasión propicia, se prende con sus ganchudas uñas al joven recién nacido que sale a correr mundo, y no se separa de él hasta que se da cuenta de que no es el huésped que le conviene, pues su porvenir con este varón sería fatal, dado su género de vida. En tales condiciones espera la ocasión favorable, que será cuando su huésped frustráneo — tomado por equívoco — haga la corte. Es entonces cuando realiza el cambio, pasando a la hembra, en la que el diminuto gusanillo se disimula hábilmente para poder cumplir su propio destino y el de su estirpe. Llegado al fondo de la galería de la abeja dedicada a preparar su panal, “acecha entonces el momento preciso de la puesta, para instalarse sobre el huevo y dejarse deslizar al mismo tiempo sobre la superficie de la miel, a fin de sustituirse al futuro hijo del antóforo y, habiendo sentado plaza, aprovecharse de sus víveres y de su casa”.

Al colocar el instinto dentro del marco de la biosfera reconozco que hay un dinamismo inmanente en la naturaleza. La finalidad que se manifiesta en el instinto revela la misma idealidad que da forma y nexo al conjunto de la creación. Son expresiones diferentes de ese *logos* o razón creadora tanto las conexiones de la biosfera y la organización y funcionamiento de cada ser vivo cuanto el instinto y la inteligencia.

No he considerado sino los instintos animales. Los del hombre constituyen proceso distinto, al que no es aplicable la definición propuesta. Más que instintos, el ser humano tiene necesidades e impulsos instintivos. Capaz de conciencia de sí mismo y de pensamiento con ideas universales, el hombre no es sólo *movil movido*, como el animal, sino tam-

bién *movil que se mueve*. Aunque el espíritu regla el cosmos todo, sólo en nuestra conciencia revela su luz y con ello hace posible la libertad moral.

Observación final

Para GOETHE “la mayor felicidad que podemos encontrar en la naturaleza es inquirir lo investigable y admirar lo inescrutable”. Por la índole misma de este ensayo, una tentativa de conjugar la ecología con la psicología, no he insistido lo bastante en el segundo de los aspectos señalados por el gran poeta y naturalista. Ahora quisiera referirme simplemente a la manifestación de una finalidad puramente artística en las obras de la creación, finalidad tan obvia como la utilitaria. A este propósito es todo un símbolo la violeta, con sus dos clases de flores: las llamadas “cleistógamas”, ocultas debajo de las hojas, con una corola rudimentaria o sin ella, que preparan las semillas, y las otras, las que todos advertimos y admiramos, completamente inútiles, gracioso ornamento de la naturaleza.

En realidad, el beneficio más precioso que obtiene el hombre del examen de la naturaleza no es tanto el saber científico cuanto el sentimiento de maravilla y reverencia, el cual expresa ABEL BONNARD de modo insuperable en las frases finales de su ensayo sobre el mundo de los peces: “Debemos aprender a poner nuestra alma en posesión de las riquezas del mundo. Si todo lo que hay de aves maravillosas viniese a jugar en torno nuestro, nos creeríamos transportados a un planeta más favorecido, más dichoso que el nuestro. Si todas las mariposas de la tierra entrasen una mañana en nuestra habitación, nos parecería recibir, en lugar de nuestra molesta correspondencia cotidiana, cartas mágicas de todas las hadas y, con el alma dividida entre mil sen-

saciones deliciosas, no querríamos conocer sino el lujo y la belleza de esta embriaguez. Pero también si no percibimos sino una sola ave que nos mira gentilmente del extremo de su rama, si no vemos arremolinarse una sobre otra sino dos de esas mariposas, de las más comunes, blancas y manchadas de gris como la flor del haba, si el océano no nos muestra en un acuario sino un poco de la moneda espléndida que esconde en sus abismos, es menester que cada una de estas sensaciones nos rememore los recursos y maravillas del planeta que nos es dado en reino y que, poseído en parte por los conquistadores, lo es totalmente por los poetas. Es muy cierto que la tierra está cargada de demasiados sufrimientos y nada es más fácil que poner en evidencia la miseria y la crueldad que muestra la vida. Sin embargo, es también el lugar de un encantamiento muy real; este aspecto no cuenta menos que los otros, y debemos disfrutar locamente, con éxtasis de artista, de poeta y de niño, de esta fiesta adorable a la que somos invitados por Dios”.

Biblioteca de Letras

«Jorge Pu... BIBLIOGRAFIA»

CAMILO ACQUA: “Esistono fenomeni psicologici nei vegetali?”, *Scientia*, 1914, No. 2.—FRIEDRICH ALVERDES: *Leben als Sinnverwirklichung*, Stuttgart, 1936.—ARISTÓTELES: *De l'âme (De anèma)*, Paris, 1934 (Trad. de J. Tricot).—ARTHUR BERGER und JOSEF SCHMID (con muchos colaboradores): *Das Reich der Tiere. Das Tier in seinem Lebensraum*, 3 ts., Berlin, 1936-1937.—HENRI BERGSON: *L'évolution créatrice*, Paris, 1921.—AUGUST BIER: *Die Seele*, München, 1939.—E. BLEULER: *Die Psychoide als Prinzip der organischen Entwicklung*, Berlin, 1925.—ABEL BONNARD: *Le monde des*

* Después de escrito este trabajo, mi cultísimo amigo Dr. Gino Bianchini me ha ofrecido la oportunidad de conocer la obra *Maravillas de la vida animal* (traducida del inglés) publicada bajo la dirección de J. A. Hammerton, 4 ts., Barcelona, s. a.

- poissons, Paris, 1937.—E. L. BOUVIER: *La vie psychique des insectes*, Paris, 1922.—F. J. J. BUYTENDIJK: *Wege zum Verstaendnis der Tiere*, Leipzig, 1938.—MARIO F. CANELLA: *Orientamenti della moderna biologia*, Bologna, 1939.—G. COLOSI: "Le basi della congruenza fra il mondo organizzato e l'ambiente", *Scientia*, 1940, Nos. 2 y 3.—LUCIEN CUÉNOT: *La genèse des espèces animales*, Paris, 1932.—HONORIO DELGADO, MARIANO IBERICO: *Psicología* Lima, 1933.—HONORIO DELGADO: "Psicología general y psicopatología de las tendencias instintivas", *Revista de Neuro-Psiquitría*, 1938 No. 3.—HANS DRIESCH: *Philosophie des Organischen*, Leipzig, 1921.—BERNHARD DUERKEN: *Entwicklungsbiologie und Ganzheit. Ein Beitrag zur Neugestaltung des Weltbildes*, Leipzig, 1936.—EUGENE EVERARD: *Le monde des abeilles*, Paris, 1928.—J. H. FABRE: *Souvenirs entomologiques. Etudes sur l'instinct et les mœurs des insectes*, Edition définitive illustrée, 10 ts., Paris, 1924-1934.—WERNER FISCHER: *Psyche und Leistung der Tiere*, Berlin, 1938.—RAOUL FRANCÉ: *Bios. Die Gesetze der Welt*, 2 ts., München, 1921.—R. FRANCÉ: *Les sens de la plante* (Trad. del alemán), Paris, 1937.—KARL FRIEDERICH: *Oekologie als Wissenschaft von der Natur oder biologische Raumforschung*, Leipzig, 1937.—F. W. GAMBLE: *The animal world*, London, s. a.—CHAS W. GREENE: "The physiology of the spawning migration", *Physiological Reviews*, 1926, No. 2.—P. HACHET-SOUPLET: *Les sociétés d'animaux*, Paris, 1928.—R. W. G. HINGSTON: *Problèmes de l'instinct et de l'intelligence chez les insectes* (Trad. del inglés), Paris, 1931.—H. ELIOT HOWARD: *An introduction to the study of bird behaviour*, Cambridge, 1929.—KARL JARMER: *Das Seelenleben der Fische*, München, 1928.—LUDWIG KLAGES: *Der Geist als Widersacher der Seele*, 4 ts., Leipzig, 1929-1933.—A. B. MACALLUM: "The paleochemistry of the body fluids and tissues", *Physiological Reviews*, 1926, No. 2.—CONSTANTIN MAYER: "Untersuchungen mit Pflanzengallen", *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, 1938, No. 48.—RENÉ MAEZEDIER: *Le roman du saumon*, Paris, 1935.—MELCHIOR PALÁGYI: *Wahrnehmungslehre*, Leipzig, 1925.—UMBERTO PIERANTONI: "I microrganismi nell'economia animale", *Scientia*, 1925, No. 4.—PIERRE-JEAN: *La psychologie organique*, Paris, 1937.—E. S. RUSSELL: *The behaviour of animals*, London, 1938.—H. SPEMANN: "Neue Einsichten in das Wesen der tierischen Entwicklung", *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, 1938, No. 27.—P. TEILHARD DE CHARDIN: "L'histoire naturelle du monde. Réflexions sur la valeur et l'avenir de la Systematique", *Scientia*, 1925, No. 1.—MAURICE THOMAS: "La notion de l'Instinct, connaissance innée, et sa tenue devant la méthode expérimentale", *Scientia*, 1936, No. 5.—J. ARTHUR THOMSON: *The system of animate nature*, 2 ts.,

London, 1920.—J. VON UEXKUELL: *Theoretische Biologie*, Berlin, 1920.—JAKOB VON UEXKUELL: *Der unsterbliche Geist in der Natur. Gespraechе*. Hamburg, 1938.—PAUL VALÉRY: *Les coquillages*, Paris, 1936.—PAUL VIGNON: *Introduction à la biologie expérimentale. Les êtres organisés: Activités, instincts, structures*, Paris, 1930.—A. HYATT VERRILL: *Moeurs étranges des insectes* (Trad. del inglés), Paris, 1938.—ALOYS WENZL: *Metaphysik der Biologie von Heute*, Leipzig, 1938.—RICHARD WOLTERECK: *Grundzuege einer allgemeine Biologie*, Stuttgart, 1932.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

La Filosofía y el Problema Moral.

No es lo único ni lo principal el problema del ser, considerado abstractamente, dentro del conjunto de temas que usualmente trata la filosofía. La filosofía se pregunta también, con intenso y renovado interés, qué es la existencia, cuál es la forma de ser que le es propia; cuál es la manera o maneras que adopta el ser real y determinado, cuyo tipo más completo se nos muestra en la existencia del hombre. El saber filosófico no sólo se dirige al examen y captación de motivos lejanos a la realidad y a la vida, ni pretende ser siempre un mero ejercicio de la actividad intelectual. Se interesa también por el ser concreto y real por el ente, es decir por la manifestación o manifestaciones positivas y determinadas del ser, por lo que constituye la vida misma en sus más acusadas determinaciones. Así abandona la filosofía su posición de disciplina técnica, indiferente y neutral, y se convierte en emocionada exégesis de la vida misma del hombre.

Ante todo hay que tener en cuenta la pregunta referente a lo que es el ser humano, la cual una vez contestada puede servir como fundamento utilísimo a la ética. La ética tiene en esta forma un fundamento metafísico apropiado y también un fundamento antropológico. No cabe hacer elocubraciones acerca de lo que debe ser, si no se to-

ma en cuenta seriamente lo que es la naturaleza humana. Una ética fundada en principios ajenos en absoluto a lo humano sería una elaboración intelectual ilusoria, una fantasía, o un conjunto de preceptos estériles.

En todas las épocas se encuentra subyacente una concepción de lo humano, aunque no se haya configurado en forma precisa una antropología filosófica, ni haya llegado a constituirse una filosofía de la existencia humana. Tal concepción puede deducirse del examen de los diversos elementos de la cultura artística, religiosa, intelectual, jurídica y política. Al fin y al cabo el hombre es el sujeto y la materia de todas las relaciones, puesto que ninguna se puede dar ni comprender sin su intervención. Por otra parte debe tenerse presente que las diversas modalidades de la cultura, incluso la misma modalidad ética que estamos estudiando, son maneras propias y características de la existencia humana, fuera de la cuál carecen de sentido. Cuando se comprenda profundamente y se le confiera todo su alcance a la posición central de lo humano en el planteamiento de los problemas filosóficos, se habrá ganado mucho, aunque por otra parte se pierdan muchas elocubraciones estériles sin raíces en el suelo de la realidad.

Para los griegos, el hombre no se contrapone a los demás objetos de la naturaleza, entre lo natural y lo humano no existe para ellos una precisa línea divisoria. Los mismos principios que sirven para la interpretación de la naturaleza, sirven para la interpretación del hombre. De esta suerte, el pensamiento griego alcanza un plano de armonía, entre el hombre y la naturaleza. El único dualismo violento que se destaca con relativa constancia en el pensamiento de los griegos es el de lo real y lo ideal, que los grandes pensadores intentaron siempre conciliar. Así se

observa en las obras de Platón y de Aristóteles. El primero trata de hacer comprensible la conexión entre el devenir y el mundo de las ideas, gracias a la intervención de un demiurgo intermediario, dotado de profundos sentimientos artísticos. Desde luego, natural no es lo mismo que material. La naturaleza, según los griegos, estaba integrada por un principio material, el cual se configuraba gracias a la intervención de principios naturales, pero no materiales. Una clara confirmación de lo que decimos se encuentra en el pensamiento de los estoicos, quienes formularon como principio de su filosofía el vivir conforme a la naturaleza, entendiendo por naturaleza la razón. Los epicúreos interpretaron lo humano en idéntico sentido, por medio de principios naturales. En efecto, la búsqueda del placer como valor supremo de la vida humana, es la confirmación de su anhelo de someterse a principios naturales. El placer traduce la espontaneidad del ser que vive de acuerdo con sus inclinaciones.

En la Edad Media se interpreta al hombre en oposición a la naturaleza, en vista de su destino y de su esencia religiosa. El hombre se libera de la naturaleza para unirse más íntimamente con la Divinidad. El sentido del hombre no se encuentra ya en la tierra, en el mundo, ni en principios ideales o racionales; Dios da al hombre su sentido; si no fuera por El, el hombre no existiría; puesto que El constituye la finalidad y la dignidad del hombre, sin las cuales la humanidad volvería al nivel de la naturaleza. En cierto modo, aunque el hombre no es esencialmente divino, participa de la naturaleza de Dios en cuanto ha sido creado por Este. Su vida en el mundo es un residir pasajero, un pasar por un amargo valle de lágrimas; al cabo del cual es posible encontrar la verdadera patria y la verdadera felicidad.

Con el renacimiento se inician sentimientos de hostilidad al Medioevo y a la interpretación del hombre que le era peculiar. Desde luego debe rechazarse de paso la idea de que el renacimiento es un movimiento independiente y extraño a la Edad Media. Agudas observaciones y estudios sobre esta época de la Historia Humana, ponen de manifiesto que no existe aquella solución de continuidad entre la Edad Media y el Renacimiento, que se ha querido ver principalmente con un afán de crítica negativa con respecto al Medioevo. Los primeros movimientos renacentistas aparecen en el seno de la misma Edad Media, tanto en el orden artístico como en el político y económico. La burguesía misma que caracteriza como forma social y económica a la Edad Moderna, aparece en la Europa Medioeval del siglo XIII, en la medida en que se iban relajando o desintegrando las formas sociales y económicas de la Europa feudal y caballeresca de los siglos anteriores. Así el Renacimiento aparece no como una manifestación súbita de cultura, sino como la culminación de un movimiento que había estado preparándose en seno de la Edad Media con mucha anticipación.

No obstante haber nacido en plena Edad Media, el Renacimiento se presenta en aparente contradicción con ella. Se inicia en medio de sentimientos hostiles y críticos frente a la cultura Medioeval. Quiere independizarse de ella, romper las limitaciones impuestas por la religión y la escolástica, abrir nuevas rutas en el mundo, promover el amor y el conocimiento de la naturaleza. En una palabra el hombre vuelve a asombrarse en la contemplación del mundo y en la de sí mismo. Su mayor preocupación es la vuelta a la naturaleza. Entonces Dios se convierte en un principio ajeno al mundo, el cual se explica por sí mismo o por medio de principios humanos y racionales. Un renacentista tan preclaro

como Miguel de Montaigne expresa en su pensamiento el anhelo de aproximar la interpretación del hombre a la naturaleza. No obstante su elegante escepticismo, que se expresa en su fórmula *Que sais'je*, sostiene la necesidad de rebajar la imagen del hombre, exaltada por la presunción y el falso orgullo, hasta el plano de la naturaleza. Así, entre el hombre y los animales no hay una diferencia esencial. En el fondo esta concepción de lo humano campea también en el racionalismo que pretende interpretar el universo por medio de la razón. El siglo de las luces consagra la razón como la explicación única y decisiva de todo. En esta forma, y aparentemente, el hombre trata de escapar a la naturaleza, deja de ser el haz de apetitos que fué el hombre del Renacimiento, para convertirse en un ente racional superior a sus propios impulsos. En el siglo de las luces, el hombre alcanza el plano más elevado de su orgullo; convencido de que la razón le brinda explicaciones para todo y que al mismo tiempo ha encontrado el fundamento de su más elevada dignidad. Sin embargo, la realidad era muy diversa. Por debajo de los excesos del racionalismo se incubaban los gérmenes disolventes irracionalistas y materialistas. El siglo XIX es el siglo de las explicaciones irracionalistas y vitales. La noción de vida hace su ingreso triunfal en la filosofía; y en la política habían irrumpido revolucionaria y victoriosamente las masas, que en sí misma constituyen la representación de lo desmesurado y lo irracional, ya desde fines del siglo XVIII. En un mundo nuevo, tenían que surgir nuevas maneras de pensar. Stirne, Schopenhauer, Nietzsche, Marx, Engels, Darwin y otros representan, a pesar de la diversidad personal de su pensamiento, la misma dirección, el mismo sentido irracionalista de la existencia. No se piense que el siglo XIX no trae aportaciones positivas a la concepción

de lo humano. Irracionalismo y vitalismo no son pura negación; ni aún las tendencias económicas y las mismas interpretaciones materialistas dejan de responder al interés general humano. Precisamente el siglo XIX resume una gran inquietud en torno a las cuestiones humanas. El escepticismo filosófico y la propensión a colocar en primer plano los impulsos, nos hacen pensar en una humanidad mucho más concreta que la que era familiar al individualismo. La concepción del hombre, ya sea en las doctrinas de Nietzsche, en el positivismo de Comte o en los nuevos programas revolucionarios, revela una honda inquietud por lo humano integral, por el individuo que se supera en el plano social. El XIX es siglo humanitario por excelencia; por eso nace en él la sociología, y la psicología se vuelve ciencia independiente. La historia asume la dignidad de ciencia espiritual y la justicia en las relaciones económicas y sociales se hace agudo problema para los gobiernos. Pero tal humanitarismo no podía contenerse en los límites estrechos de lo individual; por el contrario, la consigna es la superación del individuo. La concepción individualista burguesa que había tenido su raíz a fines de la misma Edad Media y que se encontraba subyacente en la Edad Moderna, alentando tanto los movimientos intelectuales como los políticos, hace su crisis en el siglo XIX. El hombre no es un individuo aislado, ni un átomo irreductible; ni la sociedad puede ser un mero agregado de partículas individuales. Lo humano sobrepasa los límites de lo individual; en otros términos el hombre como individuo que se basta a sí mismo es realmente una ilusión. Lo primordial y lo básico para el siglo XIX es la sociedad. Ni aún Federico Nietzsche, ferviente partidario del individuo y enemigo acérrimo de las tendencias socialistas, por considerarlas contrarias a la exaltación de los supremos valores del in-

dividuo, se mantuvo dentro de los límites de lo individual. Nietzsche propugnó también la superación del individuo en su teoría del Super-hombre (el hombre no es sino un puente entre el hombre y el superhombre, así hablaba Zarathustra). Las virtudes del superhombre le permiten a éste colocarse en una situación superior a la del mero individuo. Si bien es cierto que la teoría del Superhombre no fué suficientemente esclarecida por Nietzsche, queda como principio indiscutible que en él intenta Nietzsche expresar su anhelo de vencer la mezquindad y la limitación impuesta históricamente por la mediocre concepción del individuo.

Más resueltamente se manifiestan las tendencias anti-individualistas en el positivismo de Augusto Comte y en el socialismo Marxista. El primero reivindica la prioridad de lo social; dirige su atención sobre los fenómenos de estática y la dinámica de las sociedades y funda en esta forma la sociología. Es posible que el nacimiento de la sociología sea uno de los acontecimientos más trascendentales para la cultura del siglo XIX. En otra época hubiera sido inconcebible; pero en el siglo XIX obedecía a una necesidad, respondía a una exigencia del sentido mismo de la cultura. La sociología aparece para proclamar la crisis del individualismo. La sociedad se presenta entonces como un hecho real, no como el producto de una simple relación voluntaria entre individuos, no como contrato, ni como hecho jurídico o cultural, es decir no como artificio ni creación espontánea del hombre. Tradición, historia, fuerzas vitales internas, constituyen el origen y el fundamento firme de la vida social. El positivismo, en Comte o en Spencer, reivindican la importancia decisiva de los hechos reales en el proceso de la evolución humana. En el fondo de todo ello hay un arraigado

sentimiento anti-individualista, una concepción orgánica de la existencia y una inclinación a insertar la imágen del hombre en el curso de los hechos reales.

Otra de las manifestaciones culturales contrarias al individualismo es el socialismo de Carlos Marx, quien tuvo el acierto de señalar la importancia de los fenómenos económicos en la organización social. Es imposible adherir a la tesis materialista sostenida por Marx; y desde luego al materialismo como explicación económica de los hechos históricos. El hombre no es un simple haz de impulsos y de apetitos; en él se encuentra la sede de complejas necesidades. No es verdad por otra parte que lo económico determine siempre la conducta de los hombres y de los pueblos. Las circunstancias de que en todas las épocas y en todos los momentos de la historia humana encontremos fenómenos de índole económica, que se estremezcan con los diversos fenómenos culturales de otra especie, no significa que lo económico sea la razón decisiva de los demás. No hay que olvidar que con este criterio podríamos fácilmente encontrar asidero a cualesquiera teorías para la explicación de los hechos históricos. Así como encontramos fenómenos económicos, encontramos también políticos, religiosos, artísticos, biológicos, los cuales pueden ser utilizados para la explicación unilateral de lo histórico con igual legitimidad que los fenómenos económicos. Así se podría fundamentar un estetisismo histórico, un politisismo, un providencialismo, etc. Nadie puede negar que el fenómeno económico acompaña siempre a los fenómenos histórico-culturales. Un artista, un sacerdote, un hombre de ciencia son seres humanos integrales; además sus actividades se relacionan en buena parte con los intereses que defiende su clase. Pero todo esto no es suficiente para sos-

tener que la creación artística, la obra científica y las plegarias del sacerdote obedecen a razones de utilidad, de ventaja o de lucro personal o social. Sobre todo el arte y la ciencia se nos presentan como actividades puras, desprovistas de todo mezquino interés. Cuando éste aparece dentro de las obras artísticas o de cualquier otra índole, la crítica se encarga inmediatamente de ubicar la obra respectiva en la categoría inferior que le corresponde; o por lo menos de distinguir el arte puro de sus bastardos acompañantes en los que se traduce el interés personal o el prejuicio económico clasista.

Nuestros días viven bajo el signo irracionalista, a pesar de los esfuerzos muy meritorios del Neokantismo, que dominó en gran parte el campo filosófico europeo hasta la guerra de 1914. Se observa también un relativo retorno a las posiciones de la antigüedad. La metafísica ha vuelto a ser la ocupación esencial; mas no en la dimensión intelectualista y abstracta, sino como dirección antropológica, como preocupación por el hombre y por su destino. La metafísica de hoy quiere llegar a una interpretación del ser a partir del ser humano finito.

Quién mejor ha estudiado estos problemas es Martín Heidegger. Según él, el único ser capaz de dar respuesta a la pregunta ¿Qué es el ser?, es el hombre, el ser humano finito. Sólo el ente humano (Dasein puede revelarnos el ser, es decir su propio ser, del cual ya tiene una noción oscura (dunkle Seinsverständnis), y cuyo sentido se prefigura en la misma pregunta por el ser. La particular manera que reviste el ser en el hombre, o en otros términos la forma concreta y temporal del ser es el existir. La vida humana es existencia, transcurrir entre dos incertidumbres, la del ori-

gen y la del fin, surgir de la nada y concluir en la muerte que es también la nada. La filosofía de la existencia es, de esta suerte, una filosofía de la vida, aunque de fondo irracional, sin embargo orientada hacia la delimitación y claridad en los conceptos. Sus orígenes se encuentran en la discusión del problema del hombre, motivo predilecto del siglo XIX. Además Heidegger intenta revalorizar elementos de la antigua metafísica. Para la indagación y elaboración de sus problemas, utiliza el método fenomenológico.

Heidegger estudia al hombre en su desenvolvimiento, discriminando grados o modalidades de su ser. El hombre comienza por un estar en el mundo, y en este sentido el ser del hombre es ser en el mundo (Das in-der-Welt-Sein). De este modo el mundo no es algo totalmente ajeno al hombre, es una posibilidad del hombre mismo. No puede haber hombres sino el mundo. Ser hombre es ser "allí", en el mundo. Y frente a este mundo, el hombre no tiene una actitud de conocimiento, sino de simple enlace o contacto. Es como si el hombre estuviera sometido en una capa densa y oscura. En esta etapa o grado el hombre tiende a protegerse, lo domina la preocupación, el miedo, el temor de recibir algún daño. La murmuración le infunde mayor temor aún; le preocupan y le desconciertan las opiniones de los demás. Su propio mundo es el mundo común a los demás. En realidad para él es este un mundo impropio, en el cual el hombre no puede revelar el perfil más característico de su personalidad, se limita a ser un hombre como los otros hombres. Es lo que Heidegger llama Das Man, el se, el uno cualquiera, carente de determinaciones individuales y lejos de la intimidad de su propia esencia.

Luego el hombre se descubre así mismo, a la existen-

cia impropia, sucede la existencia propia. El hombre va a lo íntimo de sí mismo, se apropia de sí mismo. Ahora lo acompaña la angustia, que no es el miedo que podía dominar al hombre de la existencia impropia. La angustia es una ansiedad y una especie de tranquilo temor. El hombre es un ser espiritualmente angustiado; parece como que sintiera en su conciencia el peso de alguna culpa cometida. Y cuanto más penetra en sí mismo, cuanto más libre se siente o se cree, tanto más se asienta en él aquella angustia.

Cuando, al fin, el hombre se enfrenta a los grados supremos de su realización y desenvolvimiento, que son también los de su extinción definitiva, cuando el hombre queda frente a la muerte, y por lo tanto su conocimiento de la vida se vuelve más profundo, su angustia es mayor, Angst vor dem Tode).

El hombre se diferencia pues del animal, no por el principio de la razón, no por el conocimiento abstracto, que es una modalidad superficial de su ser, sino por estados afectivos intensos, los cuales tienen su más elevada expresión en la angustia.

Con la nueva metafísica los problemas del ser no se plantean ya en el campo de lo imaginario, sino en el dominio del ser concreto, del ente más concreto y que por lo mismo está por encima de todos los entes: la existencia humana.

Esta breve exposición de la filosofía de la existencia, hace pensar en la necesidad de buscar las raíces de los hechos éticos en lo más entrañable de la elocubración metafísica. La descripción que acabamos de hacer, pone de manifiesto la imposibilidad de separar las cuestiones éticas de las metafísicas. La naturaleza humana es un ente sensible a los valores y vive en relación constante con el mundo, realizando diversas formas de valoración; al mismo tiempo trata de



superar los grados inferiores de su existencia y de lograr los superiores. Es inconcebible suponer la existencia de una vida humana desprovista de nociones acerca del deber y del valor, una vida ajena a los conflictos éticos, carente del anhelo de superación. Y lo que es más, estas manifestaciones de la vida humana tienen su fundamento en la naturaleza misma de nuestro propio ser. He allí la valiosa contribución de la metafísica a la solución teórica de los problemas éticos; y lo que hace aún más meritoria la filosofía de Heidegger, es el hecho de presentarnos no una abstracción, sino la imagen real y viviente del ser humano. En efecto, no todo el hombre es un "ser así", ni un "ser esto o aquello". No todas las cuestiones que podemos plantearnos respecto a su ser, se pueden expresar en la forma de un "que es" o de un "como es". En otros términos, lo humano real no es todo lo humano. El hombre está en lo real, frente a lo real y en cierto modo es lo real; pero también está frente a lo irreal. Deberes, valores, principios, normas son entidades irreales. Lo futuro mismo es una irrealdad. La nada, la muerte, el misterio del más allá, son motivos irreales que el hombre percibe, intuye o comprende, y cuya evidencia en mayor o menor grado, determina las formas generales de su conducta, precisamente lo real en el hombre es vivir en contacto con lo irreal, en relación con valores, deberes, normas. El acatamiento, o la desobediencia a tales realidades irreales constituyen la más intensa y la más significativa realidad de la vida humana.

Así, de la consideración del problema de la existencia del hombre surge espontáneamente el problema del "hacer". Qué debemos hacer en la existencia, es la cuestión básica de la ética filosófica, a la que intentamos responder, expresa o tácitamente, en el transcurso de estas lecciones.

Si la existencia tiene tal configuración, si la vida del hombre se encuentra sometida a tales determinaciones y tiene tales atributos, la conducta deberá estar regida por determinados principios, y no por otros. Este es el problema que interesa específicamente a la ética en cuanto ciencia filosófica de la conducta. Desde luego, no intentamos definir aquí apriori en qué consiste la conducta ética. Sólo una intensa familiaridad con las cuestiones que aborda ésta ciencia, nos pondrá en condiciones de comprender sin dificultad la naturaleza especial de la conducta que hemos determinado de antemano como conducta ética.

De lo dicho resulta que la investigación de lo que debemos hacer va precedida y debe dar en lo principal por resueltas diversas cuestiones metafísicas vgr., un repertorio de los problemas de la existencia del hombre enfocados ontológicamente, la descripción y explicación de los diversas clases de objetos que se dan a la conciencia, una teoría del conocimiento de los valores, teoría de la persona, etc. La cuestión ética se plantea entonces así: en virtud de que el hombre se encuentra, en su existencia real, frente a tales cuestiones, «debe tomar la actitud que corresponde y proceder conforme a los principios que lo pongan en relación con la entidad misma que constituye sus problemas. Un fundamento distinto para la ética, es equivocado y carece de eficacia y de autoridad para solicitar nuestra adhesión. Descartamos desde ahora la posibilidad de fundamentar la ética en sí misma, en principios específicamente éticos. Una autonomía absoluta de la ética deja planteada siempre la pregunta con respecto a los fines últimos y supremos. Desde luego rechazamos también la pretensión de fundar la ética en hechos reales, en fenómenos, en hábitos, en

costumbres. Pretensiones de esta índole revelan claramente el desconocimiento absoluto de la intimidad de los problemas éticos. La dimensión en la que se producen los hechos a que se refiere la ética es la dimensión de la espiritualidad. En ella los hechos ciertamente son acogidos y estudiados, pero a condición de que se desentrañe su sentido. Más importante es éste que el hecho mismo. Puede decirse aún que en la ética el hecho se identifica con el sentido. La forma de realización es adventicia, se exterioriza según las circunstancias, y en algunos casos no llega a exteriorizarse, ya sea porque encuentra resistencias en las circunstancias materiales o sociales, ya sea porque estas resistencias provienen de la misma constitución caracterológica de los individuos. Por algo interesan a la ética las intenciones y en algunos casos las disposiciones mismas, es decir, lo que está detrás de las intenciones. Por otra parte lo que importa no es el hecho. Un ejemplo sensible, que aclara esta cuestión hasta la evidencia, lo tenemos en la caridad. El acto de ofrecer un auxilio a la persona que nos lo solicita, puede constituir caridad, puede ser el resultado de profundos sentimientos de amor a nuestros semejantes; y puede explicarse también por vanidad, por ostentación, por costumbre y hasta por egoísmo.

Si desplazamos el problema de la relación entre la metafísica y la ética al campo de lo psicológico, nos encontramos con la cuestión que consiste en discriminar lo que se debe a la actividad teórica y a la práctica. Es evidente que la metafísica implica en el sujeto el desarrollo opuesta en acción de la actividad teórica; mientras que la ética implica la realización de la actividad práctica. En esta forma no se puede dar solución acertada a las cuestiones que nos

plantea la ética; porque no es posible admitir la posibilidad de diversas modalidades de ética, esencialmente distintas entre sí. Pero tampoco se puede prescindir de una alusión siquiera al campo psicológico, a la constitución caracterológica de los individuos. En realidad las diversas modalidades de la constitución caracterológica, condicionan matices más o menos acentuados en la actitud y en la conducta ética; sin llegar a constituir diferencias radicales en cuanto a la esencia misma del fenómeno ético. La tradición del artista se califica éticamente de la misma manera que la tradición del sabio. La pureza o la inocencia del hombre sencillo valen lo mismo que cuando se presentan en mentalidades superiores, complicadas o estilizadas por la cultura. Por eso, la distinción que ha realizado el filósofo italiano Benedetto Croce, es admisible sólo desde el punto de vista empírico, como elegante distingo fenomenológico; pero no como base para una distinción radical, que nos precipitaría en el escepticismo. En la realidad, las esferas de lo teórico y lo práctico se complementan, se entrecruzan, se refuerzan recíprocamente. Un hombre real es al mismo tiempo teórico y práctico, piensa y actúa como una unidad. De todos modos, vale, como decimos por su elegancia y por su belleza, la distinción de Croce. "Una mirada a la vida que nos circunda — dice— parecería, sin necesidad de particular demostración, más que suficiente para revelar la realidad de un círculo de actividad práctica que se desenvuelve al lado de la teórica. En la vida se ven casi materialmente distintos a los hombres de pensamiento y a los hombres de acción, a los contempladores y a los operadores; a este lado, frentes amplias y ojos tardos y soñadores; al otro, frentes estrechas y ojos movibles y vigilantes. Poetas y filósofos a un lado. Al

otro, capitanes y soldados, de la industria, del comercio, de la política, de la milicia, de la Iglesia. Y como los hombres aparecen diversas sus obras. Mientras nos encontramos interesados en un anunciado descubrimiento de química o de física, o en una filosofía que viene a conmover viejas creencias, o en un drama, o en una novela que comportan un nuevo sueño artístico, súbitamente nos interrumpen y llaman nuestra atención espectáculos de muy distinta naturaleza: una guerra entre dos Estados a golpes de cañón y de tarifas aduaneras; una huelga colosal en la que millares de trabajadores hacen sentir al complejo social lo que valen por su número y por su fuerza y lo que su obra significa en el conjunto de la obra común... El hombre de acción siente repugnancia, de vez en cuando, frente a la orgía de sus esfuerzos volitivos y mira con envidia al hombre del arte y de la ciencia... Pero también el hombre contemplativo experimenta en ocasiones la misma repugnancia y la misma aspiración; y le parece estar ocioso donde tantos trabajan y sangran, y grita a los combatientes: ¡Dádme armas! y quisiera volverse minero con los mineros, navegante con los navegantes y emperador del carbón entre los reyes del carbón: empero «de todo esto no hace más que un libro o una bella canción».

La misma descripción empírica de Croce nos muestra el enlace entre ambas formas de actividad, la necesidad que tienen ambas de completarse mutuamente. En el ser humano real, como se ha dicho, lo teórico y lo práctico se dan unidos, aunque en diversa forma, claro está, según el tipo caracterológico respectivo. Así lo práctico del sabio es diferente de lo práctico del político, sin que pueda decirse que lo teórico no exista en el político ni que lo práctico sea desconocido por el hombre de ciencia. El estudio detenido de los diversos tipos caracterológicos que ha hecho Eduardo

Spranger, nos muestra claramente las diferentes formas que asume lo teórico y lo práctico en los diferentes tipos humanos.

Con esto volvemos al sujeto real y viviente de la investigación ética; el hombre, cuya comprensión debe intentarse desde un punto de vista integral. En otra forma obtendremos de él una imagen mezquina, que puede ser natural. Sólo la visión de conjunto puede conducirnos a la interpretación adecuada del ser humano total, de ese ser débil ilimitado en el tiempo, que desde el plano de su "infinita pequeñez", para usar la expresión Pascaliana, se eleva hasta la dignidad absoluta del que participa del dominio de lo absoluto, hasta la conciencia de quien realiza valores eternos y aún hasta la certeza y el asombro de quien descubre nuevas regiones de lo valioso.

La diafanidad de la conciencia ética no es permanente en la historia. Así se explican las crisis, los fenómenos de desorientación moral de la humanidad y desde luego la formación de sistemas éticos erróneos. Precisamente el hombre moderno está viviendo todavía una época de desorientación y de crisis. «Jorge Príncipe y Ginos» El diagnóstico de Nicolai Hartmann es muy interesante, por venir de tan alta y esclarecida mentalidad: "El hombre moderno, dice, no es solamente el que se apresura sin tregua; es también el embotado, el indiferente a quien nada eleva, interesa o llena interiormente. Para todo tiene una sonrisa de ironía o de cansancio. Para él es una virtud su estado de depresión moral. Su incapacidad para admirar, para sorprenderse, para entusiasmar, para respetar, es levantada por él hasta el plano de un hábito vital permanente y querido. El deslizarse indiferente sobre todo es un cómodo modus vivendi. Así le agrada a él encontrarse en la pose del que está enci-

ma de todo, y oculta en esta forma el vacío que se encuentra en su interior. Este pathos es típico. No aparece hoy en la historia por primera vez. Pero siempre que ha aparecido ha sido un síntoma de debilidad y de decadencia, del fracaso interior y del pesimismo general de la vida”.

A pesar del gravísimo contenido de verdad que encierra las aseveraciones de Hartmann, no debemos arribar a una conclusión pesimista y negativa. Las perspectivas de la cultura no están—como muchos han creído—agotadas. Hay siempre nuevos caminos que explorar y nuevos valores que descubrir y afirmar. No se puede llamar decadencia de la cultura a la mera imposibilidad de afirmar algunos valores tradicionales. En medio de la quiebra de valores consagrados por el respecto de muchas generaciones, van surgiendo nuevos y fecundos valores humanos, prestigiados por su vitalidad por sus virtualidades para satisfacer las nuevas exigencias que se presentan. Ni aún los conflictos armados, como ya se ha visto en anterior oportunidad, han conseguido extinguir y agotar la sabiduría de la cultura occidental. No podemos creer que la cultura se encuentre reducida a las obras de arte y a las ciudades que se destruyen por efectos de la lucha armada. Hay algo más que los hombres no alcanzan a descubrir en el breve lapso que dura la lucha y algo que por su naturaleza misma se encuentra al margen de los peligros, de las contingencias y de los desvaríos morbosos de la humanidad. Además la especie de hombre a que se refiere Hartmann no es el hombre actual: es el hombre ya viejo y sin esperanzas, el hombre del siglo XIX, cuya mentalidad flota todavía hecha trizas, en esta hora, quizás solamente para enseñarnos que la historia es una trama continua, que la voluntad humana no puede interrumpir.

ENRIQUE BARBOZA.

La Literatura Peruana Precolombina.

Monografía presentada por el Doctor Manuel Beltroy a la Sección Antropología del VIII Congreso Científico Americano de Washington, como miembro de la Delegación Oficial del Perú al referido Congreso.

I. LITERATURA, PRELITERATURA Y FOLKLORE

Una cuestión que ha interesado vivamente a los estudiosos de las antigüedades americanas y que ha sido objeto de apasionada controversia, desde que se reveló al mundo la existencia de las culturas del Perú, anteriores a su descubrimiento y conquista por los europeos, ha sido la del arte literario de los antiguos Peruanos, la de la autenticidad de sus pretendidos monumentos literarios y aún la de su aptitud para cultivar una literatura propiamente dicha.

Mientras unos—los panegiristas y devotos admiradores del Imperio del Sol y de sus predecesores—han afirmado, siguiendo a los historiadores clásicos del Perú antiguo, que éste no sólo poseyó una verdadera literatura, en consonancia con el alto nivel de su cultura, sino que alcanzó los géneros fundamentales literarios y dentro de ellos excelstitud comparable a la que lograron las naciones más adelantadas del Viejo Mundo; otros—los detractores y enemigos encar-

nizados del Incario y de los Imperios preincaicos— no han vacilado en sostener, apoyándose en argumentos de peso, como la carencia de escritura y la no supervivencia de composiciones literarias, en sentido estricto, la inexistencia de éstas y aún la incapacidad del pueblo indígena nuestro para producirlas, concediéndole apenas la de forjar la materia prima que elaboran todos los pueblos prehistóricos: el folklore literario.

Entre ambos bandos se sitúan los que distinguen, a la luz de la información histórica más fidedigna, como el doctor Jorge Basadre en su sustancioso estudio *En torno a la Literatura Quechua* (1), al lado del referido folklore literario, que él llama “literatura oral popular”, producto espontáneo e ingenuo de la masa popular y reflejo de sus ocupaciones y creencias, “un tesoro cultural, más o menos rico”, patrimonio de los Incas, “que correspondía a su peculiar interpretación del mundo y de la vida y que se refería primordialmente a su propia historia” y que en su concepto constituyó una literatura, aunque con ciertas restricciones que apunta “y advirtiendo que esta situación especial en que se hallaron los Incas construyó la diferenciación o el desarrollo pleno de los géneros literarios”.

Las tres posiciones enunciadas corresponden respectivamente a las tres etapas que ha recorrido cronológicamente la crítica histórica, aplicada no sólo a nuestro arte antiguo sino a todo el conjunto de nuestra realidad social.

Al comienzo, la imaginación excitada de los conquistadores (militares, religiosos, juristas) y la ingenuidad medieval de los cronistas, nuestros Froissart, Villani y Mandeville, asimila a los indios del Nuevo Mundo a los orientales, y les aureola con el halo romántico que aquellos primi-

(1) Revista “Sphinx”, No.

tivos historiadores europeos prestaron a indios, persas y chinos.

Así empieza la leyenda dorada del Antiguo Perú con Garcilaso Inca de la Vega, que gloriándose de su estirpe incaica, enaltece la cultura de los Incas, rindiendo tributo al romanticismo exoista del Renacimiento. Y asimilando al arte literario del Oriente y Europa las producciones literarias incipientes del indio, encuentra en ellas una épica, una lírica y hasta una dramática, sin olvidar una didáctica, una oratoria y hasta una filosofía.

Pero no bien sentada la tesis suscita lógicamente la antítesis. En los propios cronistas de Indias encuentra el impugnador del Incanato sombras para obscurecer los arreboles de ese Eldorado literario, empezando por la afirmación casi unánime de aquéllos de que los Incas no poseyeron escritura (pues el propio Montesinos que asegura que los Preincas la tuvieron, dice que la perdieron y los otros narradores que parecen referirse a alguna especie de escritos, apenas aluden a pictografías o a signos de comunicación no artística). Y se reafirma en su impugnación, cuando, confrontando las aseveraciones de aquellos historiadores acerca de la existencia de los principales géneros literarios en el Tahuantinsuyo, con los escasos fragmentos que traen en sus textos o con las dudosas supervivencias de tales composiciones en el folklore, encuentra aquellos asertos injustificados, pues tales muestras sólo constituyen a su juicio mero material folklórico, sin concepción ni elocución propiamente literarias.

Las opiniones extremas acaban por armonizarse en un término medio. Los argumentos en pro y en contra pueden conciliarse en una visión sintética que los abarque. El estudio desapasionado de la realidad peruana precolombina,

el descubrimiento de nuevas fuentes de investigación, el análisis más científico y concienzudo de las anteriores, la aplicación de nuevos métodos de investigación histórica y de crítica literaria tal vez permitan dar razón al mismo tiempo a los más irreductibles antagonistas y sostener, sobre fundamentos sólidos, la opinión sintética de que en tiempo de los Incas y acaso de los civilizadores que les acompañaron o les precedieron, floreció un genuino arte literario, aunque incipiente y no bien diferenciado, en las altas esferas palatinas u oficiales, mientras en los bajos fondos populares discurría, como los arroyos de las quebradas de su tierra, un caudal folklórico en cuyas aguas se mezclaban y confundían himnos épicos, plegarias religiosas, cantos de faenas, cantares de amor, cuentos míticos, apólogos, sentencias y danzas semidramáticas. Y para que se dieran ambas manifestaciones literarias de los Peruanos de ayer no habría sido indispensable una escritura, ya que ellas sólo requieren el instrumento de la tradición oral.

II. TESTIMONIO DE LAS FUENTES DE INVESTIGACION

«Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

La existencia de una actividad literaria, en sentido lato o estricto, entre los antiguos Peruanos, se nos revela por dos vías: la de los documentos escritos, en que se incorporó la tradición oral recogida por los historiadores coloniales, y esta misma tradición oral, superviva y flotante, a manera de los restos de un gran naufragio, según la expresión de Markham, en las ondas del folklore de nuestros indígenas.

La primera está constituida por el conjunto de las narraciones de los cronistas coloniales o historiadores de Indias, agrupados según su profesión principalmente en militares, religiosos y juristas y, según el tiempo y el grado de su información, en narradores de primera mano (ya fueren

testigos oculares o primeros inquiridores de los hechos que relatan) y narradores cuyos relatos se fundan en otros anteriores, a lo largo de los tres siglos del Coloniaje. Por los textos didácticos, ya sean gramáticas o catecismos. Y por ciertos monumentos literarios de carácter mestizo y mixto, pues son, por lo común, obra de indoespañoles o hispanoindios e involucran en formas literarias modernas y escritas— en lengua quechua, por lo general—viejo material folklórico, preliterario o literario del pueblo tanhuantinsuyense, transmitido desde los siglos precolombinos en alas de la tradición oral.

Constituye la fuente folklórica el copioso y riquísimo caudal en que se confunden y entreveran con productos que nada tienen que ver con el arte literario, manifestaciones y expresiones de este arte, o, mejor y en su mayor parte, materiales para su creación, algunos de los cuales parecen deshechos o rezagos de verdaderos monumentos de literatura, que al arruinarse la sociedad que los forjó, retornan a su matriz, fragmentarios y desfigurados, como recae en el crisol para retundirse con el material que sale de la ganga, el metal de viejas orfebrerías, trabajado por antiguos y ya olvidados orífices.

La fuente documental ofrece, en sus tres aspectos enunciados—de historia, de doctrina y de literatura—tres clases de elementos para el conocimiento y el estudio de nuestras antigüedades literarias precolombinas: *noticias y datos* acerca de éstas (informaciones referentes a géneros poéticos caracteres e índole de la poesía, institución de colegios de poetas, instrumento lingüístico-literario, trabajos y ritos de donde manaron los cantos, mitos, fábulas, leyendas y hechos históricos que fueron materia de éstos, y otras circunstancias); *tratados* acerca de las lenguas nativas, principalmen-

te el quechua, el aimara o colla y el mochica, que sirvieron de vehículo de expresión a esa actividad literaria; y un conjunto de *composiciones* semiliterarias, preliterarias o plenamente literarias en que parece manifestarse, en forma pura o mestizada, auténtica o hechiza, el espíritu y el genio de las razas del Perú prehispánico.

Las Crónicas de Indias—denominación genérica con que se designa la suma, de narraciones historiales, de informaciones geográficas, políticas y administrativas, de relaciones de viajeros, de cartas de funcionarios y de compilaciones de juriconsultos—ofrecen en sus páginas, al lado de noticias muy diversas e interesantes acerca de la actividad literaria de los antiguos Peruanos, textos literarios, completos o fragmentarios, en quechua y castellano principalmente, cuya composición atribuyen a los viejos *amautas* y *haravecs* (sabios y poetas) imperiales, y un acervo de tradiciones, mitos y fábulas que parecen materia épica o épico-lírica muy antigua, desleída en la prosa artística o pedestre de las Crónicas.

Esas narraciones nos refieren—bebiendo sus noticias en la fuente primaria de los Incas y sus servidores o repitiendo las posteriores a las primeras—que en el Perú anterior a la llegada de los Españoles—dominio de las culturas incaica y preincaica—existió un arte poético desarrollado; que la lengua que sirvió de instrumento a ese arte fué la general del Imperio o *runa-simi* (aunque algunos opinan que fué la hermética o gentilicia de la aristocracia); que los monarcas peruanos instituyeron colegios de vates o cantores oficiales, encargados de componer cantos historiales para perpetuar, embellecer y glorificar las hazañas de esos soberanos y de sus antecesores, así como los fastos memorables de sus reinados; que los referidos poetas palatinos tenían tam-

bién el encargo de componer himnos y poemas líricos para acompañar las ceremonias religiosas y las grandes festividades imperiales; que asimismo los Incas poseyeron una poesía dramática, dividida en los dos géneros mayores de la tragedia y la comedia, cuyos asuntos eran respectivamente militares y políticos y agrícola-pastoriles; que tuvieron teatros para sus representaciones; que los actores eran gente de la nobleza; que toda esa poesía se mantenía y se transmitía de generación en generación por medio de la tradición oral y de los cordeles anudados de los quipus, de que se encargaban respectivamente los amautas y quipocamayos; que tales poemas y representaciones se acompañaban con músicas, cantos y danzas, cuyas especies enumeran y explican, vinculándolas a las faenas de la agricultura y a los ritos del Imperio; que el pueblo común tenía también su poesía, que íntimamente unida a cantares y bailes, amenizaba el trabajo de la tierra y servía principalmente a manera de rito propiciatorio para con las deidades agrarias; que tanto esta poesía popular como aquella aristocrática estaban íntimamente unidas a un arte musical, cuyos instrumentos describen.

Estos mismos documentos nos presentan un breve repertorio de himnos religiosos, plegarias, endechas de amor, cantares agrarios, poemas épico-líricos, íntegros o mutilados; cuentos; fábulas míticas y leyendas históricas que parecen épica arcaica, tiradas de gestas primitivas, traducidas y personificadas en una jerigonza hispano-quechua, materia épica trasladada del verso irregular del *haravec* o del *amauta* informante a la prosa desmañada y ríspida del historiante guerrero, fraile o funcionario.

¿Qué valor poseen esas noticias y estos materiales poéticos? En caso de ser auténticos unas y otros, ¿bastan para

probar plenamente la existencia de una verdadera literatura en el Antiguo Perú o simplemente dan fe de que los Peruanos precolombinos alcanzaron a expresar en sus lenguas la materia prima del arte literario que es el folklore?

La crítica histórica y la crítica literaria no han pronunciado todavía su veredicto definitivo acerca de la autenticidad de las informaciones de los historiadores coloniales, ni respecto a la calidad estética del material poético que traen sus textos. Es verdad que mucho se ha avanzado en la justipreciación de las crónicas principales y del mérito testimonial de los cronistas mayores, como Garcilaso, Cieza y Sarmiento de Gamboa; pero aún faltan elementos de juicio para emitir un fallo decisivo, elementos que deben aportar las investigaciones de las Ciencias Antropológicas, como la Arqueología y la Filología, las cuales ya empiezan a proyectar cierta luz en este orden de estudios.

Los libros didácticos de la Colonia (gramáticas, vocabularios y catecismos) cumplen el servicio importante, los dos primeros, de estudiar la estructura y la índole del instrumento lingüístico (lenguas indígenas) en que se ejerció esa actividad artística o preartística; de permitir observar, los últimos, la curva de la evolución de esas lenguas y de comprobar su riqueza y maleabilidad, su aptitud para servir de vehículo a elucubraciones abstractas y superiores, sin desfigurarse ni perder su carácter. La confrontación de sus datos con los que proporciona el estudio de la vieja lengua popular, aún hoy viva y fecunda—aunque modificada y mestizada—, promete dar resultados hagueños en lo tocante a la indagación de una literatura peruana nativa.

Merecen lugar aparte y destacado en la fuente documental algunas piezas dramáticas, en que se hermanan en diverso grado y proporción, materiales provenientes de las re-

presentaciones imperiales del Tahuantinsuyo, al parecer plasmados por, y vaciados en, los moldes del teatro religioso español del Renacimiento y que se escalonan desde los días de la Conquista hasta los últimos años del Virreinato, constituyendo un teatro mestizo *sui generis*: el teatro llamado hispanoindígena.

Entre estas descuella el drama *Ollanta*, revelado al mundo culto a principios del siglo XIX y que ha sido causa y objeto, desde que fué conocido, de viva y copiosa controversia, por ser, sin disputa, el más acabado y perfecto monumento literario compuesto en lengua quechua y sobre asunto indígena, no sólo del Perú sino de América, ya fuese creado por un poeta quechua en los días imperiales o forjado por un español quechuista, con materiales incaicos o preincaicos, en los siglos coloniales.

Después de fluctuar durante un siglo entre la tesis de la autenticidad nativa y la de la españolidad de este drama de amor y guerra compuesto en las nítidas y expresivas estrofas y en los clásicos versos del *runa-simi*, la crítica se inclina actualmente, a base del estudio concienzudo del argumento de esa obra, de su estilo, de las características gramaticales de su lengua y a la luz de las investigaciones históricas y arqueológicas más recientes, a mirarlo como producto de una refundición o remodelación de ingredientes dramáticos precolombinos en el crisol de la dramática española renacentista y clasicista.

Tal como se nos presenta en los varios códices que lo encierran, cuyas discrepancias versan apenas sobre el vocabulario y la gramática del texto, el *Ollanta*—la leyenda del caudillo militar que, rechazado en su petición de la mano de princesa imperial con quien ya se ha desposado secretamente, se insurge contra su legítimo soberano, poniendo en peli-

gro el trono, y, a la postre, vencido por ardid, es perdonado y agraciado con el Virreinato y con la legitimación de su unión sacrílega—sería el resultado de la incorporación de antiguas escenas dramáticas en una serie de estructuras teatrales que finalmente cuajaron en el marco en que han llegado hasta nosotros. A modo de taraceas en un mueble fabricado con maderas de distintas procedencias, resaltan en este drama algunas composiciones líricas de carácter folklórico, pertenecientes al género de las endechas pastoriles de amor. La lengua en que está escrito, en el código único que poseemos, el de Valdez o Justiniani, es la general del Inca-rio, lo que se hablaba en los días áureos de éste, lo que induce a creer que o bien el drama fué escrito a raíz de la Conquista, cuando aún se conservaba aquella lengua en su pureza, o que, habiéndolo sido posteriormente, el quechuísta que lo redactó logró aprender esa lengua pura de boca de los descendientes de la nobleza incaica o de sus poetas y analistas, amautas o quipocamayos.

Los otros dramas son, a todas luces, composiciones coloniales, escritas en quechua y sobre temas o argumentos indígenas. No pertenecen, pues, a la literatura precolombina; pero constituyen una prolongación de su estilo y de sus formas lingüísticas y gramaticales, aunque obedezcan a un propósito de edificación cristiana. Su molde es la alegoría, en cuyo marco se mueven personajes indios y españoles y su modelo son los autos sacramentales, el género literario que sirvió de instrumento por excelencia a evangelizadores y catequistas para ganar las almas y los corazones de un pueblo preparado por su educación dramática para colaborar en esa tarea de evangelización teatral.

La fuente folklórica u oral abarca el conjunto de narraciones míticas y legendarias, cuentos, apólogos, refranes,

plegarias, conjuros y principalmente cantares de amor y canciones destinadas a acompañar las faenas agrícolas y pastoriles y a realzar los ritos y ceremonias de las festividades domésticas y públicas del Imperio; cantos éstos que están inseparablemente unidos a la clásica música instrumental indígena y a sus danzas y coreografías, que perduraron en alas de esa música y de la tradición oral.

Nos brinda esta fuente materiales de valor, tiempo y procedencia diferentes, de difícil discriminación y clasificación, en quechua, aimara, castellano, en una mezcla de estas lenguas y en los demás idiomas que se hablan en el área que cubrieron las culturas peruanas antiguas.

En primer lugar, encontramos allí producciones netamente indígenas, por su fondo, su estilo y su lenguaje, que parecen supervivencias de la época prehispánica y entre las cuales tal vez pueda discernirse composiciones de origen aristocrático —sacerdotal o profano— arrastradas por el caudal popular, al arruinarse el Imperio.

Hallamos, luego, productos de evidente mestizaje, por la concepción y las formas idiomáticas, los cuales pertenecen, por lo tanto, a la literatura indígena colombina; pero que involucran y asimilan a las modalidades de la nueva época materiales de la antigua: conceptos, sentimientos, metáforas, giros, construcción gramatical, siendo así, en el fondo y a pesar de su carácter mixto, prolongación de la vieja poesía nativa.

Descubrimos, finalmente en ese río formado por mil afluentes y que se dispersa en mil brazos, frutos de cepa española, en lengua castellana y quechua, forma lingüística esta última que suele disfrazar el carácter extranjero e importado de tal producción.

En esta corriente poderosa, vasta y profunda, dos fuer-

zas o influencias que obran en sentido contrario, desde el momento mismo de la Conquista, aceleran o contrarrestan la fusión o el mestizaje del ingrediente popular nativo con el hispano o europeo, los aportes indígenas folklóricos o pre-literarios antiguos y modernos con las contribuciones extranjeras modernas, en un flujo y reflujo indigenizante y europeizante.

Asimismo, en este caudal caen y se refunden elementos plenamente literarios de fondo y forma, que lo enriquecen; y de él nace y se forma pingüe materia prima para el artista literato, doble proceso que constituye el ritmo eterno de todas las lenguas.

Si la fuente documental o histórica es de primera importancia para la indagación de la actividad literaria de los antiguos Peruanos, porque en ella se encierran los testimonios de éstos mismos y los de sus conquistadores, depositarios y testigos oculares de la historia de las culturas indígenas de nuestro país; la folklórica u oral tiene no menos valor para el que investiga la expresión artística de nuestros aborígenes en los tiempos prehispánicos, puesto que es el reservorio inmenso donde se viene y almacena el torrente de la ciencia y el arte popular en sus diversas formas y expresiones.

Pero así como los datos que aquélla suministra deben ser objeto de un análisis severo que dé a los testimonios e informaciones de que provienen el valor histórico que en realidad poseen y que permita establecer sobre tal base conclusiones firmes; de igual modo el acervo cultural que el folclore acopia ha de ser deslindado, clasificado y avaluado por el antropólogo, el historiador y el crítico de la literatura, si se quiere encontrar en él reliquias auténticas de un arte, cuya existencia aún está en tela de juicio, y abandonar el

terreno de las afirmaciones infundadas del empirismo en pro o en contra de aquélla.

Hasta ahora no se ha emprendido entre nosotros ningún trabajo verdaderamente científico de recopilación, análisis y avalúo del inmenso almacigo y depósito de la ciencia y la literatura popular indígena, en donde sigue retoñando en medio de la fronda de importación europea, una flora autóctona tan abundante y rica como la que crece arraigada en las vertientes y en los valles andinos.

Las recolecciones que poseemos son hacinamientos, obra de aficionados, en donde se entreveran en confusión lamentable, materiales de la más diversa procedencia y calidad, realizadas por puro recreo, o para servir finalidades ajenas a la investigación científica.

El único trabajo digno de consideración a este respecto es el libro de los esposos D'Harcourt, *La Musique des Incas et ses survivances*, que, aunque se ocupa en el arte musical del Perú antiguo, dada la vinculación inseparable en culturas como las Peruanas precolombinas de la música y la poesía, estudia la materia y las formas de ésta al analizar las de aquélla en una recopilación de melodías populares del Perú, Ecuador y Bolivia, realizada por los autores.

En la clasificación que estos investigadores hacen del material por ellos recogido, según el método analógico y comparativo, distinguen, a la luz del análisis que hacen de su contenido, de su estilo y de su versificación, poesías precolombinas, coloniales y republicanas y géneros líricos que asimilan a los de la poesía subjetiva de Occidente, como himnos, elegías, canciones de amor y campestres, epitalamios, cantos de despedida y cantares destinados a acompañar la música instrumental y las danzas.

No obstante que la mayor parte de las ciento y tantas

composiciones que forman esta colección pertenecen a tiempos post-incaicos, como lo revelan los elementos españoles y criollos de su contenido y de su vocabulario, tienen colorido y sabor poético manifiestamente indígena, vibran a tono con la gama tierna y apacible de las melodías con que se hermanan, y su estilo sobrio e ingenuo delata su proveniencia andina y su primitivismo: aunque no hayan sido compuestas durante el Incario o en siglos anteriores, arrancan de la vena lírica de aquellos tiempos y la prolongan hasta nuestros días.

Es interesante comparar estas poesías líricas con las del mismo género que encontramos en las Crónicas. La fuente documental nos ofrece ejemplares de las mismas especies que la folklórica: himnos religiosos, endechas, cantos de amor y de faenas rurales, relatos míticos, apólogos, cuentos y sentencias; pero con mayor elaboración y en forma más literaria, como es natural tratándose de una versión escrita.

La diferencia capital entre el aporte de una y otra fuente estriba en que el del folklore se reduce casi únicamente a textos del género lírico y a las especies menores épicas, como el cuento y el apólogo, mientras que el documento escrito contribuye principalmente con materia de la epopeya y del drama, lo cual se explica perfectamente si se considera que aquellos géneros perduran en la masa popular por vincularse a sus faenas, creencias y supersticiones, y que la épica y la dramática perecen y se pierden al arruinarse los Imperios, cuyas clases sacerdotales y letradas las forjan y las mantienen. Así las canciones de amor y de trabajo, los relatos de la vida corriente y las fábulas, en que se expresan la experiencia y la moralidad popular, se conservan con el pueblo y con su lengua; al paso que los cantos épicos, que encierran la historia transubstanciada en materia mítica y

legendaria, elaborada por poetas palatinos, en cumplimiento de un servicio oficial, lo mismo que las escenas dramáticas, se extinguen y desaparecen con las aristocracias en cuyo ambiente viven.

II. EL PRETENDIDO PROBLEMA DE LA ESCRITURA

Las informaciones de los historiadores más fidedignos y las indagaciones de los antropólogos no permiten sostener sobre base firme la tesis de que existió una escritura propiamente dicha en el antiguo Perú. Los propios cronistas, que parecen hablar de escritos entre los Peruanos precolombinos, como Acosta, Cobo, Santa Cruz Pachacuti, Sarmiento y Cabello Balboa, o se refieren a simples pictografías y pinturas, o a los quipos. Montesinos es el único historiador español de Indias que nos dice en sus *Memorias Historiales y Políticas*, que en el Imperio preincaico que rigieron los Piruas y los Amautas, de quienes trae la famosa lista de más de sesenta soberanos, los maestros enseñaban a leer y escribir; que la escritura se hacía en hojas secas, que llamaban *quillas* y que ésta se perdió durante el reinado de Pachacuti Sexto, a consecuencia de la prohibición que de su empleo hizo dicho Monarca por haber declarado los oráculos que las calamidades que asolaban su reino a la sazón provenían del uso de letras.

Esta aseveración excepcional del licenciado osonense no reposa en ningún fundamento sólido, ni está corroborada por los documentos arqueológicos. Por severa que fuese la orden del Chi-Huang-Ti preincaico y por grande que hubiese sido la destrucción de los "pergaminos" de los escribas peruanos, siempre habría sobrevivido a la persecución imperial un arte tan importante para las funciones del gobierno y para la cultura, como ocurrió en el Celeste Im-

perio en análogas circunstancias; y seguramente pudo escapar al celo de los ejecutores de orden tan severa algún ejemplar de esos curiosos papiros, en donde una escritura ideográfica, jeroglífica o fonética nos hubiera conservado, en las entrañas de alguna huaca, los pensamientos y reflejo de la vida de nuestros antepasados. Por lo demás, sabido es lo dudoso de las fuentes en que bebió Montesinos sus informaciones, así como la facilidad y ligereza de este cronista para prohijar y presentar como verídicas las noticias tomadas de esas fuentes.

En cuanto a los quipos, arqueólogos e historiadores concuerdan en considerarlos como instrumentos de estadística y de administración; de conservación y archivo de recuerdos; como sostenes y marcos de la tradición oral, vehículo a su vez de la historia, la religión, la enseñanza y la poesía; y en manera alguna como forma cualquiera de escritura, ya que ésta es siempre un sistema de signos que representan ideas, cosas o sonidos, y los cordeles anudados y coloreados de los quipos son en opinión de los peritos, nada más que especies de ábacos o rosarios o contadores, cuyas cuentas sirven de ayuda a la memoria; pero no simbolizan ni significan ideas ni palabras.

Pictografías y petroglifos constituyen, en cambio, un comienzo de lenguaje cifrado, un rudimento de escritura; pero nada autoriza a creer, como afirman ligeramente algunos autores, que fuese efectivamente instrumento gráfico de las hablas del Perú prehispánico ni mucho menos vehículo de expresión de un arte literario, por elemental que lo juzguemos.

El que los peruanos precoloniales careciesen de escritura, no impidió que tuviesen aptitudes para cultivar el arte literario y que aún hubiesen llegado a producir uno propio; pero, a causa de la poquedad de expresión y de evolu-

ción intelectual que supone esa carencia, tal arte hubo de ser por fuerza rudimentario e incipiente, simple o rudo, hecho de imágenes vivas y concretas más que de ideas abstractas, vaciado en composiciones igualmente sencillas y directas, ni más ni menos que nos lo exhiben las escasas muestras de las Crónicas de Indias y copiosamente el folklore, que conocemos.

Y aunque la fuente folklórica se hubiese extinguido con el pueblo que la alimenta y no hallásemos en ningún documento dato alguno ni texto de la actividad literaria de las antiguas gentes del Perú, todavía tendríamos fundamento para sostener que esas gentes pudieron y debieron ejercer aquella actividad, ya sea en la forma inicial de un mero folklore, de una preliteratura o de una literatura, por analogía con lo que nos revela la prehistoria de las razas y culturas en igual grado de evolución que las peruanas.

III. CONCLUSIONES PROVISIONALES

Si hemos de deducir algunas conclusiones provisionales de esta ojeada somera lanzada al panorama de la Literatura Peruana Precolombina, y en especial, a las fuentes de su estudio, a la luz de las investigaciones de las ciencias históricas y antropológicas, esas serán las siguientes:

a) Las fuentes de la historia y de la cultura del Perú Antiguo (los documentos escritos coloniales, en castellano y en lenguas indígenas, y la poesía popular oral) con sus noticias y sus materias poéticas, debidamente autenticados y analizados, permiten afirmar que en nuestro país, antes de la llegada de los europeos, hubo un arte literario incipiente, que se expresó principalmente en las dos lenguas generales precolombinas: el quechua y el aimara o colla y

acaso en una lengua cortesana hermética, que no hemos alcanzado a conocer:

b) Ese arte literario incipiente de los antiguos peruanos se manifiesta, según el testimonio de las referidas fuentes, bajo dos formas y en dos grados diferentes de desarrollo, que se dan sucesiva y simultáneamente: 1) una literatura rudimentaria, inicial, que llamamos Preliteratura, creada en las esferas aristocráticas de los Imperios antiguos por poetas palatinos, que elaboran y refinan la materia prima del folklore literario, adaptándola a los fines cortesanos y oficiales; y 2) el mencionado folklore literario, constituido por materiales literarios, forjados espontáneamente por el pueblo, desde tiempos inmemoriales;

c) En la mencionada Preliteratura empiezan a diferenciarse una poesía épico-lírica mítico-histórica, una coreografía dramática y una didáctica, que revistió las formas de la sentencia y del apólogo;

d) La poesía popular produjo un conjunto de mitos, cuentos y cantos, asociados a las manifestaciones de la vida religiosa del pueblo nativo y a los fastos y tareas de su vida ordinaria e íntimamente unidos a su música y a sus danzas, mediante las cuales han supervivido, aunque modificados hasta nuestros días;

e) Ambas ramas de esa antigua poesía peruana se desarrollaron sin necesidad de una escritura, en alas de la música y del canto, y se conservaron por tradición oral, espontáneamente en el bajo pueblo y en forma organizada, mediante los colegios de *amautas* (poetas) y *quipocamayos* (cronistas y archiveros), en las esferas de la aristocracia;

f) Al perecer el Imperio Incaico y desaparecer con él sus colegios de poetas y cronistas, la poesía incipiente que forjaron y conservaron éstos, o se perdió con ellos o se con-

servó en parte sin alteraciones o se mantuvo, adulterada, en su contenido y en su forma, a influjo del mestizaje cultural y lingüístico, cayendo en el cauce del folklore;

g) La poesía nativa precolombina, al mezclarse con la española, produjo una poesía indohispana, que se manifiesta en los géneros épico, lírico y dramático, en lengua quechua y castellana, en los cuales prolonga su espíritu y sus temas;

h) Gracias a la persistencia de las lenguas nativas, en especial de la quechua, ésta ha podido conservar supervivencias de la antigua poesía peruana, en medio de las producciones de la nueva poesía indígena, que se expresa en las referidas lenguas.



MANUEL BELTROY.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

¿Cómo se debe leer a Kant?

Hace algunos decenios, salvo conocidas excepciones, se consideraba en Latinoamérica, y en especial en nuestra Patria, que la Filosofía era simplemente una disciplina de lujo, un elemento adicional de una sólida cultura. Filosofar era un pasatiempo interesante, que podía realizarse de vez en cuando, pero que ningún significado tenía como disciplina medular. El pensamiento filosófico era contemplado como algo lejano, que se elaboraba en otros países, y que no tenía ninguna importancia para el desarrollo cultural del país. A nadie se le habría ocurrido tomar a la Filosofía como meta máxima de su actividad. La Filosofía no era sinónimo de esfuerzo continuado y metódico, de investigación penosa. Era más bien conversación fácil, adorno personal, discurso florido y vivaz.

Hoy el panorama es completamente distinto. En México y Argentina, hay ya hombres que dedican su vida al conocimiento filosóficamente enfocado. En nuestro Perú mismo, se empieza a ver toda la importancia de los estudios filosóficos, y se comprende por fin, que para que se logre una verdadera cultura, y por lo tanto un país con personalidad definida, es necesario atacar con decisión y energía los grandes problemas de la Filosofía. Se vislumbra ya con cierta claridad, que Filosofía no es adorno de salón, sino esfuer-

zo integral hacia una culminación de sentido. Se empieza a creer que hacer Filosofía no es hacer bonitos juegos de palabras, sino dedicarse intensamente al análisis de los grandes problemas que se plantea la humanidad, y basándose en las grandes tradiciones de la cultura, tratar de ofrecer los resultados del esfuerzo personal por resolverlos, en la medida de las propias posibilidades. La Filosofía no es considerada ya como una inspiración literaria, sino como una conquista científica, tal vez menos segura que las conquistas de la Ciencia positiva, pero tan penosa y de tanta significación social como aquellas.

Influir en el desarrollo y crecimiento de esta nueva actitud es la finalidad del presente artículo.

Para ello hemos tomado un párrafo de la Crítica de la Razón pura,—libro filosófico por excelencia—obra que según creemos es el mayor representante de aquella actitud que toma a la Filosofía como esfuerzo encaminado hacia logros científicamente fundamentados. Nuestra intención es mostrar, como un pequeño párrafo puede ser objeto de grandes dificultades y de tremendos esfuerzos. Y sobre todo, cómo en Filosofía no se puede proceder con rapidez y abandono, sino que hay que someter el espíritu a una continuada tensión. Solo esta tensión y este esfuerzo, permiten adentrarse en el sentido de las grandes obras, y hacen posible ver sus aciertos, sus errores y sus posibilidades de superación. Y es que la Filosofía se ocupa de problemas de tal importancia, de un sentido tan profundo y fundamental para el hombre, que sería un verdadero desacato creer que se trata de una disciplina fácil y sin ninguna importancia.

El párrafo en cuestión es el primero de la introducción a la Crítica en su segunda edición, y es en nuestro concepto

uno de los más importantes y profundos de todo lo que se ha escrito en Filosofía hasta el presente.

Dice así:

“No se puede dudar que todo nuestro conocimiento empieza con la experiencia; pues de otra manera, ¿por qué medios podría excitarse nuestro poder de conocer, si no fuera por medio de objetos que impresionan nuestros sentidos, y que en parte producen ellos mismos representaciones, en parte provocan en nuestra actividad cognoscitiva la tendencia de compararlas, unir las o separarlas suscitando de este modo, la elaboración del material bruto de las impresiones sensibles que da por resultado un conocimiento de los objetos, que se llama experiencia?”

Por ser el primer párrafo de la Introducción, por las palabras que emplea, por la manera como desarrolla la cláusula, no se puede dudar que nos hallamos ante pensamientos fundamentales.

Lo primero que notamos es la afirmación de que todo nuestro conocimiento comienza con la experiencia. Esta primera frase es de hecho un rechazo del idealismo (1). En efecto si se acepta que el comienzo del proceso cognoscitivo, para tener lugar, deba comenzar con la experiencia, se niega de hecho que haya conocimiento independiente de ella, no en el sentido de creación que sobrepase toda experiencia, sino en el sentido de funcionar sin excitante previo, que no dependa de una propia ponencia subjetiva.

La afirmación además—y este es uno de los caracteres más interesantes de la Filosofía kantiana—lleva su prueba

(1) Hay que tener en cuenta que los partidarios de la interpretación idealista de Kant, se basan fundamentalmente en la segunda edición. Este párrafo pues serviría de prueba contraria a dicha interpretación.

o justificación. La segunda frase del párrafo nos hace ver que, si nos queremos explicar el comienzo del funcionamiento cognoscitivo, debemos suponer la existencia de objetos que impresionan nuestros sentidos. Nada funciona sin una causa o un estímulo. Aceptar que la facultad de conocer puede ejercerse por sí sola, sin recurrir a la experiencia sería aceptar un efecto sin causa, o por lo menos, si se aceptase la causa, tendría que ser una causa extraña y artificiosa, como por ejemplo, el poder creador de la consciencia, o la armonía preestablecida, etc. Mucho más fácilmente se explica el fenómeno, aceptando que hay estímulos externos que excitan con sus impresiones, nuestra facultad de conocer; hecho que por lo demás, es evidente al sentido común.

En la tercera frase del párrafo, vemos, que Kant atribuye al conocimiento un doble aspecto, empírico y racional o supraempírico. El aspecto empírico, es la necesidad de que haya impresiones para que se suscite el poder de conocer. El aspecto racional estriba en la actividad del entendimiento, mediante la cual, las representaciones producidas por estas impresiones son comparadas, unidas y separadas.

Vemos en este reconocimiento de los dos aspectos del conocer, un logro definitivo de la Epistemología. Es tal vez uno de los aportes kantianos más firmes e importantes, y el que ha tenido más influencia en las posteriores escuelas epistemológicas. En esta frase se halla una de las síntesis más formidables de toda la historia de la Filosofía: la síntesis del empirismo y del racionalismo. En ella se nota a la vez la influencia de Hume y de Leibniz, y la superación de ambos.

A primera vista, parece que se hubiera terminado el análisis del párrafo que desde un comienzo, se presenta sustancioso, pero preciso y definido. Sin embargo al llegar

a la última frase, tropezamos con serias dificultades: "en parte provocan en nuestra actividad cognoscitiva, la tendencia de unir las, y de esta manera, la elaboración del material bruto de las impresiones sensibles que da por resultado un conocimiento de los objetos, que se llama experiencia".

¿Qué notamos de sorprendente en esta frase?

Parece haber una contradicción con lo que se dijo al principio: "No cabe duda que todo nuestro conocimiento empieza con la experiencia".

En efecto si el conocimiento empieza con la experiencia, mediante la captación de las impresiones sensibles, y luego el entendimiento interviene para elaborar estas impresiones y presentar un producto acabado, ¿cómo es posible que el conocimiento termine con la experiencia?

¿Es decir que después de la unión, comparación, separación, etc., de las impresiones sensibles, se volvería sobre ellas, y el conocimiento no hubiera logrado, sino volverlas a presentar, tal vez en otra forma, pero siempre en su multiplicidad concreta e individual?

Kant jamás pretendió tal cosa. De la lectura misma del párrafo se desprende esta certidumbre.

Sólo nos queda entonces, llegar a la conclusión de que Kant emplea la palabra experiencia en dos sentidos distintos.

El primer sentido vendría a ser el de representación concreta e individual (material bruto) y el segundo sería el de conocimiento logrado.

La primera clase de experiencia sería una experiencia de datos, de representaciones independientes de nuestra facultad racional. La segunda, sería una experiencia de productos, de construcciones, a base de los mismos, pero com-

pletamente distinta a ellos. Entre ambas experiencias existiría la misma diferencia que hay entre los ladrillos con que se construye una casa y la casa misma. Esto puede comprobarse si se lee el primer párrafo de la introducción de la primera edición:

“La experiencia es sin duda el primer producto que produce nuestro entendimiento, en cuanto elabora el material bruto de las sensaciones”.

La experiencia en el segundo sentido, que por ser el término del proceso cognoscitivo es el más importante, es pues un producto, una elaboración. La primera edición lo indica claramente.

¿Por qué Kant oscureció el sentido de esta lacónica frase?

Nosotros vemos dos razones. En primer lugar Kant, después de terminar la corrección de la primera edición, corrección que estuvo sobre todo encaminada a hacer resaltar con más precisión la intervención del entendimiento en la elaboración de la experiencia (en el segundo sentido) se dió cuenta que la nueva presentación de su obra, podía ser objeto de interpretaciones idealistas. Por esta razón quiso realzar el papel de la parte no elaborada, no construída, mejor dicho, no dependiente de nuestro entendimiento. Esto no está claramente expresado en el primer párrafo de la primera edición. Allí se dice simplemente que el primer producto el entendimiento es la experiencia en cuanto elabora el material bruto de las sensaciones. Pero puede que este material no sea de importancia para el conocimiento. Además pudiera muy bien ser que este material bruto fuera una creación del sujeto. En cambio al decir en la segunda edición, que nuestra facultad cognoscitiva es excitada por “objetos que impresionan nuestros sentidos” se da a entender con

toda claridad que hay un aspecto del conocimiento que no depende del poder creador del entendimiento, sino que puramente y llanamente se "da" o se "impone" a la conciencia.

En segundo lugar, además de su posición no-idealista, Kant quiso acentuar, desde un principio, la diferencia entre las dos fuentes del conocimiento, a la vez que la relación entre ellas, cosa que muchas veces está imprecisamente indicada en la primera edición, y que dió origen a que se creyera que la *Crítica de la Razón pura* era un tratado de Lógica. Por eso desde el primer párrafo, el pensador de Königsberg, dice que toda claridad que antes que actúe el entendimiento, ya hay algo que no es racional (en el sentido de que no es puesto por la razón), y de que este algo es tan fundamental al conocer como la actividad racional que posteriormente lo elabora.

De esta manera parece que la dificultad queda superada. Pero de inmediato surge otra tal vez mayor, como lógica consecuencia del análisis anterior. Si la palabra experiencia tiene un doble sentido, la palabra objeto, esencialmente ligada a la primera, debe tener también un doble significado.

En efecto los objetos que impresionan nuestros sentidos, no pueden ser los mismos que constituyen la experiencia en cuanto impresiones elaboradas. Esto es innegable, pues cuando recibimos una impresión de un objeto, lo que se da a la conciencia no es el objeto en sí mismo, sino el objeto a través de la impresión.

Mejor dicho, objeto en el primer sentido, es decir en cuanto "impresiona nuestros sentidos" está fuera de la conciencia, es trascendente a ella, pues de otra manera no podría impresionarla. En cambio objeto en el segundo sentido,

en cuanto es el conocimiento elaborado, que se "llama experiencia" está dentro de la conciencia, es immanente a ella. Se deriva de unir, comparar y separar las impresiones. El primer objeto no depende de la actividad consciente. El segundo en cambio depende de ella, puesto que no se da sin la "elaboración del material bruto de las sensaciones".

Hay que anotar además, que el doble sentido de experiencia, aunque como dijimos, íntimamente relacionado con el doble significado de objeto, no le corresponde exactamente. En efecto la experiencia en su primera significación se refiere a la conciencia ingenua de las impresiones, no a los objetos que las producen. Estos jamás pueden presentarse de otra manera que a través de sus impresiones. En cambio en su segundo sentido la experiencia se refiere al segundo sentido de objeto. Experiencia en este caso es el conocimiento de dichos objetos, en cuanto elaboración del dato sensible hecha por el entendimiento. Entonces de aquí se sigue que para que haya experiencia no es necesario que haya objetos. Basta que haya "dato conciente".

Puede ahora verse con mayor evidencia. El primer sentido de objeto es sin duda un sentido noumenal. El objeto que impresiona nuestros sentidos no es otro que la cosa en sí, el X general, que ponemos como substratum de toda representación en cuanto referida a una causa.

El segundo objeto es el objeto fenoménico, el objeto tal como se nos aparece, no tal como es en sí. El primero es el objeto trascendente, intangible e incognoscible, el segundo es el objeto tamizado a través de nuestras formas intuitivas y racionales.

El sentido general del párrafo se ha esclarecido, pero se ha complicado extraordinariamente. Su comprensión presupone tener noticia de una serie de puntos de la filosofía

kantiana, que no se pueden conocer sin leer antes la obra entera.

Entonces, nos preguntamos ¿Kant es un escritor complicadísimo, arbitrario, que no conoce las reglas del buen estilo?

Es innegable que la pregunta surge a menudo en la mente de todo lector de Kant. No solo en aquellos que lo abordan superficialmente, los cuales no podrán jamás librarse de esta convicción, sino también en los que quieren descubrir el sentido profundo de su pensamiento.

Hay que contestar que en parte, pero solo en una pequeña parte, es así. Kant no es un buen literato. Este es un defecto muy común de los filósofos alemanes. Las frases de sublime belleza que se le conoce, se deben más que nada a la belleza de lo expresado, no de la expresión.

Pero no solo se trata de que Kant es mal literato. En el fondo lo que pasa es que es en extremo difícil profundizar demasiado en un asunto y exponerlo en forma bella. Aunque Kant hubiera escrito con bellísimo estilo, seguramente que no hubiera conseguido mucho más de lo que pudo conseguir.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

En efecto ¿cómo expresar en forma sintética y precisa lo que Kant ha querido expresar en su primer párrafo?

Nos hemos dado cuenta de la finalidad que se persigue en él. Hemos anotado la descripción de todo el proceso cognoscitivo, de las exigencias explicativas que presenta su iniciación y del logro final de su actividad.

Pues bien, si quitamos su doble sentido a la palabra experiencia, y a la palabra objeto ¿cómo expresar en la misma forma sintética (y no hay que olvidar que la Crítica tiene más de 700 páginas) lo que Kant expresó en esa forma ambigua?

El objeto en su primera significación podría reemplazarse por la palabra algo. Pero este término es demasiado general. No correspondería a la finalidad perseguida por Kant, que es acentuar la diferencia de las dos fuentes cognitivas, lo sensorial y lo racional. En efecto algo puede ser cualquier cosa, puede también ser un objeto independiente de la conciencia, como la voluntad divina, o la esencia platónica.

Podría entonces reemplazarse por Ente. Pero ente es una palabra que está cargada con demasiado Metafísica. Ente siempre ha significado lo que es, en sí, independiente de nuestra conciencia, pero que puede ser conocido racionalmente.

Si se tiene en cuenta sobre todo, que Kant luchaba contra la escuela wolffiana, último rezago de la escolástica, y que en aquella época la palabra ente no tenía el significado menos especulativo que le atribuyen los actuales sistemas metafísicos, se comprenderá perfectamente porqué Kant no pudo pensar jamás en tal palabra.

Lo mismo sucede con la palabra experiencia. ¿Cuál es el sentido que debemos conservar y cual debe ser enriquecido con una nueva palabra?

Tremendo problema. Toda palabra del lenguaje vulgar brinda posibilidades infinitas de determinación. En el fondo la palabra experiencia, en su sentido más corriente y familiar, puede soportar una aplicación en muchos sentidos, pero no es suficientemente determinada por ninguno de ellos.

Hoy poseemos una palabra que podría substituir a la experiencia en su primer sentido, la palabra "dación". Pero Kant no hubiera podido usarla porque todavía no existía. Tampoco hubiera podido crearla, porque su creación es una consecuencia directa de la crítica de la Razón pura, por lo

menos en el sentido en que la emplean los neokantianos, que es el único que podría reemplazar con ventaja al término empleado por Kant.

De cualquier manera que se enfoque el asunto, hay que reconocer que para dar mayor claridad y univocidad al famoso párrafo, hay que someterle a una total transformación, empleando términos que Kant no hubiera podido usar, debido a la época en que escribió su obra. Y aún así no podríamos estar seguros de haber logrado mayor claridad y precisión. Tendríamos para ellos que indicar minuciosamente el sentido que le diéramos a cada palabra, puesto que la mayor parte de ellas, estarían cargadas de múltiples y opuestas significaciones. Y de esta manera el párrafo se transformaría en un capítulo.

Si se quiere llevar el análisis hasta sus últimas consecuencias, puede verse todavía algunos problemas fundamentales, como por ejemplo la contradicción que significa la referencia a la cosa en sí, cuando en realidad todavía no se ha dado los medios de diferenciarla del fenómeno, la falta de especificación que significa no precisar a que conocimiento se refiere la experiencia en su segundo sentido, si al conocimiento perceptivo (no en cuanto sensación pura, sino en cuanto captación de objetos) o al conocimiento científico objetivado, etc.

Pero con lo que hemos analizado, podemos ya darnos más o menos cuenta de lo que significa leer a Kant, o mejor dicho lo que significa leer seriamente cualquier obra filosófica, verdaderamente significativa.

Desde luego que se nos puede hacer fuertes objeciones. Creemos que cuatro son las más importantes.

En primer lugar para poder leer a Kant de esa mane-



ra hay que poseer ya cierto grado de cultura filosófica, inclusive en lo que respecta a la misma filosofía kantiana.

En segundo lugar el exceso de análisis interpretativo puede dar pábulo a una serie de convicciones falsas. La interpretación puede ser falsa, e influir poderosamente en toda la formación filosófica posterior.

En tercer lugar, es demasiado arriesgado, poner al lado de la interpretación meramente terminológica, una interpretación psicológica, en el sentido de tratar de adivinar la finalidad que tuvo el autor al escribir tal o cual frase.

Y por último el análisis demasiado profundo trae consigo el inmenso peligro de perder la visión unitaria del pensamiento del autor. Se gana en profundidad pero se pierde en panorama. Y casualmente el pensamiento filosófico debe procurar antes que nada la visión sintética, la consideración de conjunto.

No cabe duda que estas objeciones tienen algo de verdad. Pero se disipan apenas se tiene en cuenta que lo que hemos querido indicar es sólo el mecanismo principal de la lectura de un texto filosófico. El análisis detallado es la piedra fundamental con que se "construye" la lectura de un libro de Filosofía. Pero no basta. La Filosofía es en sí tan complicada y tan llena de problemas, que estos se reflejan necesariamente hasta en el modo de leerla. Leer Filosofía, es ya en sí un problema.

A la primera objeción constestamos diciendo que todo libro importante de Filosofía debe siempre leerse de dos maneras. Una de ellas, debe ser rápida e intuitiva. La otra debe ser lenta y analítica, tal como lo hemos hecho con el primer párrafo de la Introducción.

Mediante la lectura rápida, podemos tener una visión general de la obra, y comprender sus rasgos fundamentales.

Aunque no la entendamos completamente, podremos extraer de ella los elementos suficientes para entender a fondo una lectura analítica, la que luego repercutirá sobre nuestra primitiva visión de conjunto, puliéndola, dándole forma sólida y estructurándola.

A primera vista podría parecer que la lectura intuitiva debería ser anterior a la analítica. Creemos sin embargo que no es así. Ambas deben ser a la vez. Cuando se empieza un libro de Filosofía, se debe dividir el tiempo de que se dispone, en dos partes. En la primera mitad se puede leer rápidamente, tratando de compensar por intuición lo que no se puede comprender, y en la otra mitad se debe proceder a una lectura analítica de lo que se leyó primero.

Desde luego que cuando se haya terminado el libro en la forma intuitiva, apenas se habrá leído medio capítulo en la forma analítica. Pero ambas lecturas habrán ya creado el vínculo necesario para tener una verdadera visión esencial de la obra. Además la lectura rápida nos habrá puesto en condiciones de distinguir las partes esenciales de la obra, de las inesenciales, de manera que la lectura analítica solo se lleve a cabo con las primeras. Es en efecto inútil decir que no toda la obra debe leerse en esta forma, ni mucho menos todo libro de Filosofía. El análisis debe dirigirse sólo a lo fundamental. Pero eso sí, cuando es necesario ejercerlo, debe hacerse con verdadero empeñamiento. Es el último retoque de toda lectura filosófica, que pretenda hacer posible una comprensión con intenciones de llegar a una visión propia, y no quiera sólo dar los elementos para una mera repetición de los términos, como es tan frecuente en Filosofía.

Esto muestra indubitablemente las grandes dificultades de la lectura filosófica. Leer Filosofía no es leer novelas. Ni

siquiera el estudio científico puede comparársele en esfuerzo y tensión espiritual. La Ciencia es dificultosa, pero su avance es lineal. Cuando se comprende una verdad se pasa de inmediato a la otra. En Filosofía no es así. La lectura debe ser radial, o mejor aún, concéntrica. No basta haber comprendido un párrafo para seguir. Muchas veces hay que volver sobre el mismo párrafo después de haber avanzado un buen trecho. El genuino pensamiento filosófico es eminentemente reflexivo, y constantemente vuelve sobre sí mismo. Esta es una de sus fuerzas y también una de sus grandes tragedias. Es el gran valor del filosofar y a la vez su propio límite. No es por otra razón, que Kant, uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, tal vez el más grande, vuelve constantemente sobre sus pensamientos. Nadie mejor que él, intuyó esta estructura peculiar del pensamiento filosófico. No es otra seguramente la razón por la que comienza su obra con ideas que solo va a desarrollar con posterioridad (nos referimos al objeto noumenal). Como ha dicho muy bien un comentarista suyo, a la Crítica de la Razón pura, no puede entrarse sin el noumeno, pero una vez dentro de ella, no se puede conservar.

La observación es veraz. Pero nosotros creemos que se puede generalizar. Toda obra filosófica tiene presupuestos necesarios para su comprensión que luego le son inútiles. Por esta razón es necesario leerla con una técnica especial, con una técnica que podría llamarse "concéntrica". Y la crítica de la Razón Pura es casualmente uno de los ejemplos más grandiosos de este proceder del filósofo. Es difícil entrar en ella, pero una vez que se cogen sus conceptos fundamentales, ¡qué armonía! ¡qué unidad maravillosa!

La segunda objeción no es tan digna de consideración porque se refiere más bien a la capacidad del lector. Desde

luego, todo el mundo puede equivocarse. Es más, hasta tiene el derecho de hacerlo.

Lo que en realidad significa una dificultad seria, es la infinitud de todo proceso interpretativo. Si se prosigue con intensidad del análisis de cualquier párrafo profundo, puede llenarse miles de páginas, y se puede enunciar las hipótesis más diversas. En la interpretación que hemos presentado hay seguramente algunos errores, y muchas de nuestras afirmaciones serían rechazadas de plano por una serie de pensadores consagrados. Así un neokantiano por ejemplo, jamás aceptaría que la primera significación de la palabra objeto pueda ser la de cosa en sí. Pero nos consolamos, pensando que un realista estaría de acuerdo con nosotros.

Regresamos de nuevo aquí a la capacidad del intérprete. Si tiene verdadera capacidad filosófica, su interpretación será verídica, y el análisis será detenido a tiempo, justo en el momento en que brinde mayores posibilidades de comprender el sentido general de la obra. Ir demasiado lejos sería contraproducente.

La tercera objeción sólo debe ser tomada en cuenta como una advertencia, más que como una verdadera objeción.

La interpretación de la motivación del autor es a veces imprescindible. No hay que olvidarse que los libros son escritos por hombres, no por máquinas. Y sobre todo en Filosofía, en que los términos son equívocos, muchas veces no basta el análisis del mero término. Con gran frecuencia el sentido de una frase sólo puede ser captado si es referido a la intención. Y muchas veces este es el sentido que dá toda la clave de la solución. Hay ciertas frases que son incomprendibles sin conocer previamente la posición de su autor.

Eso sí, el análisis de motivos, debe ser prudente, y solo debe emplearse en último caso. Y sobre todo, lo que hay que evitar es la deplorable moda—que felizmente está ya pasando—de interpretar todas las frases de una gran obra por motivos no teóricos sino psicológicos o sociales. Tal genio escribió tal frase porque era masoquista, o tal otro dijo aquello porque su alma era burguesa. Basarse en tales interpretaciones, para llevar a cabo una seria lectura filosófica, es desconocer los caracteres más elementales del conocimiento y de las personalidades orientadas hacia dicho valor. Hacer una de aquellas ridículas interpretaciones es como querer bailar un trompo con lampa.

En cuanto a la última objeción, está ya en parte contestada a través de todo lo que hemos dicho. La doble clase de lectura sobre todo, es lo que demuestra, que para un espíritu con verdadera potencia filosófica no existe el peligro de perderse en la inevitable maraña del análisis. La lectura intuitiva brinda los medios de llegar a una visión de conjunto.

Somos los primeros en reconocer, sin embargo, que la enorme complicación a la que puede llevar un análisis profundo, trae consigo serios peligros. El más grande de ellos, es la pérdida del entusiasmo y de la fe.

Cuando recién se empieza a leer Filosofía, se practica casi siempre el método intuitivo, y se logra llegar a visiones más o menos integrales, que a medida que vaya progresando el análisis, deben ir transformándose y coordinándose. Este es el momento peligroso. Cuando el estudiante realmente trata de llegar al fondo del asunto, y empieza un análisis prolijo de los textos que lee, es tal la cantidad de problemas que se le presentan, tal la infinitud de posibilidades, tal el mar de contradicciones y callejones sin

salida que siente una sensación muy parecida al vértigo. Este vértigo del análisis filosófico, es a la vez embriagador y desesperante. A veces es tan intenso que hasta las sienas empiezan a latir y parece que fueran a reventar. Las antiguas concepciones se derriten como castillos de nieve, las visiones panorámicas se convierten en oscuros desfiladeros, las palabras empiezan a dar vueltas y hasta parece que el suelo se abriera bajo los pies.

Es entonces que faltan las fuerzas para seguir adelante. Cuando el cansancio y la laxitud, provienen del análisis filosófico, son pesados y dejan efectos duraderos. Es en estos momentos en donde hay que tener valor. Tal vez si se lee el párrafo una vez más o se ojea el libro en otra parte, se encontrará la palabra salvadora, que eche una luz directriz sobre el asunto. Entonces se recupera la visión perdida y el panorama surge de nuevo pero más amplio y bello que el anterior.

El que a pesar de todas estas dificultades, sea capaz de conservar su unidad mental y no se deje aturdir por momentáneas dificultades, llegará a ser filósofo, es decir a adquirir una visión profunda y sistemática de la realidad, que le permita brindar un aporte más al acerbo cognoscitivo de la humanidad. Porque solo aquel que logre comprender a los grandes pensadores, y a las grandes obras, puede ser a su vez un pensador. Y esta comprensión solo se logra con el análisis. El que tiene una visión panorámica puede más o menos darse cuenta de lo que es un sistema filosófico. Pero jamás llegará a penetrar su sentido ni a apoyarse en él, para dar aportes propios. El que quiere construir otro piso más, sobre una casa, debe conocerla hasta en sus cimientos para poderlo hacer. Y es que la Filosofía más que labor de

contemplación pasiva, es labor de penetración, de barreno. Por eso su problemática es fuerte y cerrada.

Somos los primeros en admitir que el método que propugnamos, no es absoluto, ni se puede aplicar mecánicamente. Creemos en la libertad conformativa de la persona humana. Todo hombre hace las cosas según sus propias posibilidades. Pero dentro de esta libertad de acción hay siempre una regla, una norma. Y esta regla se deriva más que de la persona que ejecuta la acción, de la naturaleza del objeto sobre el que se actúa. Tal es el presente caso. La filosofía es un fenómeno difícil de dominar. Es tan alto y tan espléndido, que solo se puede dominar tras ruda lucha. Así como una montaña coronada de nieves eternas, sólo se puede ascender con el trabajoso esfuerzo del paso firme y constante, así la cumbre del espíritu que se llama Filosofía solo puede ser alcanzada por el análisis, denso y profundo.

Creemos nosotros que los estudios filosóficos en el Perú, están yendo por este camino, penoso, pero seguro y lleno de promesas. Es nuestra esperanza que cada día se comprenda más y más la necesidad de seguirlo con eterna decisión.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

FRANCISCO MIRÓ QUESADA.

PENETRACION INCAICA EN EL TERRITORIO ARGENTINO.

Pocos temas han apasionado tanto como este de la penetración incaica. La tradición popular atribuye al Inca, en todo el noroeste argentino, la construcción de las obras de factura indígena que han llegado hasta nosotros en estado de ruinas o de simples vestigios. Los criollos de hoy afirman aquel origen con evidente jactancia. Aseguran la dominación incaica con un orgullo que no podrían, por cierto, explicar.

Los primeros hombres de ciencia que escribieron sobre nuestro país, aceptaron, como cosa sabida, el decir popular. Entre otros, Martín de Monssy, Burmeister, Ameghino, etcétera.

El primer estudioso argentino que encaró el tema fué Ambrossetti. Reaccionando contra el decir popular, negó la dominación incaica en territorio calchaquí, con tal entusiasmo, que se advierte en su argumentación cierto sentimiento patriótico, como si le molestara admitir una dominación extranjera— aun prehispánica—, en el territorio de su país. Noble sentimiento, sin duda, pero un tanto ingenuo. El problema a estudiar debe mantenerse dentro del campo de la investigación científica, fría y objetivamente.

Años más tarde—hacia 1908—, Boman retornó el tema para refutar a Ambrossetti. El sabio sueco pretendió colocar el asunto en un terreno estrictamente científico, malogrando en buena parte su intento por un exceso de pasión peruanista. Maestro por más de un concepto, Boman logró realizar una gran obra sobre el noroeste argentino. Esta obra resulta grande, ante todo por el método empleado. No hay gran originalidad en el método; hay, en cambio, una aplicación magistral. Antes le había precedido entre nosotros y fué, sin duda, quien orientó al sabio extranjero. El método a que aludo es la eficaz coordinación de las fuentes históricas y los restos arqueológicos. En forma análoga habían de trabajar más tarde Rivet, Nordenskiöld, Uhle, Means, etcétera.

NORMAS PARA EL ESTUDIO DE NUESTRO PASADO PREHISTORICO

En realidad, no puede pedirse más lógico procedimiento, para adentrarse en el estudio de las viejas culturas indígenas que seguir el hilo de su conocimiento por el hombre de Europa. Fué el descubrimiento y luego la conquista, lo que reveló—menuda sorpresa—, a los europeos del siglo XV y del siglo XVI la existencia del hombre americano. En toda suerte de documentos descubridores, conquistadores y cronistas nos dejaron abundante noticia del indio con el cual tuvieron comercio.

Más tarde, mucho más tarde, casi en nuestros días, llegaron los hombres de estudio que no se contentaron con esa pintura del indio protohistórico o histórico. Quisieron saber de sus antepasados remotos, penetraron resueltamente en los tiempos prehispanicos, exhumaron cantidad considerable de monumentos, de objetos de toda índole y diéronse a interpretarlos. Había arraigado entre nosotros una nueva ciencia: la Arqueología.

La suprema dificultad habría de estribar luego, en la justa coordinación de las noticias dejadas por los cronistas antiguos y las que pueden deducirse de las investigaciones arqueológicas. Pocas veces podemos afirmar—como suelen hacerlo aficionados de escasos conocimientos—que los restos exhumados en investigaciones arqueológicas, correspondan a los indígenas que vivían en el lugar del hallazgo, en el tiempo de la conquista. En cambio, es regla sin excepción que los restos arqueológicos correspondan a indios de una cultura análoga a la que encontró el conquistador. Esta comprobación y las mismas deducciones de los trabajos sobre el terreno llevan al convencimiento de que el indio es un huésped relativamente moderno sobre el suelo de América. Y es esta una razón más en favor de la importancia de la utilización de ambas fuentes—históricas y arqueológicas— en toda investigación de nuestro pasado prehispanico.

Donde este método de trabajo adquiere mayor eficacia es, huelga decirlo, en aquellas regiones donde las fuentes escritas son numerosas e importantes. El Perú goza, a este respecto, de un privilegio que solo tiene parangón en México. Estos dos países, asiento de las más notables culturas primitivas del mundo poseen una riqueza excepcional en fuentes históricas. Excepcional, más que por su cantidad, por su calidad.

Ni los aborígenes de México, ni los del Perú, "alcanzaron letras", para emplear los términos de un cronista ilustre. Ni unos

ni otros, dispusieron de un sistema de escritura que les permitiera narrar su historia. Oficializaron, en cambio, la tradición oral, y reforzaron su eficacia con escrituras rudimentarias y recursos mnemónicos de notable ingenio. A la llegada del conquistador, en ambos países poseían gran copia de información acerca de su pasado; los primeros cronistas europeos pudieron recogerla en sus obras y reconstruir, en sus hechos esenciales al menos, varios siglos del pasado precolombiano de esos pueblos.

En el Perú reconstruyóse así toda la historia de la dinastía incaica que abarca un período de unos tres siglos, aproximadamente, es decir, el reinado de unos doce Incas. Algún cronista fué mucho más lejos, nos ha dejado una lista de cien reyes, que remata en la dinastía incaica. Desgraciadamente, este autor, don Fernando Montesinos, no nos informa acerca del origen de sus noticias; sin embargo, no tienen ellos el sabor de haber sido inventadas y su crónica constituye uno de los documentos más sugestivos e inquietantes acerca del pasado precolombiano.

LA DOMINACION INCAICA: NOTICIAS CONTENIDAS EN LAS FUENTES HISTORICAS

Tres de los cronistas del antiguo Perú, el inca Garcilaso de la Vega, don Juan de Santa Cruz Pachacuti Yanguí Saicamaygua y el licenciado don Fernando Montesinos, mencionan ya al antiguo Tucumán noticiando acerca de las relaciones entre los aborígenes de este país y los incas peruanos. La primera de estas referencias, comentada ya por Groussac en una de sus obras iniciales, es, desde luego, la más conocida y divulgada. Ambrossetti reaccionó contra la información de Garcilaso; metióse, luego, de lleno en el problema, elgiendo para tan intrincado camino la peor guía que pudo encontrar: el padre Lozano.

A mediados del siglo XVIII escribió este buen jesuita su difundida "Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán". Fué Lozano, al decir de un compañero de Orden, "sujeto versadísimo en todo género de lecturas, lleno de noticias sagradas y profanas, varón de los que raras veces produce la naturaleza para admiración de los siglos". La versación a que se alude en este pródigo elogio fué desparramada por Lozano en su extensa obra sin criterio alguno. Aparece demasiado tarde en nuestra historia para ser considerado cronista, en el estricto sentido del término. Su falta total de sentido crítico lo colocó fuera del campo del género histórico. La información contenida en su obra—abundante, heterogénea, a menudo contradictoria—es la más pe-

ligrosa y menos fidedigna que pueda emplear un investigador. Tuvo Lozano su época de auge. Su palabra fué tenida por axioma.

A él se deben muchos errores de nuestros estudiosos del siglo pasado. Hombre de esa época, Ambrossetti, rindióle homenaje. Alentado por las noticias y argumentos de Lozano atrevióse a afirmar: "Cada vez más me voy convenciendo de que, fuera de un estado de guerra continuo o interrumpido con los peruanos, muy pocas o ninguna fueron las relaciones que tuvieron los calchaquíes con ellos, y más aún, soy de opinión que la civilización calchaquí salió de las fronteras bolivianoargentinas e invadió al Perú en épocas muy remotas, y vencida a su vez volvió a retirarse a sus ásperas montañas, trayendo consigo nuevos elementos de civilización adquiridos al contacto de aquélla".

Investigador infatigable sobre el terreno, Ambrossetti adquirió un profundo conocimiento de los yacimientos arqueológicos y de los restos extraídos de ellos. Dió menos importancia a la erudición histórica y esta laguna impidióle acertar en aquellos casos donde la fuente escrita era indispensable.

Boman tuvo un conocimiento cabal de la bibliografía americana; permitióle esto aprovechar con notable eficacia su haber arqueológico, muy inferior al de nuestro sabio precursor. Por lo que respecta al tema que nos ocupa, Boman, empeñado en allegar argumentos en apoyo de su tesis, dió exagerada importancia a las referencias—vagas e imprecisas—de los antiguos cronistas del Perú.

Ninguna de las tres noticias antes aludidas podría ser considerada como una prueba de dominación incaica en el antiguo Tucumán. Ni aún sometida a la crítica más serena. Primer problema a dilucidar, sería el de establecer qué entendieron por Tucumán los antiguos cronistas. Con este nombre designaban los primeros conquistadores al pequeño país que se extiende al oriente del Aconquiya. Aproximadamente, por lo tanto, la actual provincia de Tucumán. Años más tarde, a fines del siglo XVI, en tiempos de Ramírez de Velazco, designóse con aquel topónimo a todo el noroeste argentino, simplificando la interminable denominación usada por sus antecesores: gobernador de Tucumán, Juríes, Driaguítas y Comechingones.

De admitir, como sería lógico pensar, que los viejos cronistas se referían al Tucumán propiamente dicho, tendríamos—como veremos luego—una evidente contradicción con fuentes históricas de primera mano, de valor indiscutible, y, asimismo, con los resultados de la investigación arqueológica.

Hoy disponemos de un acervo documental de primer orden. Po-



demos seleccionar las fuentes por su calidad y sentar, en terreno firme, una serie de jalones definitivos. Entre las noticias que se refieren a dominación incaica, propiamente dicha, la más importante débese a Pedro González de Prado, uno de los soldados de la "entrada" descubridora que al mando de Diego de Rojas penetrara en las provincias de Tucumán y Juríes, y continuara luego hasta el Paraná atravesando el país de los Comechingones.

El soldado aludido hizo información de méritos y servicios en la ciudad de Cuzco en 1548, a poco de vuelta de la "entrada". Precioso documento que conocemos gracias a la diligencia de un historiador ilustre: don Roberto Levillier. En una de las preguntas de su interrogatorio dice González de Prado: "...si saben que en la provincia de Quiriquiri, que son indios de guerra, yo quedé con otro compañero para tomar alguna guía que nos guiase el camino, y le tomamos, y avanzamos a otros, el cual dicho indio nos guió hasta que nos pasó los Andes, que es una tierra de arboledas y cerros y sierras muy ásperas que íbamos abriendo el camino con azadones y hachas, que duraron diez y ocho leguas... que son unas tierras los dichos Andes que hacen división de estos dichos reinos a la provincia del Río de la Plata, que nosotros fuimos los primeros descubridores, que Huayna Capac, señor natural de estos reinos, no pudo sojuzgar".

En 1561 hizo probanza de sus méritos y servicios don García Hurtado de Mendoza. En la pregunta 53 de su cuestionario dice que, estando al frente del gobierno de Chile, tuvo noticia de que "detrás de la cordillera había una tierra llamada Cuyo, donde había mucha gente que había servido al Inga" y proveyó su conquista.

«Jorge Puccinelli Converso»

NUEVOS TESTIMONIOS

Los indios de Cuyo a que se refería Hurtado de Mendoza eran, sin duda, los huarpes. Fray Reginaldo de Lizárraga, notable viajero dominico, que lo visitara hacia 1589, confirma las noticias de Mendoza: "túvolos el Inga sujetos, y algunos hablan la lengua del Perú, general, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del Inga".

Por testimonio de Pedro González de Prado sabemos que los Incas no habían traspuesto el Aconquiya; Lizárraga afirma que no dominaron en Córdoba. Por doble testimonio de este último y Hurtado de Mendoza, tenemos noticia de que habían sujetado a los indios de Cuyo. Hacia el norte de esta región, en la antigua provincia de los Driaguitas, habían ejercido también su dominio. Es el mismo padre Lizárraga quien nos suministra al respecto la informa-

ción más completa y fidedigna: "los indios agora no son tantos, por lo cual han sido fáciles de reducir, hanse consumido en guerras civiles unos con otros; el Inga los tuvo sujetos, y por la falda de esta cordillera llevaba su camino real hasta Chile, servíanle y tributábanle oro en cantidad, y de allí se lo traía acá al Perú; su capitán, con la gente de guerra, estaba en un fuerte recogido, y no sabía del sino era cuando algunos indios se le revelaran; reducidos y castigados volvíanse a su fuerte".

Dijimos que estas noticias referíanse a una dominación, propiamente dicha, aun cuando no podamos precisar su alcance. Otras noticias no menos importantes y fidedignas, refiriéndose a la existencia de un "camino del Inca" que uniría la capital del imperio con el "reino de Chile", atravesando el territorio argentino, desde la Puna hasta el paso de Uspallata por el cual cruzaría la cordillera.

Varios autores se han ocupado de este problema y han utilizado las fuentes a que aludo. Nosotros mismos las hemos expuesto en forma sistemática; por lo tanto, creemos innecesario insistir sobre el asunto. La existencia del camino incaico en territorio argentino, así como de tambos o posadas que facilitaban su uso, no puede hoy ponerse en duda; es problema resuelto, aún dentro del campo de la historia pura.

Algunos autores que se han ocupado del tema que tratamos, han dado gran importancia a la difusión de la lengua quichua en nuestro país y a la existencia de numerosos topónimos en ese idioma. Este aspecto de la cuestión, a mi entender, tiene importancia muy relativa. La discusión es ardua y está fuera de lugar en una disertación de esta índole.

LAS REVELACIONES DE LA ARQUEOLOGIA

El estudio de las relaciones entre los aborígenes del Perú y los del noroeste argentino alcanza un punto climatérico cuando invadimos los dominios de la arqueología. Desde que Ambrossetti y Boman abireran el fuego, varios arqueólogos sentaron plaza en uno u otro bando. Tarea de todo punto imposible sería la de analizar las distintas opiniones que se han emitido. Procuraremos resumirlas, reduciéndolas a sus líneas generales.

Los más acérrimos partidarios de la dependencia peruana han dado importancia exagerada a la similitud de algunos aspectos de la cultura material: prácticas de cultivo, ganadería, viviendas y vestidos; así como algunos procedimientos técnicos, alfarería, tejeduría, etcétera. Boman fué el principal valorizador de estas similitudes. En realidad, constituye un testimonio muy débil para

probar afinidades culturales, por tratarse de prácticas muy generalizadas que, en buena parte, responden a un determinismo geográfico. Basta recordar que si todos nuestros aborígenes serranos han cultivado por procedimientos análogos a los serranos del Perú, los pobladores de las márgenes de los grandes ríos santiagueños cultivaron por procedimientos propios impuestos por el régimen de aquellos ríos y desconocidos de los indígenas peruanos; a su vez, los pobladores del litoral del Pacífico inventaron técnicas agrícolas adecuadas al medio en que vivían y desconocidas, por lo tanto, en el resto de América.

Frente a estas coincidencias de escaso valor testimonial—por generales y difundidas—, han sido señaladas otras que no es posible discutir pues constituyen una prueba evidente de vinculación cultural. Estas otras a que aludo pertenecen al dominio del arte y su valor como elemento de prueba adquiere valor definitivo.

Cuando la expresión artística de un pueblo o de un individuo alcanza caracteres propios; cuando podemos hablar en sentido estricto del estilo de un individuo o de un pueblo, disponemos de un elemento de filiación francamente inapreciable. Los caracteres esenciales de un estilo no pueden disimularse ni alterarse. El arqueólogo puede usar de ellos con la certeza de una expresión matemática, siempre que esté dotado de sensibilidad suficiente para captar aquellos caracteres, que son del dominio del espíritu, pocas veces reducibles a fórmulas y definibles con palabras.

Tanto en nuestro país como en el Perú, varios son los pueblos que alcanzaron a crear un arte propio que puede denominarse con su mismo gentilicio. La influencia que algunas de esas artes han ejercido sobre otras no se ha dejado sentir con tal intensidad que comprometa los caracteres generales del estilo y debilita la autonomía de ninguna de ellas. Las analogías que se han señalado con evidencia incuestionable están constituídas por la presencia de elementos decorativos comunes.

Tal analogía es doblemente significativa porque esos elementos—figuras zoomorfas muy estilizadas o quiméricas—, no son simples recursos ornamentales, sino que han de tener, fuera de duda, un valor simbólico. La comprobación de estas coincidencias no facilita por cierto la solución del problema. Las representaciones comunes en el Perú y Argentina corresponden, en el primero, a culturas francamente preincaicas, circunstancia que ahonda notablemente en el tiempo las relaciones culturales entre aborígenes de esta parte del continente.

El arte incaico—prosiguió—es el más inferior de los que florecieron en el antiguo Perú. La cerámica en su más alta manifestación estética. Crearon muy pocas formas de vasos, cuya decoración

es siempre simple y poco variada. Uno de esos vasos, el aríbalo, es notable por la hermosura de su línea y es el más genuino representante de la cultura incaica.

No sólo se encuentran aríbalos en relativa abundancia en territorio argentino, sino que es evidente que han sido fabricados en él, pues se han encontrado ejemplares con decoración regional típica, y aun formas derivadas de él.

De donde puede inferirse, primero, un comercio con los alfareros cuzqueños; luego, un largo conocimiento de los vasos incaicos que permitió a los alfareros de nuestro noroeste imitarlos, derivar de ellos formas nuevas, y decorarlos con elementos y estilo propios.

Hasta aquí los elementos que hemos analizado, en el campo de la Arqueología, prueban una indudable influencia cultural peruana—preincaica e incaica—pero no arrojan luz alguna acerca de un posible dominio político o militar.

Muy distinto, por lo tanto, sería el caso de la existencia de pueblos, fortificaciones o caminos incaicos en territorio argentino. La sola presencia de monumentos de esta índole presupone una suerte de dominación efectiva.

Diversos autores y cantidad de aficionados han hecho mención de la existencia de vestigios, de caminos y ruinas de edificios incaicos. Boman ha sido el único que diera noticia concreta y realizara la descripción de un camino prehispánico que él descubriera en la puna salteña. Con lógica muy ponderable consideró como un camino secundario, atribuyéndole un probable origen incaico, pues no encontró elementos de juicio para hacer, al respecto, un diagnóstico definitivo. Más tarde, Debenedetti describió una simple senda que atraviesa la provincia de San Juan y a la cual los criollos del pago denominan Camino del Inca. El malogrado investigador, por falta de pruebas, puso en duda la atribución tradicional.

De un tiempo a esta parte hemos dedicado atención preferente al estudio, sobre el terreno, de los monumentos atribuidos al Inca, con el propósito de establecer el grado de verosimilitud que encierra la tradición popular. Creemos haber logrado plantar hasta ahora tres jalones firmes, dos de ellos han sido dados a conocer hace tiempo y los aficionados a esta clase de estudios han podido formarse opinión al respecto. refiérome a la existencia de caminos antiguos en la provincia de La Rioja, así como de un pequeño tambo con obras complementarias para el establecimiento de vigías; y al relevamiento de un tambo de importancia excepcional en Ranchillos, en la proximidad del valle de Uspallata, a la vera de una antigua senda. En ambos casos nuestras conclusiones coinciden

con la creencia tradicional que atribuye a estos restos una filiación incaica.

El tercer jalón a que hemos hecho referencia es un descubrimiento reciente no dado a conocer aún. Refiérome a las ruinas de Incahuasi, en la provincia de Salta. Mencionadas de antiguo en la bibliografía histórica, no han sido estudiadas hasta hoy, arqueológicamente.

La construcción más importante de Incahuasi está constituida por un pequeño edificio—el “Palacio del Rey”, según el decir de los lugareños—que es el primer resto de arquitectura incaica, propiamente dicha, encontrada en nuestro país. Bastaría este solo hecho para aquilatar la importancia del descubrimiento, pero aquella ha de ser mucho mayor si logra probarse, como parece desprenderse del estudio realizado, que esa construcción y otras ruinas de igual origen se levanta sobre los restos, evidentemente más antiguos, de otra población que puede atribuirse a los aborígenes del lugar.

CONCLUSIONES

Resumiendo lo que hemos afirmado, podemos concretar en muy pocas líneas el estado actual del problema, de acuerdo con los conocimientos que hoy poseemos:

Primero: No tenemos ningún elemento de juicio que nos permita afirmar que, en el momento histórico del descubrimiento, las provincias del noroeste argentino formaban parte integrante del imperio incaico.

Segundo: Por el territorio de aquellas provincias tendieron los Incas el camino que unía el Cuzco con el “reino de Chile” y levantaron numerosos edificios y obras complementarias. Es evidente, pues, la existencia de una suerte de servidumbre de tránsito y la ocupación efectiva de todo el trayecto del camino.

Tercero: Es muy verosímil que algunos de los pueblos del camino, como lo afirman el padre Lizárraga y otros cronistas, hayan soportado una sumisión más efectiva debiendo pagar tributo al monarca del Cuzco.

Cuarto: La influencia cultural peruana—preincaica e incaica—no puede ponerse en tela de juicio. Mas, es de tener en cuenta que esa influencia se hizo sentir sobre pueblos de cultura propia, cuyos caracteres esenciales no desaparecieron ante el influjo extranjero. En ningún caso puede admitirse, como Boman lo pretendiera, que la cultura de los aborígenes del noroeste argentino es totalmente de origen peruano.

FRANCISCO DE APARICIO

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

**"SOCIOLOGIA PERUANA", por el Dr. Roberto Mac
Lean y Estenós.**

De "El Comercio" de Lima

Acaba de aparecer un nuevo aporte del doctor Roberto Mac Lean y Estenós, Catedrático de Sociología de la Universidad Mayor de San Marcos, al estudio y conocimiento de la sociología nacional. "Sociología Peruana", la última producción del distinguido catedrático sanmarquino, es un grnoso volumen de más de quinientas páginas grávido de concepción y exposición, estudio y orientación de la disciplina que investiga el obscuro desarrollo del proceso del desenvolvimiento social del Perú desde sus dos aspectos principales: Génesis y Tétesis y la acción de las fuerzas sociales.

En su nuevo libro el catedrático sanmarquino expone y pasa revista al panorama sociológico del país y extrae las importantes conclusiones que forman la médula y esencia de esta su nueva contribución científica al conocimiento de una realidad que reclama, siempre con creciente urgencia, mayor divulgación y más debate que ponga en claro la razón de ser de los múltiples fenómenos sociológicos que plantean la hora presente y la estructura sociológica del país. En "Sociología Peruana" el doctor Mac Lean hace un estudio serio y metódico de nuestra realidad social. En la primera parte de la obra, al exponer la génesis y tétesis del desenvolvimiento social de nuestro país, investiga las diversas teorías sobre la formación del continente, el origen de la vida en América y la proce-

dencia de los primeros grupos humanos así como el estado de salvajismo primario, en que llegaron para hacer la afirmación del autoctonismo de las culturas andinas. Luego comprueba la influencia dispar de los factores socio-geográficos: los Andes, el mar, la tierra, el clima y las fronteras después de profundizar el determinismo geográfico en la evolución social de nuestro país.

El significado de la Patria en su contenido social y en su emoción colectiva—a través del transecurso del tiempo desde las remotas épocas preincaicas hasta nuestros días—merece en el libro del doctor Mac Lean un amplio análisis que precede al estudio que hace, en el decurso prehistórico e histórico, de la acción de las clases sociales y su influencia sobre nuestra evolución colectiva.

La segunda parte de "Sociología Peruana" se contrae al estudio de las fuerzas sociales que implica la investigación de una doble influencia activa—el sexo y el espíritu colectivo—en la evolución social del Perú. El estudio de la sexología peruana que hace el doctor Mac Lean es de gran amplitud y selecta documentación y se inicia con la investigación del comunismo sexual primitivo y de los diferentes tabús sexuales prevaletentes en la época precolombina, para pasar luego al estudio del matriarcado y de las etapas de evolución hacia el patriarcado y los caracteres de cada una de ellas: el matrimonio por compra, la cobada y el "sirbinacuy" o "tincunacupa". Luego viene un interesantísimo análisis de la sexología colonial a través de sus signos fundamentales que precede a la valoración que hace el autor de la mujer peruana en sus tipos representativos. Viene seguidamente el estudio de la sexología republicana en sus aspectos del matrimonio, la maternidad, la eugenesia, la delincuencia sexual, la prostitución y todos sus problemas conexos.

Se ocupa el autor de estudiar el mito en sus diversas manifestaciones: mitología peruana, el desenvolvimiento del mito en el Perú. El animismo y sus expresiones: la "waka" y su trascendencia; la "paccarina" síntesis del mito anímico natural; las apachetas; la existencia de la otra vida; el culto a los muertos; sus múltiples formas; ceremonias fúnebres; su multiplicidad en las distintas regiones del país, creencias de los aborígenes, elementos de los que extrae el autor interesantes conclusiones que delinean la estructura de la mitología peruana y su aporte sociológico. El capítulo dedicado a la historia e investigación de la brujería es uno de los más amenos por la naturaleza misma de tema que reúne leyendas y tradiciones que dan la medida de la antigüedad y desarrollo que alcanzó en nuestro medio y la jerarquía que aún conserva entre nuestras clases indígena y mestiza.

Viene a continuación el interesante capítulo Ubicación sociológica del arte autóctono, en el que el doctor Mac Lean afirma el

sentido social de la cerámica en el Perú precolombino a través de sus diversas manifestaciones; el arte constructivo: arquitectura, arte ornamental, arte rítmico y la canción manifestaciones del espíritu colectivo que merecen amplio análisis y detallada exposición que logra el autor con toda felicidad.

Después de ceuparse del interesante problema del idioma, termina la valiosa obra del doctor Roberto Mac Lean y Estenós con el estudio de la costumbre, producto de la voluntad colectiva, que engendra el derecho y la moral, aspectos sobre los cuales vierte trascendentes conceptos el autor al tratar el carácter peculiar en la trayectoria jurídica del Perú precolombino, la cultura jurídica del Incanato y su trascendencia social, la seguridad colectiva, la delincuencia y los sistemas de penalidad, las nuevas fórmulas jurídicas que advienen con la Conquista y con el Coloniaje, nuestros sistemas de delincuencia y de penalidad, la delincuencia indígena y el bandolerismo.

Tal es, a grandes rasgos, la obra que acaba de editar el distinguido catedrático sanmarquino y que ha de merecer la más favorable acogida en nuestras esferas científicas y universitarias. El autor señala la ubicación de su obra cuando dice: "Sociología Peruana tiene su jurisdicción propia e independiente de las demás disciplinas. Afronta y resuelve sus propios problemas. Incurrirían en error quienes, por lo mismo, pretendieran encontrar en este libro un sentido de polémica histórica, política, antropológica, económica o jurídica. Muy distinta es la tarea sociológica. A la Sociología Peruana le corresponde marcar con serenidad científica las huellas pasadas y los caracteres actuales de nuestra evolución social y la acción influente de las distintas fuerzas que la impulsan". Establecida así la posición de "Sociología Peruana" que lleva en su esencia la contribución coadyuvante de otras disciplinas científicas, cabe decir que cumple ampliamente su misión de divulgar en meditada exposición la génesis y desarrollo del proceso sociológico de nuestro país, su realidad contemporánea y el alcance del impulso que mueve y agita su devenir.

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

NOMBRAMIENTO DE CATEDRÁTICO TITULAR.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 27 de febrero último y en ejercicio de la atribución que le acuerda el art. 425, inc. 4.º de la Ley Orgánica de Educación, y de conformidad con lo dispuesto por los arts. 450 y 451 inc. 4.º de la misma ley, eligió por aclamación al Dr. Horacio H. Urteaga como Catedrático titular de Historia del Perú (Fuentes Históricas).

ELECCION DE CATEDRÁTICOS INTERINOS.

La Facultad, en sesión de 27 de febrero último, eligió el siguiente personal de Catedráticos interinos, para los cursos que carecen de titular, o cuyo titular goza de licencia:

Dr. Luis H. Nájera de Autoridades Selectas de la Literatura Universal.

«Jorge Puccinelli Converso»
Dr. Teodosio Cabada de Historia Moderna y Contemporánea.
Dr. Elías Ponce Rodríguez, de Filosofía de la Educación.
Dr. Enrique Barboza, de Estética.
Dr. Francisco Miró Quesada C., de Filósofos Contemporáneos.
Dr. Manuel Beltroy, de Historia General del Arte.
Dr. Augusto Tamayo Vargas, de Historia de la Literatura Antigua.

Dr. Raúl Porras Barrenechea, de Literatura Americana y del Perú.

Dr. Francisco Cadenillas, de Pedagogía General.
Dr. Julio A. Chiriboga, de Metodología General.
Dr. Elías Ponce Rodríguez, de Legislación y Administración Escolar.

Dr. Nicandro Pareja, de Metodología de las Ciencias.
Dr. Francisco Cadenillas, Catedrático Auxiliar de Historia Antigua y Media.

ADMINISTRADOR DE LA REVISTA "LETRAS".

En sesión de 21 de enero último, la Junta de Catedráticos nombró Administrador de la Revista "Letras" al Sr. Oscar Moyano.

GRADO DE BACHILLER EN HUMANIDADES.

La Facultad, en sesión de 6 de febrero del presente año, confirió el grado de Bachiller en Humanidades al Sr. Jorge Dulanto Pinillos, quien presentó una tesis titulada "Don Ramón Castilla y el Ecuador".

CONFERENCIAS.

El eminente hombre de ciencia norteamericano, Profesor Dr. George Birkhoff ofreció un ciclo de conferencias en las Facultades de Letras y de Ciencias. Las correspondientes a nuestra Facultad se dieron en el orden siguiente:

16 de abril.—¿Es posible una medida estética?

23 de abril.—¿Es posible un acceso matemático a la ética?

30 de abril.—El principio de la razón suficiente.

7 de mayo.—La lógica moderna y la matemática.

En el Salón de Actos de la Facultad, el día 21 de abril último, el Profesor Dr. Federico Lachmann, catedrático de la Universidad de Jerusalén, pronunció una conferencia intitulada "Las excavaciones de Jericó y las Cartas de Lachis, la Biblia como fuente histórica".

El 24 de abril, ocupó la Tribuna de la Facultad, el reputado arqueólogo norteamericano, Dr. Alfred L. Kroeber, quien disertó sobre "Los métodos de la Arqueología Peruana".

SEMINARIO DE LETRAS

BIBLIOTECA DEL SEMINARIO DE LETRAS Y PEDAGOGIA.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS:

- 1.—Andante.—Ofelia M. B. de Benvenuto.—Montevideo, 1941.
- 2.—Arvore Literaria.—Albino Esteves.—Rio de Janeiro, 1941.
- 3.—El poeta de Montevideo Don Francisco Acuña de Figueroa.—José G. Antuña. Montevideo, 1941.
- 4.—Don Luis Correa, suma de generosidad en las letras venezolanas.—Pedro Grases.—Caracas, 1941.
- 5.—El sentido integral de las Universidades regionales.—Alfredo Coviello.—Tucumán, Rep. Argentina, 1941.
- 6.—El daño (Novela de la Costa Peruana).—Carlos Camino Calderón.—Lima, 1942.
- 7.—Elementos románticos y antirrománticos de Ricardo Palma.—Luis F. Xammar.—1941.
- 8.—Wayno.—Luis Fabio Xammar.
- 9.—Francisco Pizarro (Biografía del Conquistador del Perú).—Rosa Arciniega.—Santiago de Chile, 1941.

REVISTAS, BOLETINES Y PERIODICOS

- 1.—Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, Vol. II, No. 7.—México.
- 2.—América Indígena (Organo Oficial del Instituto Indígena Interamericano), Vol. 1 No. 1.—México D. F.
- 3.—Revista das Academias de Letras, Nos. 33 y 36.—Rio de Janeiro.

- 4.—Revista Nacional de Cultura, Nos. 29 y 30.—Caracas, Venezuela.
- 5.—Anales de la Universidad de Santo Domingo, Vol. V, Fasc. I-II.—C. Trujillo.—República Dominicana.
- 6.—Boletín del Museo de Historia Natural "Javier Prado", Año V, No. 19.—Lima.
- 7.—Revista del Archivo Nacional del Perú, Tomo XIV, entrega II, Lima.
- 8.—Estudio Estadístico de algunos aspectos del Comercio Exterior de la República Dominicana, 1920-1939.—Ciudad Trujillo, 1941.
- 9.—El Economista, Nos. 66, 67, 68, 69, 70, 72 y 73.—México, D. F.
- 10.—América, Nos. 11 y 12.—México, D. F.
- 11.—Studium, No. 4.—Guatemala, C. A.
- 12.—El Maestro, Año II, No. 9.—Huancayo.
- 13.—The Yale Review, Vol. XXXI, No. 2.—New Haven, Connecticut.
- 14.—Ariel.—Serie XXXIV, Nos. 102 y 103; Serie XXXV, Nos. 104 a 107.—San José de Costa Rica.
- 15.—Music Educators Journal, Vol. XXVIII, Nos. 2, 3 y 4.—Chicago, III.
- 16.—The University of New Mexico Bulletin (Ethnological studies in the American Southwest), Whole No. 372.—Albuquerque, New México.
- 17.—Thik, Vol. VII, Nos. 9, 10, 11 y 12.—New Cork.
- 18.—Inglaterra Moderna, No. 63.—Londres.
- 19.—Revista Geográfica Americana, Año IX, Vol. XVI, No. 97.—Buenos Aires, República Argentina.
- 20.—Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXV, No. 12; Vol. LXXVI, No. 1.—Washington.
- 21.—Revista de la Escuela Militar, Año XVI, Nos. 190, 191 y 192.—Chorrillos.
- 22.—El Argos de Buenos Aires 1824.—Buenos Aires.
- 23.—Revista del Ateneo Paraguayo, Año I, No. 4.—Asunción, Paraguay.
- 24.—San Simón, No. 8.—Ibague, Colombia.
- 25.—Revista Brasileira de Música, 3o. fascículo, 1940-41).—Rio de Janeiro.
- 26.—Revista Brasileira (Publicada por la Academia Brasileira de Letras), Año I, Nos. 1 y 2.—Rio de Janeiro.
- 27.—Academia Brasileira de Letras.—Anuario 1941.—Rio Janeiro.
- 28.—Philosophy and Phenomenological Research, Vol. II, No. 2.—Buffalo, New York.

- 29.—Studies in Philology, Vol. XXXIX, No. 1.—Chapel Hill.
- 30.—Revista Policial del Perú, Año 10, Nos. 116 y 117.—Lima.
- 31.—Revista de Ciencias, Año XLIII, No. 437.—Lima, 1941.
- 32.—Revista de la Universidad Católica del Perú, Tomo 9, Nos. 8 y 9.—Lima.
- 33.—Universidad, No. 10.—Santa Fé, Rep. Argentina.
- 34.—Educación, No. 15.—Caracas, Venezuela.
- 35.—Selecciones del Reader's Digest, Tomo III, No. 15.—Chicago, Ill.
- 36.—Puerto Rico Ilustrado, Año XXXII No. 1643.—San Juan de Puerto Rico.
- 37.—Universidad Católica Bolivariana, Vol. VII, No. 23.—Medellín, Colombia.
- 38.—Sur, No. 87, Buenos Aires, Rep. Argentina.
- 39.—New Mexico Historical Review, Vol. XVII.—Albuquerque, N. M.
- 40.—Scrutiny, Vol. IX, No. 2.—Cambridge.
- 41.—Boletín del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras, Año XI, No. 31.—Buenos Aires.
- 42.—Itinerario de América (periódico), Año II, No. 20.—Buenos Aires.
- 43.—Boletín Bibliográfico (Publicación de la Biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos), Año XIV, Nos. 1 y 4.—Lima.
- 44.—Mundo Eslovo, Nos. 16 a 29.—Lima.
- 45.—Banco Agrícola del Perú (Memoria) 1940-41.—Lima.
- 46.—Huamanga (Órgano del Centro Cultural Ayacucho, Año VIII, No. 46.—Ayacucho.
- 47.—El Contador, Segunda Epoca, No. 118-119.—Lima.
- 48.—"3", No. 9.—Lima.
- 49.—Revista de Hacienda, Año 1941, No. 7.—Lima.
- 50.—Revista de Educación (Órgano del Ministerio de Educación Pública), Tomo XV, No. 2.—Lima.
- 51.—Filosofía y Letras, No. 4.—México.
- 52.—Anales de la Universidad de Chile, Año XCVIII, Nos. 39 y 40.—Santiago de Chile.
- 53.—Boletín de Filología, Tomo III, Nos. 13-14.—Montevideo, Uruguay.
- 54.—Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Tomo XV, No. 3.—Montevideo, Uruguay.
- 55.—Boletín Bibliográfico Argentino, No. 10.—Buenos Aires.
- 56.—Biblos (Órgano Oficial de la Cámara Argentina del Libro), Año I, No. 3.—Buenos Aires.

- 57.—Revista Iberoamericana, Vol. IV, No. 7.—México, D. F.
58.—The Hispanic American Historical Review.—Durham, North Carolina.
59.—Manizales, No. 16 y 17.—Colombia.
60.—Popayán, Año XXVIII, No. 191.—Popayán.
61.—Revista da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de São Bento, Año II, No. 2.—São Paulo.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"SOCIOLOGIA PERUANA", por el Dr. Roberto Mac Lean y Estenós.

Múltiples trabajos, algunos de ellos meritísimos, han venido realizándose en el campo de la sociología nacional; pero todos ellos abordaban solo determinados problemas y tenían, por lo mismo, un carácter monográfico o fragmentario en relación con la totalidad social. Copiosísimo resulta, por eso, el acervo folklórico de nuestro país. Faltaba, sin embargo, la obra de aliento que abordara, con un criterio integral, el problema y que mostrara la visión panorámica de la sociología peruana con todos los problemas que ella contiene. Esa obra la ha emprendido el Catedrático Titular Principal de Sociología de esta Facultad, doctor Roberto Mac-Lean y Estenós, en el libro que acaba de entregar a la publicidad y en cuya página de honor dedica un emocionado recuerdo a quien fuera su compañera de toda la vida, su colaboradora de todas las horas, a la santa memoria de su esposa Dña. María Ugarteche de Mac-Lean "cuya vida—así reza la dedicatoria—colmada de bondad, abnegación y sacrificio, fué el estímulo constante para esta obra que, por eso, también es suya"

"Sociología Peruana" tiene, en sus quinientas sesenta páginas, una estructuración lógica. Estudia el proceso complejo del desenvolvimiento social en nuestro país tanto en su génesis y tétesis como en la acción de las fuerzas sociales. De ahí que la obra tenga dos partes: la una que estudia la Génesis y la Tétesis Social en el Perú y la otra que escudriña la acción y la influencia de las fuerzas sociales en nuestro país.

Cinco capítulos, metódicamente ordenados, integran la primera parte del libro. Se estudia en ellos el autoctonismo de las cultu-

ras andinas, comprobando el autor, mediante una interesante revisión del origen de la vida en América, el proceso de formación del continente americano y las múltiples teorías sobre la procedencia, antigüedad y diversidad de las razas americanas, que los primeros hombres que poblaron el Perú fueron salvajes y que, a través de muchos siglos y de muchas generaciones, se encendieron aquí, en la costa y en la sierra, los focos de las culturas autóctonas, conciliándose así el salvajismo de los primitivos pobladores del continente con el autoctonismo de las culturas posteriormente en el formadas. Se escudriña en el segundo capítulo el determinismo geográfico en la evolución social del Perú, comprobándose la influencia del medio físico en el proceso de la civilización peruana, analizándose minuciosamente, en este sentido, la acción de los Andes, del mar, de la tierra, del clima y de las fronteras en los distintos tipos que integran la unidad y multiplicidad sociológica peruana. Siguiendo el orden lógico el tercer capítulo de este libro estudia el significado de Patria, en su contenido social y en su emoción colectiva, a través de nuestra evolución prehistórica e histórica, afirmándose que lejos de ser un valor inmutable la Patria adquiere una significación característica en cada época de la evolución peruana—que el autor estudia con prolijidad—diferenciándose en sus matices, límite y expresiones, siendo una y varía, una en su sentimiento y varía en las formas con que él se traduce en la historia. El estudio de las Clases Sociales en el Perú integran el IV Capítulo comprobándose, con acopio de pruebas documentales, que nuestras distintas épocas prehistórica e histórica han llevado siempre los signos de una ostensible significación clasista; y que las diversas clases sociales—cuya función discrimina el Dr. Mae-Lean—cambiantes en la sucesión de las perspectivas prehistórica, colonial y republicana hicieron sentir su predominio, en cumplimiento de ineludibles leyes sociológicas, en la marcha de las colectividades nacionales.

El capítulo V, el último de esta primera parte del libro, es la ficha sociológica de la ciudad peruana, comprendiendo un análisis exhaustivo de la misión social de las principales ciudades del Perú—Lima, Callao, Arequipa, Cuzco, Tacna, Ica, Puno, Ayacucho, Jauja, Huánuco, Cajamarca, Trujillo, Lambayeque, Chiclayo, Piura, Tumbes, Jaén, Iquitos, Huancavelica y Moquegua—en la vida nacional. Es la primera vez que en nuestro país se escudriña, con criterio sociológico, en forma amplia e integral la acción de las ciudades en el proceso de nuestra nacionalidad.

La segunda parte de la "Sociología Peruana" se dedica al estudio de las fuerzas sociales y se subdivide en dos grandes capítulos: el sexo y el espíritu colectivo. Estudia el Dr. Mae-Lean y Es-

tenós detalladamente, en la trayectoria nacional, las marcas que han dejado, desde la proto-historia, los hitos del sexo y su influencia en el juego de las actividades humanas en la marcha de nuestra colectividades y de nuestra cultura. Analiza, con acopio de datos, el comunismo o la promiscuidad sexual de las primeras épocas precolombinas, los primeros tabús que se imponen a los extravíos de los impulsos sexuales, el régimen matriarcal en sus múltiples formas siendo las principales la endogamia y la exogamia, su evolución hacia el patriarcado a través de varias instituciones aborígenes como el matrimonio por compra, la cobada y el "sirvinacuy" o "tincunacuspa". Analiza la sexología colonial a la luz que proyectan los archivos del Tribunal del Santo Oficio, el contenido de las Leyes de Indias, las Memorias de Virreyes y de Arzobispos. Valora luego la acción de la mujer peruana de las distintas razas y clases sociales, a través de las diversas épocas prehistórica e histórica, trazando, además, justas semblanzas de los arquetipos, considerando entre ellos a Isabel Chumpi Ocello, Santa Rosa de Lima, Amarilis y Micaela Villegas en el Virreynato y a María Parado de Bellido, Francisca Zubiaga de Gamarra y Margarita Práxedes Muñoz en la República. La Sexología Republicana abarca el estudio de seis problemas fundamentales que el doctor Mac-Lean y Estenós desarrolla con toda amplitud, a saber: 1) el matrimonio y su crisis institucional; 2) el divorcio en sus antecedentes doctrinarios, su implantación en el Perú y sus consecuencias en nuestra sociedad; 3) la maternidad como un problema social; 4) la Eugenesia, capítulo este que comprende la referencia histórica, su implantación en América, sus posibilidades en el Perú y sus objetivos principales, el certificado médico prenupcial, el control científico de la concepción y la cuestión del aborto; 5) la delincuencia sexual y las cuestiones que origina; y 6) la Prostitución, analizando en este punto las tesis abolicionistas y reglamentarista, llegando a la conclusión que el problema ha sido mal enfocado, ya que la disyuntiva no debe plantearse entre el abolicionismo y el reglamentarismo sino más bien como es en realidad: reglamentarismo o clandestinaje. Con nutridos datos estadísticos se ocupa también de la política antivenérea, de los dispensarios y de la educación sexual.

Junto con el sexo, es también una poderosa fuerza social el espíritu colectivo, a cuya acción le dedica el Dr. Mac-Lean y Estenós un amplio estudio que comprende su naturaleza y esencia en el Perú y sus principales expresiones en la mitología peruana, en sus múltiples formas, wakas, paccarinas, apachetas; en el culto a los muertos; en la brujería de la que hace un análisis integral desde la era precolombina hasta nuestros días, conside-

rándola como una necesidad social entre los distintos agregados aborígenes; en el demonismo, analizando las concepciones demoniacas del Perú antiguo y su evolución posterior; la zoolatría, sus huellas en la evolución mítica del Perú antiguo, su influencia en las culturas costeñas y preincaicas, en el coloniaje y en la mentalidad de los aborígenes contemporáneos. Estudia luego el catedrático sanmarquino la evolución del mito peruano en los cuatro momentos de su trayectoria: el cuento mítico, la tradición heroica, la cosmogonía y la leyenda. Y traza también la ubicación sociológica del arte peruano en sus múltiples formas constructiva y ornamental.

Expresión de la inteligencia colectiva, el lenguaje merece un estudio especial en este libro que desarrolla la sociología del lenguaje en el Perú, país multilingüe y la repercusión social de los signos idiomáticos. Estudia el esfuerzo de integración lingüística que representaron la Conquista y el Coloniaje, así como la lucha idiomática entre el castellano y el quechua y las posibilidades que esta lucha plantea: la castellanización del indio y el respeto a la realidad del bilingüismo peruano.

Termina el libro con un amplio estudio sobre la costumbre, matriz del derecho y de la moral, no considerados estos en su tecnicismo jurídico y en su valuación ética respectivamente sino como expresiones consuetudinarias forjadas por la colectividad.

"Sociología Peruana" es un libro reciamente estructurado. Antes de ahora no se había escrito un tratado integral de Sociología en el Perú. Le ha correspondido a un catedrático de la Facultad de Letras y Pedagogía, el Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós, realizar, por primera vez en nuestro país, ese esfuerzo que confirma no sólo la extraordinaria capacidad y el gran espíritu de trabajo de su autor, sino también el incansable afán de investigación que imprimen todas las directivas espirituales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima.

J. A. Ch.

REVISTA DE REVISTAS

HISTORIA Y GEOGRAFIA

- ILLANES ADARO, Graciela.**—La naturaleza de Chile en su aspecto típico y regional a través de sus escritores.—(Anales de la Universidad de Chile, Año XCVIII, Nos. 39 y 40; págs. 80-220).
- COSTA DA, Didio I. A.**—Cuarto Centenario del Descubrimiento del Amazonas.—(Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXVI, No. 1; págs. ... 14).
- MEJIA XESSPE, M. T.**—Contribución al estudio de la Geografía en el Perú.—(Revista "3", No. 9; págs. 96-102).

FILOSOFIA

- ZELLER, O. S. B., D. Laurence.**—Cerro e alma.—(Revista de Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de Sao Bento, Año II, No. 2; págs. 1-12).
- MATOS, D. Gonzalo de.**—Sobre o conceito da Filosofia.—(Revista da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de Sao Bento, Año II, No. 2; páginas 43-49).
- NICOL, Eduardo.**—Notas para la caracterología del artista.—(Filosofía y Letras, Tomo II, No. 4; págs. 175-198.)
- ROBLES, OSWALDO.**—Esquema de ontología tomista.—(Filosofía y Letras, Tomo II, No. 4; págs. 199-208).
- MIRO QUESADA, Francisco.**—La absurdidad del mundo.—(Revista "3", No. 9; págs. 56-74).

LITERATURA

- VITIER, Medardo.**—Caracteres de la Literatura Contemporánea.—(Revista Iberoamericana, Volumen IV, No. 7; págs. 15-35).
- ARIAS-LARRETA, Abraham.**—Realidad lírica peruana.—(Revista Iberoamericana, Vol. IV, No. 7; págs. 53-87).

- NUÑES, Estuardo.**—La poesía peruana en 1940.—(Revista Iberoamericana, Vol. IV, No. 7; págs. 89-93).
- XAMMAR, Luis Fabio.**—Elementos románticos y antirrománticos de Ricardo Palma.—(Revista Iberoamericana, Vol. IV, No. 7; págs. 95-107).
- CHACON Y CALVO, J. M.**—Disquisiciones filológicas, por Rufino José Cuervo.—(Revista Iberoamericana, Vol. No. 7; págs. 177-180).
- FEIN PASTORIZA, Delia.**—La Semántica. Origen de esta ciencia.—Boletín de Filología, Tomo III, Nos. 13 y 14; págs. 120-127).
- ABREU, Modesto de.**—O estilo harmonioso de Vitor Alves.—(Revista das Academias de Letras, No. 33; págs. 263-268).
- SILVIO JULIO.**—Pampa.—(Revista das Academias de Letras, No. 33; págs. 287-319).
- XAMMAR, Luis Fabio.**—Virgilio y Juan de Arona.—(Revista "3", No. 9; págs. 42-47).
- BERVEILLER, M.**—Influencias italianas en las comedias de Ben Jonson.—(Filosofía y Letras, No. 4; págs. 209-226).
- LEO, Ulrich.**—Ensayo sobre la unidad poética en Dante.—(Filosofía y Letras, No. 4; págs. 249-268).

PEDAGOGIA

- CORREIA, Alexandre.**—A Universidade Medieval.—(Revista da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de São Bento, Año II, No. 2; págs. 13-42).
- ISAZA, Blanca.**—Las escuelas hogares.—(Rev. "Manizales", No. 16; págs. 502-507).
- SIMON, Maurice.**—Orientación y selección profesionales.—(Revista de Educación, Tomo XV, No. 2; págs. 81-92).
- INFANTE, Luis E.**—La educación en el Perú.—(Revista de Educación, Tomo XV, No. 2; págs. 99-113).
- BONABA, José.**—Medicina e higiene sociales de la infancia.—(Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Tomo XV, No. 3; págs. 451-497).
- ESCARDO Y ANAYA, Víctor.**—Problemas médico-sociales del preescolar en el Uruguay.—(Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Tomo XV, No. 3; págs. 498-516).

DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

- COUTURE, Eduardo J.**—La experiencia Uruguaya en materia de derechos intelectuales.—(Biblos-Órgano Oficial de la Cámara Argentina del Libro, Año I, No. 3; págs. 9-11).
- BERRO, Roberto.**—El abandono de los recién nacidos.—(Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Tomo XV, No. 3; págs. 138-450).

BUSTAMANTE, Manuel E.—Apuntes para el Folklore peruano. Vida familiar. El noviazgo. El "Yaicupacu". Cambio de Rosarios. Tiempo de prueba.—(Huamanga, No. 46; págs. 91-96).

ARTE

VELARDE, Héctor.—Arquitectura del Renacimiento.—(Revista "3", No. 9; págs. 29-41).

VASCONCELOS CAVALCANTI, Vera.—"A Arte".—(Revista Brasileira de Música, 3er. fascículo, Vol. VII; págs. 207-209).

MEDINA, Pio Max.—Monumentos coloniales de Huamanga.—(Huamanga, No. 46; págs. 23-32).



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»